

Instituto del Desarrollo Humano, Universidad Nacional de General
Sarmiento

Instituto de Estudios Histórico Sociales e Instituto Geografía Historia y
Ciencias Sociales (CONICET), Universidad Nacional del Centro de la
Provincia de Buenos Aires

Las derechas en el cono sur, siglo XX

Actas del Quinto Taller de Discusión

Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría
(compiladores)

I.S.B.N. 978-987-630-107-7

ÍNDICE

Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría, “Presentación de las actas”.....	3
Sección 1 “Figuras y actores de la derecha en la primera mitad del siglo XX”	8
Martín Castro, “¿Una clase de derecha política? El activismo católico en la Argentina de comienzos del siglo XX”	9
Josefina Irurzun, “La Asociación Wagneriana de Buenos Aires a inicios del siglo XX: ¿un nacionalismo cultural de derecha?”	31
Oscar Pavetti, “Las derechas tucumanas entre el golpe de Estado de 1943 y el final de la segunda guerra mundial”	51
Sección 2 “Figuras y actores de la derecha en la segunda mitad del siglo XX”	61
Mario V. Santiago Jiménez, “El Yunque de México: ¿conspiración de ultraderecha o vertiente de las derechas conservadoras?”	62
Odilon Caldeira Neto, “Integralismo contemporâneo ou Neointegralismo? Sobre a viabilidade e possibilidades de uma definição”	82
Priscila Dorella, “Octavio Paz: um intelectual à direita?”	113
Sección 3 “La dictadura argentina y las derechas”	125
Juan Martín Larsen, “El teniente coronel Zanatelli y Tandil durante la dictadura: ¿el origen de la derecha local de la década de 1990?”	126
Maximiliano Catoira, “El reclutamiento de funcionarios en General Sarmiento durante la última dictadura: ¿derechas y algo más?”	138
Analía Torina, “Dictadura, indígenas y enrolamiento en Formosa (1970-1983): ¿una derechización civilizadora?”	156
Sobre los autores.....	167

PRESENTACIÓN DE LAS ACTAS

Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría

Con la publicación de estas actas damos cumplimiento al compromiso de dar a conocer los trabajos presentados y debatidos en el Taller de Discusión “Las derechas en el cono sur, siglo XX”, cuya quinta edición se llevó a cabo en el campus de la Universidad Nacional de General Sarmiento el 13 de septiembre de 2013. Al igual que en las ediciones que venimos organizando desde 2010, participaron colegas provenientes de diversas regiones de América latina, quienes contribuyeron a expandir el foco de interés y a fomentar la perspectiva comparada, al punto que la noción de “Cono sur” vuelve a quedar corta para dar cuenta de los espacios que son objeto de interés.

La primera sección de estas actas, “Figuras y actores de la derecha en la primera mitad del siglo XX”, contiene tres trabajos que abordan a diferentes actores que, a partir de sus discursos y prácticas pueden ser considerados de derechas o que se acercan a los postulados atribuidos a esa corriente y que se manifestaron, en diferentes espacios y escalas, en la primera mitad del siglo XX. Martín Castro aborda el activismo político católico y pone en evidencia la especificidad de los actores que estudia, su pluralidad y las múltiples estrategias y formas de articulación que desarrollaron en su intercambio con el campo político y con sectores habitualmente identificados con la derecha política y con el corpus de valores asignados a tradiciones ideológicas de esta vertiente política. El artículo ofrece un fino trabajo conceptual que ayuda a comprender las especificidades y las dinámicas del sistema político argentino y sus actores.

Por su parte, Josefina Irurzun, estudia desde una perspectiva interdisciplinaria que articula la musicología y la etnomusicología con la historia en general y la historia cultural en particular, la Asociación Wagneriana de Buenos Aires, fundada en 1912, y que fue a lo largo de los años siguientes una institución rectora en el ámbito musical porteño. La Asociación se auto-adjudicaba la tarea de contribuir al desarrollo del nacionalismo cultural argentino con su propuesta artístico-musical. La autora señala

que más que un nacionalismo se encuentran varios nacionalismos en pugna que deben ser historizados, pero que aun en esa diversidad, la institución, sus prácticas y sus discursos fueron signos de distinción sostenedores de la distancia social, que en contraban en lo estético un lugar preferencial para la exteriorización de las diferencias sociales. Cerrando esta primera sección se encuentra el artículo de Oscar Pavetti, quien analiza el golpe de Estado de 1943 y el proceso posterior atendiendo a los actores que, genéricamente, podrían considerarse como de derecha en el espacio tucumano. Allí, puede observarse la concurrencia de diferentes sectores, entre los que merecen señalarse los grupos católicos, las tradicionales dirigencias políticas y los intelectuales arribados desde otros espacios geográficos (Capital Federal, Córdoba) que implicó alianzas y condicionamientos de la política nacional.

La segunda sección, “Figuras y actores de la derecha en la segunda mitad del siglo XX” nos desvía del espacio nacional argentino ya que contiene textos que abordan otras realidades y figuras de la América Latina. El artículo de Mario Jiménez analiza al grupo secreto –o reservado- mexicano, El Yunque, surgido en los años cincuenta, que se caracterizó por su catolicismo y su anticomunismo y fue creador de otras organizaciones estudiantiles de carácter público y formó a futuros dirigentes políticos. Salvando las dificultades documentales para el estudio de este grupo, el autor logra avanzar en la caracterización del grupo, demostrando que fue mucho más que una liga conspiradora y menos monolítico de lo que se había supuesto hasta el momento. Por su parte, Odilon Caldeira Neto se dedica a reflexionar sobre el neo-integralismo brasileño posterior a la muerte de Plinio Salgado (1975) y las disidencias que se fueron generando al interior de la corriente integralista y que se reflejaron en los intentos político-institucionales, las disputas por las formas de acción y las complejas relaciones de viejos y nuevos militantes con grupos neonazis, *skinheads* y negadores del Holocausto. El autor evidencia que esas disputas se mantienen en el siglo XXI, ya sea en la definición de las estrategias de acción o en las relaciones ideológicas e institucionales con la coyuntura y la memoria. Cierra esta segunda sección el artículo de Priscila Dorella quien sostiene que tras la revolución y principalmente a partir del cardenismo, los intelectuales mexicanos tuvieron escasas posibilidades de desarrollar-

se por fuera de la estructura estatal y la burocracia, y que desde allí constituyeron su poder dentro del campo cultural y su influencia política y social. En ese contexto, la autora analiza la figura y la trayectoria de Octavio Paz y los debates que a partir de los años setenta sostuvo con los principales escritores de izquierda por la valoración de la democracia. Es interesante el rastreo realizado sobre las influencias intelectuales y del clima de la posguerra en el corpus de pensamiento tardío de Paz. Estas dos primeras secciones ponen en evidencia la presencia de idearios y prácticas factibles de ser considerados como de derecha a lo largo del siglo XX e incluso en lo que va de este nuevo siglo.

Quisiéramos destacar también el hecho de que conseguimos armar una mesa dedicada específicamente al estudio de problemas historiográficos sobre la última dictadura argentina (1976-1983), ofreciendo entradas desde la escala local y desde escenarios tradicionalmente no analizados. Estos aportes se encuentran reunidos en la tercera sección “*La dictadura argentina y las derechas*”. Esta sección además de ofrecer aproximaciones a la dictadura en espacios locales, permite advertir cómo la llamada historia reciente va consolidándose como campo de estudio. Los estudios sobre la dictadura han alcanzado una base empírica y analítica que permite, como se evidencia en esta publicación, abordar problemáticas hasta ahora ignoradas o realizar estudios a escala local que permiten observar proyectos, prácticas, conductas y discursos que no resultan visibles en estudios que contemplan la dimensión nacional o la experiencia de las grandes urbes. El primer artículo, de Juan Martín Larsen, aborda el impacto social de la instauración de la dictadura en la ciudad de Tandil y, más específicamente, el tratamiento que recibieron las acciones y los dirigentes del gobierno de facto en el diario *Nueva Era*. El autor se pregunta si la naturalización del gobierno militar y la reivindicación de la figura que asumió el rol de intendente pueden ser considerados como actos fundantes de lo que más tarde, en tiempos democráticos, constituyeron las victorias electorales del militar que representó a la dictadura en la ciudad de Tandil. Por su parte Maximiliano Catoira analiza los intentos de constitución de consenso de la dictadura en las escalas locales, a partir del estudio del reclutamiento de funcionarios y la elaboración de políticas sociales en el partido de General Sar-

miento, provincia de Buenos Aires. El autor entiende que frente a una legitimidad no fundada constitucionalmente, la dictadura intentó alcanzar el consenso a través de mecanismos estatales que ya se practicaban en regímenes políticos democráticos, como la selección de funcionarios capacitados y la incorporación de civiles en las segundas y terceras líneas del entramado estatal. Finalmente, Analía Torina aborda el rol cumplido por el servicio militar obligatorio en relación a las comunidades aborígenes, específicamente de la provincia de Formosa, durante la dictadura cívico-militar de 1976-1983. La autora recorre los objetivos con que fue creada esa institución de reclutamiento y se sumerge a analizar los ambiguos significados que tuvo la conscripción para los propios aborígenes reclutados, ya que por un lado les permitía mostrar algunas capacidades adquiridas en una vida dura y, en ese sentido, mostrar una mejor posibilidad de adaptación en relación a los “blancos”, pero al mismo tiempo los sometía a un disciplinamiento más rudo y plagado de humillaciones por su propio origen, su desconocimiento del idioma y de otros rasgos considerados primitivos. Dada la carga moral y de comportamiento que impregnaba la instrucción militar, se plantea la viabilidad de pensar que el servicio militar actuó como un proceso “civilizatorio” y de derecha en relación a los más marginados de los grupos subalternos.

Los artículos que aquí se editan fueron escritos con posterioridad al taller, de manera tal que reflejan los diálogos e intercambios que se produjeron durante el desarrollo del encuentro. Como es habitual en este espacio de trabajo y reflexión, no se impuso el uso de ninguna categoría o concepto, sino que como puede advertirse todo está puesto en discusión y cada uno de los artículos van sumando preguntas que permiten avanzar en el camino de una definición más precisa de eso que llamamos derechas y sus relaciones con otras familias ideológicas, especialmente el liberalismo, el conservadurismo, los catolicismos más tradicionalistas y los nacionalismos. Los artículos de las distintas secciones advierten sobre la necesidad de evaluar a los actores, figuras y proyectos a la luz de la dinámica histórica y contextos específicos para así evitar visiones esencialistas o ahistóricas. Una vez más nos complace señalar el dinamismo de los estudios sobre las derechas que involucra a diferentes generaciones de investiga-



dores, de formaciones académicas también diversas y provenientes de diferentes países. Todo ello, permite que se generen ricos intercambios y avances en comparaciones provechosas para cada especialista o interesado en estas cuestiones.

Finalmente, nos resta agradecer a todos quienes participaron en la realización del V Taller y colaboraron con la edición de los textos discutidos en ese encuentro.

UNGS





UNGS

Sección 1

FIGURAS Y ACTORES DE LA DERECHA

EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX



¿UNA CLASE DE DERECHA POLÍTICA?

EL ACTIVISMO CATÓLICO EN LA ARGENTINA DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

Martín O. Castro

Discutiendo los criterios que diferencian a la derecha de la izquierda Norberto Bobbio en su conocido ensayo *Derecha e Izquierda* (1995:106) recordaba -en referencia a otros autores- que en el lenguaje religioso los buenos aparecen sentados a la derecha del Padre y los malos a la izquierda, y en este sentido (y con una dosis de ironía), pareciera un ejercicio superfluo dedicarnos a intentar aplicar criterios de clasificación en relación al activismo político católico en la Argentina de comienzos del siglo XX. Es indudable, como Bobbio argumenta en aquellas páginas dedicadas a la comparación del lenguaje religioso y del lenguaje político, que el componente axiológico es clave en la asignación de los lugares correspondientes a los buenos y a los malos. Dado que esta presentación se ocupará de estudiar al catolicismo político en la Argentina a comienzos del siglo XX es, en todo caso, importante comenzar señalando junto a aquella advertencia pronunciada por Bobbio, las multiplicidades de la asociación entre la religión y la política. En otras palabras, así como ha existido una corriente de derecha religiosa reaccionaria también se puede fácilmente advertir sobre la existencia de derechas laicas o movimientos de la izquierda política que recibieron inspiraciones o influencias del igualitarismo de raíz religiosa (Stedman Jones, 2010)

Por otra parte, con referencia a la historia intelectual y política de la Europa de entreguerras, se han advertido recientemente los peligros de caer en la tentación de asignar modelos simplistas de clasificación de tradiciones políticas (un mapa ideológico europeo definido a partir de la identificación de tres campos determinados: fascismo, democracia liberal y comunismo o socialismo) que acarrearían la consecuente dificultad de ubicar a pensadores o publicistas católicos en determinados sec-

tores sin tener en cuenta las especificidades propias del campo católico (Conway 1990). Más adelante se intentará ofrecer una definición de lo que en este texto se entenderá por *catolicismo político*, sus múltiples versiones, estrategias y formas de articulación de los intereses y principios católicos en el ámbito político. Por el momento, es conveniente también recordar la visibilidad de la variable religiosa como constitutiva de los clivajes y alineamientos políticos en determinadas circunstancias y, por lo tanto, de las dificultades que se pueden encontrar al desecharse a aquella de las interpretaciones tendientes a explicar el funcionamiento de los campos políticos e intelectuales correspondientes. Así, por ejemplo, en los comienzos de la Tercera República francesa la cuestión de la legitimidad del régimen republicano, la problemática de la educación y los enfrentamientos entre clericales y anticlericales contribuirían a separar la izquierda de la derecha por encima de cuestiones relativas al movimiento obrero, el pensamiento radical o el socialismo (Gildea 1988: 16). De manera similar, la cuestión clerical había adquirido una relevancia sin dudas no escasa en la vida política española anterior, incluso, a la proclamación de la República (Tusell 2007). En todo caso, podríamos afirmar que es intelectualmente saludable evitar las contraposiciones demasiado estáticas que presenten a los campos adversarios como monolíticos e irreconciliables, incluso en casos en que los antagonismos retóricos y concretos parecen arrojar evidencias incontestables como, por ejemplo, en la problemática de la relación entre religión y revolución en el México posterior a 1910. (Butler 2007: 2)

Sin dudas, como sugiere Elisa Cárdenas Ayala, el proceso de construcción de un orden laico tanto en Europa occidental como en América Latina iba a dar lugar a tensiones en torno a la construcción simbólica y material de la nación (2006: 90) y a conflictos en torno a la consolidación de los estados nacionales y la administración de los sistemas de educación. La negativa de la Iglesia Católica durante el papado de Pío IX a intentar una reconciliación con el ‘progreso’, el liberalismo y la civilización moderna colocaban al catolicismo entre las fuerzas que ‘reaccionaban’ contra la modernidad. No en vano, Owen Chadwick recordaría la frase de Francois Guizot (“Catholicism is the grandest and holiest school of respect that the world has ever seen”;

Chadwick 1975: 110) al explorar porqué para algunos sectores de las elites dirigentes las iglesias podían favorecer un mantenimiento del orden social y el status quo. Sin embargo, estas vinculaciones entre trono y altar se volverían altamente problemáticas en el último cuarto del siglo XIX en un contexto de progresiva separación de esferas de influencia y de profundización del proyecto eclesiástico de centralización romana el cual no dejaría de ser otra fuente de tensiones con las autoridades estatales. El ultramontanismo católico procuró ciertamente defender a la Iglesia (y a su importancia como institución social) bajo el comando de la autoridad papal enfrentando a sus antagonistas liberales y anticlericales en lo que Christopher Clark denominó las “guerras culturales” de la segunda mitad del siglo XIX. Si estos últimos (que se consideraban a sí mismos como la expresión de la ciencia y racionalidad frente al obscurantismo religioso) tenían serias dificultades en entrever cualquier signo de modernidad en el resurgimiento organizativo católico de finales de siglo, los estudios historiográficos más recientes han procurado revisar aquella problemática a la luz de la movilización de los católicos y de la modernización de los sistemas políticos en un contexto de ampliación de los regímenes electorales. (Clark 2010: 201) Desde este punto de vista, surgen tres cuestiones relacionadas a las cuales aludiremos a lo largo de esta presentación (principalmente las dos primeras): la diversidad de las respuestas católicas frente a los procesos modernizadores que en la clasificación de Ceballos Ramírez fluctuarían entre la respuesta utópica, la conciliación y la intransigencia (Ceballos Ramírez 1991: 22); los rasgos propios de la movilización de masas católica en el cambio de siglo y su vinculación (deseada o no) con la constitución de sistemas democráticos, y finalmente, la inclinación del papado hacia un cierto acomodamiento con los regímenes liberales de finales del siglo XIX (en contraposición a la cerrada intransigencia previa) y una mayor atención hacia la “cuestión social” (Kaiser 2011: 19).

Existen varios aspectos de la acción y organización política de los católicos argentinos de comienzos de siglo XX que este trabajo propone y que hacen alusión a posibilidades de interacción con sectores habitualmente identificados con la derecha política y con corpus de valores asignados a tradiciones ideológicas de esta vertiente

política. Si se plantea el ejercicio de considerar el rol y la participación de los católicos en el campo más amplio de lo que en este taller se ha denominado “las derechas”, es relevante poder identificar las vinculaciones de la acción colectiva de los militantes y dirigentes católicos en la política y disputa del espacio público en las primeras décadas del siglo XX en su relación con un territorio ideológico habitualmente demarcado por el nacionalismo, el elitismo y la preocupación por el orden. El recorte temporal aquí elegido (entre el cambio de siglo y la conformación de la Unión Popular Católica Argentina en 1919) no repite otros más frecuentes que prefieren poner el acento fundamentalmente en la década del veinte como antesala de tradiciones políticas autoritarias de raíz católica. Desde este punto de vista el recorte es en principio, algo inusual. En efecto, dentro del universo de los estudios dedicados a explorar a la cultura católica, el análisis del catolicismo de las décadas iniciales del siglo XX ha despertado menor interés que otros períodos más convocantes en la historiografía argentina (Zanca 2013:9).

Frecuentemente los estudios sobre el universo de los católicos tiende a centrar su atención sobre la década de 1930 o los años que la preceden con la intención (implícita o explícita) de desentrañar los orígenes del autoritarismo en la Argentina. Significativo es también que la mayoría de los estudios sobre los intelectuales y militantes nacionalistas se hubiera concentrado fundamentalmente en los años treinta, prestando menor atención a las trayectorias previas. (Rock et al 2001: 14) Desde esta última selección del problema, algunas características de las vinculaciones entre el catolicismo organizado con relación a los grupos nacionalistas, filo-fascistas o autoritarios de los años treinta aparecen como no excesivamente problemáticas en su enunciación. Por otra parte, como ha señalado acertadamente María Inés Tato, dentro del campo de estudios dedicados a las derechas, las expresiones del nacionalismo autoritario han recibido más atención de los investigadores que los ejemplos más moderados encolumnados en diversas formas de conservadorismo político. (2013) En esta presentación se persigue la identificación de algunos de los problemas que enfrentaban los católicos (fundamentalmente los de la ciudad de Buenos Aires) en el momento de definir sus estrategias políticas, delimitar la pertinencia de su participación

en el universo de las facciones conservadoras de finales de la república oligárquica y las dificultades que enfrentaban al intentar adaptarse a los inicios de una política que superaba el ámbito de las elites de la llamada república posible. Esta participación en el campo político, por otra parte, no aparecía como evidente en su ‘justificación’ para aquellos políticos profesionales y prensa ‘liberal’ de finales del orden conservador que recuperaban la herencia de unas elites políticas y sociales que habían apoyado mayoritariamente un modelo determinado de secularización o laicización política. Este modelo demostraba en los años iniciales del siglo signos evidentes de agotamiento pero también se avizoraba la reticencia de una clase política por ir más allá en el proceso de separación de esferas de influencias entre la Iglesia y el Estado. A la presencia de una elite gobernante que parecía en los primeros años del siglo XX ignorar los esfuerzos de sus miembros más decididos por avanzar en aquellas áreas que otras clases dirigentes latinoamericanas habían explorado no sin inconvenientes pero si con mayor determinación (separación de la iglesia del estado, ley de divorcio) se sumaba, quizás no de manera sorprendente, la dificultad de los dirigentes católicos por justificar una acción política en un ambiente que no parecía excesivamente secularizador o, incluso, anticlerical.

En principio, podrían definirse una serie de problemas a tener en cuenta en relación a la participación de los católicos en la política entre el cambio de siglo y la constitución de la UPCA: 1) existe la necesidad de interpretar a estas iniciativas de articulación política de los católicos como proyectos de características ‘confesionales’ lo que inevitablemente introduce el problema de la llamada “cuestión religiosa” y de la separación de las esferas secular y religiosa, incorporando también de manera inevitable una cuña constante entre los dirigentes católicos (notables al frente de las asociaciones confesionales) y los políticos liberal-conservadores del otoño de la república oligárquica; 2) el debate interno al mundo católico sobre las posibilidades de construir u ofrecer una amalgama entre los objetivos de conformar “partidos de orden” de una parte de la dirigencia y otras asociaciones más preocupadas con los principios del catolicismo social y el establecimiento de círculos obreros, ligas sociales, ligas agrarias; sin embargo, frente al temor frente al avance de las “ideologías disol-

ventes” (el librepensamiento, el anarquismo y el socialismo) el campo católico tiende a la unificación; 3) prácticas políticas concretas de los católicos (así como del debate intelectual) que en este periodo están lejos de una crítica frontal al gobierno representativo, si bien con notas específicas del mundo católico y con la paulatina emergencia de criterios nítidos de reacción frente a lo que se define, desde algunos rincones intransigentes y ultramontanos como “democracia jacobina” o ante el liberalismo político.

Debates internos y práctica heterodoxa: los católicos en la política electoral

En cuanto al primer aspecto, aquél que se relaciona con la inclusión de los católicos en los entramados facciosos de la república oligárquica, su participación arrojaba varios problemas desde el punto de vista de las iniciativas de carácter político-partidario que tenían origen entre los notables que encabezaban asociaciones o instituciones católicas (por caso, la Asociación Católica, los Círculos de Obreros, la Liga Social fundada por Emilio Lamarca o la Universidad Católica): en principio, estos núcleos partidarios que surgen de las propuestas de esta dirigencia laica católica rechazan presentarse como exclusivos partidos de carácter “confesional”. Sin embargo, por una parte, son iniciativas organizativas de clara inspiración católica, y, por la otra, son interpretadas por el resto de la clase política como expresiones de la voluntad de los católicos por articular sus esfuerzos en un partido que defienda los intereses católicos. Más allá de la búsqueda de esta dirigencia laica por apelar a sectores más amplios del electorado (antes y después de la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912), la prensa ‘liberal’ y los políticos profesionales no tienen dudas sobre el carácter católico de partidos como la Unión Patriótica (1907) o el Partido Constitucional (1913). Por otra parte, siguiendo la definición de “catolicismo político” propuesta por Martin Conway, puede afirmarse que las agrupaciones políticas surgidas de la iniciativa de los notables católicos de la ciudad de Buenos Aires se acomodan confortablemente en un universo circunscripto por aquellos partidos políticos, organizacio-

nes socio-económicas, o círculos de intelectuales que reconocían una (no necesariamente exclusiva) inspiración católica para sus propuestas. (1996: 2)

Se advierte cómo esta decisión de los notables católicos de evitar agitar la bandera religiosa obedece de alguna manera a razones de carácter estratégico. Como hemos desarrollado en algunos trabajos recientes, la constitución de agrupaciones de carácter confesional en los primeros años del siglo XX iba a encontrar la oposición de una parte sustancial de la elite política “conservadora”, un término este último que también requeriría una conceptualización mayor. (Castro 2009a; Castro 2013) Si se considera que el escenario político entre el Ochenta y el Centenario estará dominado en buena medida por la competencia intra-oligárquica que tenía lugar dentro del Partido Autonomista Nacional (PAN) -conformado en torno a flexibles alianzas entre redes de relación personales y facciones provinciales que raramente se articulaban en torno a específicos clivajes y que reflejaban la naturaleza personalista de la política ‘conservadora’-, no resulta sorprendente que los partidos políticos católicos encontraran serias dificultades para congregarse a los católicos dispersos detrás de una bandera confesional o ideológica. Si este contexto conspiraba contra cualquier iniciativa de consolidar un núcleo político en torno a la defensa de los ‘intereses’ católicos o como expresión de la cultura política católica, conduciría por otra parte a los notables católicos a alternar una crónica dispersión entre las facciones del universo conservador con una marginalidad política solo interrumpida en aquellas coyunturas en que la dinámica de los conflictos del orden conservador o el proceso de fragmentación de la elite política (simultáneo de la declinación de influencia del roquismo) los proyectara hacia posiciones de cierta relevancia política. En todo caso, estos acomodamientos y reposicionamientos católicos tenían lugar dentro de un régimen político que revelaba tanto la coexistencia de elementos del liberalismo político como una clara preocupación manifestada ante los riesgos de la anarquía política. En este sentido, como otras elites latinoamericanas del último cuarto del siglo XIX, los proyectos modernizadores de los grupos gobernantes estarían acompañados tanto de la preocupación por consolidar el orden institucional como de marcadas simpatías hacia la gradual transformación del sistema político (Hale 1985; Botana 1984) y de una re-

tórica que entrelazaba sin mayores inconvenientes a aspectos de las tradiciones del liberalismo y del conservadorismo político.

Hacia comienzos del siglo XX, la ascendencia de facciones que dentro del universo conservador hacían uso de un discurso reformista (en relación a las denominadas cuestión social, cuestión nacional y cuestión electoral) en un contexto de emergencia de coaliciones anti-roquistas, permitirá a los dirigentes católicos abandonar su tradicional marginación política y sumarse a proyectos (la Unión Nacional saenzpeñista) que procuraban introducir modificaciones en el status quo político. Una lectura en esta clave contradice la interpretación del régimen conservador como opuesto intransigentemente a propuestas de reforma política –Eduardo Zimmermann ha subrayado, en este sentido, el peso de las propuestas de los reformistas *liberales-conservadores* en cuestiones de reforma social y política- (Zimmermann 1995), aun cuando pueda también advertirse sobre las tensiones entre agendas que promovían el desmantelamiento de la máquina política roquista sin necesariamente manifestarse particularmente reformistas en la cuestión electoral. (Castro 2012) Desde otra perspectiva, el término ‘conservador’ iba a ser también utilizado durante el cambio de siglo en la forma advertida por Oscar Cornblit, quien indicaba el rasgo valorativo positivo insinuado en la apropiación del concepto por actores políticos muy diversos que preferían incorporarlo en su retórica no en el sentido de opuesto a ‘liberal’ sino más bien como contrapuesto a ‘destrutivo’ o ‘subversivo’ (Cornblit 1975). También en esta dirección, se podría argumentar que la persistencia con que los notables católicos iban a recurrir a la utilización de tal concepto no escapaba a un clima de época que había estado definido, al menos originariamente por el temor al regreso de la anarquía y la inestabilidad política. En cualquier caso, más allá de la asociación a una serie de valores que emparentaban a dirigentes católicos con el mundo del otoño conservador, existían un conjunto de cuestiones que seguían estableciendo marcadas diferencias entre las elites de la república posible que, como recordaba Halperín Donghi, habían sido secularizadoras (2000), y un núcleo de dirigentes, que más allá de coincidencias que surgían en relación a la llamada “cuestión nacional” y a la cuestión electoral, no dejaban de manifestar su preocupación por los alcances y modali-

dades que había adquirido el proceso de secularización social y política desde la década de 1880. La re-emergencia de una “cuestión religiosa” a comienzos del siglo XX respondería en buena medida al regreso al centro del escenario político de un grupo de notables católicos que, cercanos al saenzpeñismo (con el cual compartían vinculaciones sociales pero también coincidencias programáticas en torno a la importancia de la nacionalización de las masas y el sufragio obligatorio) procurarían una mayor articulación de los intereses católicos y un acceso a posiciones de poder reflejadas en los nombramientos de Juan M. Garro e Indalecio Gómez en ministerios a cargo de la educación y la reforma electoral (Castro 2009b).

Esta situación provocaría el debate en la prensa y entre los propios amigos políticos de Roque Sáenz Peña sobre los peligros de la amenaza clerical y las posibilidades de un cierto retroceso en el proceso de laicización de las instituciones del estado alcanzado. En este sentido, tanto lo que los católicos denominaban la “prensa liberal” como la corriente que esta última denominaba “ultraliberalismo” (políticos como Carlos Conforti que perseguían la separación de la Iglesia del Estado o la sanción de una ley de divorcio), así como los movimientos librepensadores o el socialismo que amplificaba su voz desde el Congreso, todos coincidían en advertir sobre los riesgos de una “reacción clerical”. De esta manera, los políticos herederos del orden conservador impugnaban fundamentalmente la utilización de “creencias religiosas” fuera de su esfera propia (el ámbito privado) para trasladarlas a las “luchas políticas”. Así como John Stuart Mill se negara a contestar sobre sus convicciones religiosas por pertenecer éstas, argumentaba, a su vida privada, sectores influyentes del régimen conservador cuestionaban el regreso de políticos católicos a los escenarios principales del conflicto político coyuntural (Berlin 1997). Esta cuestión es importante señalarla porque para una buena parte de la dirigencia ‘conservadora’ la presencia de una articulación ‘política’ de intereses católicos podía implicar la emergencia de una fuerza reaccionaria y antimoderna, enfoque que era (de manera poco sorprendente) fácil de encontrar entre los políticos con concepciones anticlericales. Este clericalismo que estos dirigentes y militantes librepensadores creían observar en aquellos que denominaban “calzonudos” o “beatas” no adquiriría, sin embargo, entidad institucional

abierta, en un escenario en que incluso la prensa católica negaría la existencia misma de la naturaleza confesional de aquellas iniciativas políticas. A partir de, entre otros, los trabajos de René Rémond (1983) los estudios preocupados por las vinculaciones entre religión y sociedad han dejado de definir al anticlericalismo simplemente como un fenómeno únicamente de resistencia al poder del clero o a la decisión de laicos y clérigos católicos de controlar ideológicamente a una sociedad desde posiciones de privilegio y se ha subrayado su vinculación con el proceso de secularización de la sociedad ofreciendo “...una manera de concebir el papel del hombre en una sociedad en proceso de modernización, y que, por lo tanto camina hacia su secularización” (de la Cueva Merino y López Villaverde, 2005: 19). Desde este punto de vista, la intromisión de los clericales en la vida pública podía significar (abiertamente o no) intenciones de imponer un “modelo de confesionalidad” (Julio de la Cueva) o “una ideología de cristiandad” (Daniele Menozzi, 1993)). Sin embargo, la característica central de estos notables católicos de finales del orden conservador será que allí donde finalmente concreten propuestas políticas propias (la Unión Patriótica y el Partido Constitucional), con excepción de la Unión Electoral Católica de 1912 evitarían definirse como partido confesional a la manera de aquellos que surgidos en Europa y América Latina entre 1870 y la Gran Guerra se organizaban en torno al concepto de la defensa frente al liberalismo y ante los males de la modernidad (Kalyvas 1996; Mainwaring y Scully 2010).

La expansión de la participación política y la emergencia de sistemas políticos democráticos entre el último cuarto del siglo XIX y el período de entreguerras brindaron el contexto a procesos de movilización política religiosa que se originaban en la búsqueda de la defensa de los intereses de la Iglesia (y que respondían al clivaje clericalismo/anticlericalismo) pero que darían forma a partidos confesionales, conducirían a un mayor margen de acción de las dirigencias laicas y, paradójicamente, contribuirían a secularizar la política partidaria (de acuerdo a la interpretación de Kalyvas). Simultáneamente, en determinados casos, también conducirían a una expansión de las bases de la democracia liberal. El surgimiento de los estados-nación sujetos a un encuadre constitucional-democrático tanto en Europa occidental como en

América Latina dio lugar a intensos conflictos entre católicos y una diversidad de actores anticlericales inmersos en agitados debates sobre el rol de la religión en la esfera pública (“guerras culturales”) que, en algunos casos, condujeron a procesos de movilización de masas y a una polarización de las sociedades en campos opuestos. Está claro, sin embargo, que este modelo explicativo si bien puede contribuir a explicar la emergencia en la Argentina de un laicado católico (con rasgos de autonomía en relación a la jerarquía eclesiástica) durante la década de 1880 como consecuencia de los conflictos frente a las denominadas leyes laicas, (Di Stefano y Zanatta 2000) encuentra sus límites en las características del ordenamiento político conservador y en las estrategias de los notables católicos que procuraron evitar una confrontación terminal.

En definitiva, esta será una de las mayores dificultades en la tarea de conceptualizar e interpretar la participación de los católicos en la política partidaria de finales del orden conservador y comienzos de la república verdadera: ante la ambigüedad constante de los notables y dirigentes católicos, ¿cómo caracterizar a los proyectos de articulación política de estos dirigentes católicos? Y una vez salvado este inconveniente, ¿cuáles serían las relaciones y vinculaciones que estos católicos establecerían con el resto de la clase política conservadora o con el ascendiente radicalismo? Aquí se sugiere que ésta sería la cuestión central que cruzaría los intentos católicos de conformación de agrupaciones partidarias y que daría lugar a un debate considerable al interior del campo católico sobre los rasgos que estos partidos debían asumir. Estas tensiones internas obedecían en parte a conflictos que respondían a diferentes maneras de concebir la movilización católica y las estrategias que debían seguirse en relación a una actitud de *defensa* de los intereses católicos. Como ha señalado acertadamente José Zanca recientemente, el rol protagónico de los laicos católicos en la vida interna de la Iglesia y la considerable autonomía demostrada en su inserción en el espacio público a comienzos del siglo XX sería reemplazada en los años veinte por un modelo más autoritario sustentado en una conducción eclesiástica más férrea y que dejaba al laicado un menor margen de movimiento. En esta línea de análisis los debates en torno a la validez de la “nación católica” y al lugar del pluralismo ideológico

a los que daría lugar el surgimiento del humanismo cristiano en los años treinta y cuarenta buscaba recuperar algunas de las formas de participación desaparecidas hacia finales de la década de 1910 y que habían dado formas a un cierto renacimiento organizativo católico. (Zanca 2013: 10) Estas formas de organización de comienzos del siglo XX respondían, sin embargo, a una concepción que priorizaba la construcción de mundos católicos paralelos contrapuestos a otras “contra-sociedades” alternativas como la ideada por el socialismo y, en este sentido, no se encontraba en la misma sintonía de la democracia cristiana de posguerra que no rehuía el diálogo con la sociedad moderna. El rasgo ‘integralista’ advertido por buena parte de la historiografía en referencia a la cultura política católica de la primera mitad del siglo XX sería compartido sin embargo por los notables católicos del novecientos y las propuestas humanistas posteriores. Sería este componente del campo católico que no proponía una diferenciación entre la esfera pública y la religiosa el que conduciría a consecuentes y ‘permanentes conflictos con la prensa liberal que cuestionaba la participación del ‘partido católico’ en el escenario político y que rechazaría los intentos de la jerarquía y publicistas católicos por descubrir los fundamentos católicos de la nación durante el novecientos.

A contramano del crecimiento constante experimentado en la historiografía dedicada a analizar la historia de la Iglesia católica argentina, no sería hasta la última década en que los estudios académicos comenzarían a demostrar similar interés hacia la exploración del catolicismo político. (Lida y Mauro, 2009) El avance sobre un territorio en gran medida inexplorado (la participación política de los católicos en la política facciosa de finales del orden conservador) dejaría expuesta la existencia de opciones diversas (fundamentalmente el liderazgo de los notables católicos diferenciado de las propuestas democristianas) frente a las alternativas de coaliciones y la búsqueda de articulaciones propias. En el pasado la atención colocada en descubrir las razones de la debilidad de la corriente democristiana en la Argentina llevaría a obliterar la reconstrucción de la inserción de los notables católicos en las iniciativas de reforma y modernización política del Centenario. (Auza 1969 y 1984). Sin dudas, y más allá de los diversos posicionamientos frente al ordenamiento político conserva-

dor, los diversos actores del campo católico interesados en una acción autónoma en la esfera política, iban a demostrar una actitud similar a la de sus correligionarios europeos frente a las reglas de juego del sistema político. En efecto, a pesar de la desconfianza que las modalidades de la política moderna podían provocar entre el catolicismo organizado y los debates en los cenáculos intelectuales sobre la validez de la soberanía del ‘número’ (a lo cual nos referiremos más adelante), unos y otros iban a manifestar una estrategia que puede ser definida como de “integración negativa” (similar a la de los partidos socialdemócratas europeos) o cercana a la tendencia posibilista de los católicos españoles moderados frente al régimen político de la Restauración (Conway 1997, Tusell 2007: 194). Más allá de este consenso general, se puede apreciar las diferencias que separaban a aquellos dirigentes católicos que buscaban un acercamiento con otros exponentes del arco político conservador de la posición de los ‘demócrata-cristianos’ que perseguían la construcción de una red de organizaciones católicas en la esfera social que pudieran traducirse posteriormente en una organización política socialcristiana. En todo caso, no deja de ser significativo que en los años previos a la Ley Sáenz Peña los notables católicos y los demócrata-cristianos convergieran en la ciudad de Buenos Aires en las iniciativas católicas de mayor espesor y manifestaran una similar animadversión hacia las máquinas electorales y la expansión del socialismo. (Castro 2013) Parece pertinente también recordar el rol de la prensa católica en la ciudad de Buenos Aires (*La Voz de la Iglesia* y *El Pueblo*) que fundamentalmente iba a procurar subrayar la importancia de la conformación de partidos conservadores que asumieran también el rol de defensores de la religión, estrategia que parecían favorecer por sobre la formación de partidos de carácter “católico-social”. En este sentido, los pedidos de “reconcentración de la milicia cristiana” cumplían evidentemente con los requerimientos de una mentalidad defensiva (propia de la intransigencia) que procuraba ofrecer un frente unido ante la acción de los “secretarios” y las consecuencias de las prácticas fraudulentas de gobiernos liberales. Si por una parte es importante reflexionar sobre la diversidad del universo católico y sobre el espacio que esta diversidad (estas disputas) tenían en el interior de aquel campo, por la otra también es clave no perder de vista que tanto los notables católicos (mu-

chos de los cuales estaban al frente de las instituciones más emblemáticas del catolicismo social) como quienes se identificaban con la constitución de partidos socialcristianos compartían los temores frente a las “ideologías disolventes” y la “mistificación” del socialismo.

Desde esta perspectiva la idea de la “conspiración” surge con persistente constancia en el mundo católico del novecientos y con ella la necesidad de delimitar e identificar rápidamente una serie de enemigos que, con intensidad diversa, se repiten con cierta constancia en este comienzo de siglo: un amplio y escasamente definido liberalismo, el movimiento librepensador, la masonería, el socialismo y un espasmódico y latente antisemitismo. Más allá de la discusión sobre si el rasgo “conspirativo” conforma un “gesto constitutivo” de la corriente nacionalista argentina (así lo considera Daniel Lvovich haciendo propia las consideraciones de Pierre Taguieff sobre el nacionalismo francés; 2003:24) o su carácter privativo de la corriente nacionalista en el momento de pensar la política (desestimado por Darío Roldán, 2011: 102), lo cierto es que es indudable que la denominada “cuestión nacional” ocuparía un lugar preponderante entre las preocupaciones de los notables, prensa y jerarquía católica y que aquella se conjugaría con la identificación de una serie de ‘enemigos’ recurrentes que impugnarían la naturaleza católica de aquella nación. En este sentido, la cuestión nacional aparece como relevante para el catolicismo organizado ya con anterioridad a los años veinte y treinta y, por lo tanto, la concepción de la “nación católica” tan presente en la interpretación de Loris Zanatta encuentra raíces previas cuyo momento de concreción más significativo es, de manera poco sorprendente, el momento del Centenario. (Zanatta 1996) Allí se divisa en los actores católicos elementos de convergencia con sectores de la elite conservadora y los apoyos (mesurados o exaltados, pero presentes) de los publicistas católicos hacia los intentos variados por instaurar una pedagogía patriótica sistematizada, apoyos que incluirían críticas apenas perceptibles hacia los riesgos de una ritualidad nacionalista exagerada.

La experiencia política del Partido Constitucional (1913-1918) condensa las notas características de la participación de los católicos en las primeras dos décadas del siglo esbozadas en esta presentación: tensiones internas sobre la modalidad del

partido; carácter confesional o de inspiración católica de la agrupación; alianzas disponibles con otras facciones conservadoras y la relación entre los dirigentes católicos y los restos de la antigua elite política. En este último aspecto, la denominada cuestión religiosa (el debate en torno a la educación y las relaciones entre iglesia y Estado) conspira contra los esfuerzos de los notables católicos por asegurarse el concurso de los restos del mundo conservador con el objeto de conformar una concentración conservadora-nacionalista. Algunos rasgos de las estrategias políticas de los notables católicos entre 1900 y 1918, sin dudas, los acercan al universo de las derechas políticas: un grado considerable de elitismo en la definición de las prácticas políticas y de conducción de las agrupaciones, un definido anti socialismo evidenciado durante las campañas electorales entre 1908 y 1918, la cercanía a los ámbitos de sociabilidad de elite de un sector de su dirigencia y la voluntad de buscar el apoyo de las ‘clases conservadoras’; la conjunción de rasgos nacionalistas con los temores frente a la ‘disolución social’. La inclusión en la propuestas de los partidos de inspiración católica del período (fundamentalmente la Unión Patriótica y los *constitucionales*) de propuestas que remiten a los principios del catolicismo social aseguran, de alguna manera, la participación de militantes provenientes de los Círculos de Obreros y de otros grupos demócrata cristianos, si bien es indudable que estas propuestas se dan en el contexto de una marcada retórica anti-socialista. Así el catolicismo social perceptible en los programas de principios de estas agrupaciones se articula con una clara intención de las elites dirigentes por subrayar el carácter gradual de las reformas sociales prohijadas en evidente contraposición a las transformaciones revolucionarias que los dirigentes católicos asignaban al socialismo argentino. El gradualismo en las reformas sociales va de la mano con la garantía de la estabilidad del orden social y la necesidad de alcanzar la armonía entre los distintos sectores de la sociedad.

Aquella “integración negativa” o actitud posibilista de los dirigentes y publicistas católicos entre el cambio de siglo y la Semana Trágica de 1919 nos advierte sobre la aceptación por aquellos expresada de las reglas de juego del ordenamiento conservador y contribuye a comprender el pragmatismo de las prácticas políticas concretas de los católicos que en este periodo estarían lejos de una crítica frontal al go-

bierno representativo. En este sentido, los políticos católicos participarán del programa de reforma política saenzpeñista y mantendrán una general aceptación del régimen representativo con intervenciones frecuentes de la prensa y publicistas en favor del voto obligatorio y (especialmente luego de la ley de 1912) de la representación proporcional. En la concepción de la prensa y dirigencia política católica esta última favorecía la representación de sectores e intereses de la sociedad al tiempo que aseguraba la presencia de intereses conservadores en el parlamento. El sufragio universal y el principio de la soberanía popular seguirán provocando de tiempo en tiempo debates dificultosos o ejercicios de prestidigitación en los escritos de los publicistas católicos. Sin embargo, quizás lo más relevante del periodo, desde el punto de vista de los actores católicos, es que a pesar de voces que evidentemente se manifestaban críticas de la incorporación de las masas en la política, aquellos estarían durante la década siguiente a la reforma electoral enrolados en posiciones que fundamentalmente apoyaban a alguna forma de régimen representativo. Frente a los “errores” del sufragio universal identificados en las publicaciones de dirigentes y publicistas católicos como Emilio Lamarca, Gustavo Franceschi o Arturo M. Bas de los años en torno al Centenario, tanto publicistas como militantes iban a priorizar la organización de las asociaciones católicas e iban a debatir las diversas alternativas de conformación de agrupaciones políticas católicas. Pese a una retórica generosa en críticas hacia el liberalismo político, la abstracción de los derechos políticos o el rechazo hacia la teoría contractualista rousseauiana como fundamento del gobierno republicano, sectores sustanciales de la dirigencia laica católica iban a organizarse antes y después de la sanción de la ley Sáenz Peña con el objetivo de perseguir programas políticos dentro del marco de la política electoral. En este sentido, los dirigentes católicos de este período entablarían, sin dudas, un dialogo dificultoso con la democracia liberal, con rasgos distintivos de acomodamiento y pragmatismo hacia la competencia partidaria.

Algunas reflexiones finales

La revisión efectuada hasta aquí de las estrategias, prácticas y trayectoria de las agrupaciones católicas en las primeras décadas del siglo XX deja en evidencia algunos de los aspectos centrales de las relaciones entre los católicos y el universo faccioso conservador. También se advierte de lo adelantado en estas páginas la heterogeneidad del campo católico o, al menos, las dificultades de considerar a los católicos que actuaron en la política de finales del orden conservador y en el período de transición hacia la república verdadera como un actor unificado. Las diferencias internas se hacían explícitas entre aquellos que priorizaban la conformación de un partido conservador (y defensor de la religión católica) que bajo cierto nacionalismo emergente en torno al momento del Centenario expresara a las ‘clases conservadoras’ y defendiera el mantenimiento del orden social y aquellos otros que procuraban la formación de un partido socialcristiano con un programa organizado alrededor de los principios del catolicismo social. Sin embargo, si volvemos al comienzo de este trabajo, conviene recordar que a estas tensiones que cruzaban al mundo católico, se le agregaban el debate en torno a la naturaleza ‘católica’ de la agrupación y a las formas más adecuadas de salvaguardar la defensa de los intereses católicos. Emilio Lamarca, uno de los dirigentes católicos más destacados, había advertido en 1908 sobre la crónica dispersión de los católicos en la miríada de facciones conservadoras y había prevenido a los militantes católicos sobre las divisiones ocasionadas a causa de la participación en la política electoral. Con todo, esta dirigencia laica (y más allá de los desencuentros sobre las estrategias adecuadas) iba a procurar en lo posible evitar ser encasillada como la mera expresión de los intereses clericales en una demostración de autonomía con respecto a la jerarquía eclesiástica (que por otra parte no demostraba entusiasmo hacia estas expresiones del catolicismo político) que iba a escasear en las décadas siguientes.

El origen popular de la soberanía y el poder seguirían siendo cuestionados por ensayistas y prensa católica pero, sin embargo, se estaba todavía lejos de los combates periodísticos de las plumas de los jóvenes intelectuales católicos que desde las páginas por ejemplo de la revista *Estudios* comenzaban a manifestar su preocupación por el ascenso de las masas o los alcances de la democracia ‘jacobina’. Ese recambio

generacional insinuaba una transición que comenzaba a operarse en algunos sectores del catolicismo hacia una crítica terminal hacia el modelo de la democracia liberal y en pro de formas de autoritarismo político que iban a encontrar una decidida influencia en el período de entreguerras. Mientras tanto, en la prensa y en los escritos de los publicistas católicos se expresaban las dudas sobre la marcha del régimen representativo pero éstas no se manifestaban más radicales que aquellas hechas públicas por quienes podían fácilmente ser incluidos entre las diversas corrientes del reformismo liberal. (Roldán 2006)

Publicistas y dirigentes católicos iban a mantener sus persistentes críticas hacia las camarillas ‘liberales’ que controlaban el estado e imponían políticas secularizadoras alejadas, a su entender, de una nación que –a sus ojos- se expresaba como fundamentalmente católica. Paradojalmente, éste sería uno de los motivos que llevaría a la prensa católica a fundamentar su apoyo al reformismo electoral, desde el momento en que un sistema político liberado de las trabas del fraude electoral daría lugar hipotéticamente a la elección de candidatos ‘católicos’ que trabajaran en contra de las tendencias liberales-laicistas y de aquello que José Manuel Estrada había definido como el “incremento anómalo del estado” (Estrada 1946). Si para algunos notables esta concepción última constituía la base de un ‘liberalismo católico’ que impugnara el centralismo opresor de la burocracia estatal, para otros la preocupación mayor residía en el mantenimiento del orden social y el rechazo al avance electoral del socialismo en la ciudad de Buenos Aires. Desde esta perspectiva, y desde la visión más general de aceptación de una “integración negativa” al ordenamiento político conservador, los católicos que actuaban en la política activa esbozarían pragmáticas coaliciones conservadora-nacionalistas que naufragarían ante la siempre latente cuestión religiosa (la emergencia de la amenaza clerical advertida por políticos liberales) y la debilidad electoral de aquella amenaza socialista que nunca se transformaría (como en otras latitudes) en un peligro de dimensiones más serias para las posiciones de aquellas ‘clases conservadoras’. En este sentido, y desde una perspectiva relacional como sugiere Ernesto Bohoslavsky como una de las respuestas a la ausencia de un partido de derecha influyente, las debilidades de una coalición con los rasgos des-

criptos también fracasaba ante las flaquezas de las agrupaciones políticas de izquierda (Bohoslavsky 2011) lo que contribuiría a explicar a su vez las flaquezas de partidos ‘confesionales’ ya afectados por la debilidad de la inexistencia de un liberalismo más radical en sus tendencias secularizadoras. Por otra parte, al menos en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires, los dirigentes católicos (en este caso los *constitucionales*) encontrarían serios obstáculos para congregarse a las restantes facciones conservadoras y terciar como una alternativa electoral que superara a la coyuntura de corto plazo y a la dicotomía radicalismo-socialismo.

Finalmente, la “cuestión religiosa” siempre colocaría a los dirigentes católicos en un territorio difícil que lo alejaba de sectores influyentes de la antigua elite conservadora y del emergente Partido Radical. En los comienzos de la república posible, sin embargo, sería este último el horizonte hacia el cual girarían aquellos dirigentes católicos que se demostraban más preocupados por las tendencias liberales de los candidatos *demoprogresistas* que por una democracia de posibles tonos plebeyos. Estos rasgos tan elusivos y la resistencia incluso a evitar cualquier definición política que pasara por la pertenencia confesional dificulta, sin duda, el encasillamiento de los católicos partícipes de la política electoral hacia el comienzo del siglo XX y, de manera similar a la historia de los conservadores argentinos (Tato 2013) incentiva al investigador a estar preparado para reconstruir coyunturas específicas y comprender aquellas prácticas en un contexto necesariamente relacional.

Bibliografía

Berlin, Isaiah (1997), “John Stuart Mill y los fines de la vida” en John Stuart Mill, *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza Editorial.

Bobbio, Norberto (1995), *Derecha e Izquierda*. Madrid: Taurus.

Bohoslavsky, Ernesto (2011), “El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Botana, Natalio (1994), *La tradición republicana*. Buenos Aires: Sudamericana.

Butler, M. (2007), “Introduction. A Revolution in Spirit? Mexico, 1910-1940”, en Matthew Butler (ed.), *Faith and Impiety in Revolutionary Mexico*. New York: Palgrave MacMillan.

Cárdenas Ayala, E. (2006), “La construcción de un orden laico en América Latina. Ensayo de interpretación sobre el siglo XIX”, en Roberto Blancarte (ed.), *Los restos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo*. México: El Colegio de México.

Castro, Martín (2009 a), “Los católicos en el juego político conservador de comienzos del siglo XX: reformismo electoral, alineamientos partidarios y fragilidad organizativa, 1907-1912”, *Desarrollo Económico*. Vol. 49, N° 193.

---. (2009 b), “Nacionalismo, cuestión religiosa y secularización política en la Argentina a comienzos del siglo XX: 1900-1914”, *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*. Vol. 8, N° 2.

---. (2012), *El ocaso de la república oligárquica. Poder, política y reforma electoral, 1898-1912*. Buenos Aires: Edhasa.

---. (2013), “Contra la ‘apatía de los buenos’: católicos y política partidaria en la ciudad de Buenos Aires, 1902-1918”, *PolHis. Boletín bibliográfico electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 11.

Ceballos Ramírez, Manuel (1991), *El catolicismo social: un tercero en Discordia. Resum Novarum, la ‘cuestión social’ y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*. México: El Colegio de México.

Clark, Christopher (2010), “From 1848 to Christian Democracy”, en Ira Katznelson y Gareth Stedman Jones (eds), *Religion and the Political Imagination*. Cambridge: Cambridge University Press.

Conway, Martin (1990) “Building the Christian City: Catholics and Politics in Inter-War Francophone Belgium”, *Past and Present* 128: pp. 117-151.

---. (1996), “Introduction”, en T. Buchanan y M. Conway, *Political Catholicism in Europe, 1918-1965*. New York: Oxford University Press.

Cornblit, Oscar (1975), “La opción conservadora en la política argentina”, *Desarrollo Económico*, v. 14, n. 56.

Chadwick, Owen (1975), *The Secularization of the European Mind in the Nineteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

De la Cueva Merino, Julio y López Villaverde, A. L (2005), “A modo de introducción. Reflexiones en torno al clericalismo y al asociacionismo católico”, en J. de la Cueva Merino y A. L. López Villaverde, *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la restauración a la transición*. Madrid: Universidad de Castilla-La Mancha

Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris (2000), *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Mondadori.

Estrada, José Manuel (1946), “El naturalismo y la educación. Conferencia dada en el Club Católico, 21/8/1880”, en José M. Estrada, *Discursos*. Buenos Aires: Estrada.

Gildea, Robert (1988), *The Third Republic from 1870 to 1914*. Londres: Longman.

Hale, Charles (1985), “Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1930”, en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*. Vol. IV. Cambridge: Cambridge University Press.

Halperin Donghi, Tulio (2000), *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel.

Kaiser, Wolfram (2011), *Christian Democracy and the Origins of the European Union*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kalyvas, Stathis N. (1996), *The Rise of Christian Democracy in Europe*. Ithaca: Cornell University Press.

Lida, Miranda y Mauro, Diego (2009), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*. Rosario: Prohistoria

Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B Argentina.

Mainwaring, S. y Scully, T.(2010), *La democracia cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*. Mexico: FCE.

Menozzi, Daniele (1993), *La chiesa cattolica el a secolarizzazione*. Torino: Einaudi.

Rémond, René (1983), “Anticlericalism: Some Reflections by Way of Introduction”, *European History Quaterly*. 13: 121.

Rock, David et.al (2001), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Roldán, Darío (comp.) (2006), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la República verdadera*. Buenos Aires: FCE

Roldán, Darío (2011), “Comentarios”, en Fortunato Mallimaci y Humberto Cucchetti, *Nacionalistas y nacionalismos: debates y escenarios en América Latina y Europa*. Buenos Aires: Gorla

Stedman Jones, Gareth (2010) “Religion and the origins of socialism”, en Ira Katznelson y Gareth Stedman Jones (eds.), *Religion and the Political Imagination*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tato, María Inés (2013), “El conservadurismo argentino: ¿una categoría evanescente?”, en Bohoslavsky, Ernesto y Echeverría Olga (comps.), *Las derechas en el Cono sur, siglo XX. Actas del tercer taller de discusión*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Tusell, Javier (2007), *Historia de España en el siglo XX. Del 98 a la proclamación de la República*. Madrid: Taurus.

Zanatta, Loris (1996), *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Zanca, José (2013), *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Zimmermann, Eduardo (1995). *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana/ Universidad de San Andrés.

¿Cómo citar este artículo?

CASTRO, Martín, “¿Una clase de derecha política? El activismo católico en la Argentina de comienzos del siglo XX”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 9-30. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

LA ASOCIACIÓN WAGNERIANA DE BUENOS AIRES A INICIOS DEL SIGLO XX: ¿UN NACIONALISMO CULTURAL DE DERECHA?

Josefina Irurzun

Introducción

La Asociación Wagneriana de Buenos Aires, fundada en 1912, se convirtió hacia los últimos años de la década de 1910 en una institución rectora en el ámbito musical porteño (si bien desde el espacio no gubernamental) y se auto-adjudicó la tarea de contribuir con el desarrollo del nacionalismo cultural argentino con su propuesta artístico-musical. Los estudios musicológicos suelen señalar la conversión de esta institución musical en una instancia legitimadora de la escucha de determinadas obras e intérpretes, ya que habría sido el epicentro que movilizó gran parte de la actividad musical porteña (Mansilla, 2004: 37). Asimismo, se suele marcar su vocación nacionalista en el marco de un proyecto o maniobra de “ingeniería social” que la elite dominante argentina estaba llevando a cabo a fin de establecer una determinada idea de nación y de identidad nacional (Plesch, 1996: 59-60).

En el presente trabajo nos preguntamos por la especificidad de ese nacionalismo que sostuvo públicamente la Asociación Wagneriana, o mejor dicho, -anticipando nuestra postura-, por la diversidad de significados de ese nacionalismo, que se manifestó tanto en el interior de la institución como en el contexto socio-político de la época, y que justificaría la utilización del plural: “nacionalismos”. Como ha señalado Echeverría para el caso de la derecha autoritaria de los años veinte:

“vale recordar que el nacionalismo ha sido una apelación discursiva y un recurso identitario en el que se han referenciado sujetos y movimientos de todo el amplio abanico ideológico contemporáneo. En ese sentido, el nacionalismo es un concepto ambiguo, laxo, y por lo mismo factible de

ser concerniente a buena parte de la sociedad y el universo político”

(Echeverría 2011: 8)

De esta manera, intentaremos ensayar la posibilidad de otorgar contenido al título que orienta nuestro trabajo, es decir, a qué nos referimos cuando hablamos de nacionalismos culturales y de derecha y cómo influyeron en la cosmovisión de esa entidad musical.

Las visiones historiográficas que en las últimas décadas del siglo XX han planteado la historicidad del concepto nacionalismo y sus implicancias en el proyecto modernizador que llevaron adelante las élites dirigentes del último cuarto de siglo XIX -especialmente las de Benedict Anderson (1993), Ernst Gellner (1988), y Eric Hobsbawm (1995), entre otros-, han refutado la idea esencialista de una identidad nacional preexistente. Han traído al centro del debate los contenidos culturales, políticos e ideológicos de un nacionalismo que proyectaba básicamente la realización de modernos estados-nación en el contexto mundial de consolidación del orden capitalista. A la polisemia de este nacionalismo cultural (que según las circunstancias, también formó parte tanto de tradiciones políticas conservadoras como de radicales), se añadió la concepción de un nacionalismo de tipo político, que en la década de 1920 fue un componente discursivo de la naciente derecha autoritaria y antiliberal.

La musicología contemporánea o post-estructuralista, ha revisado el tradicional concepto de nacionalismo musical, -que abordaremos más adelante-, develando su mito esencialista, y más recientemente, ha iniciado el camino de la historicidad de ese (o esos) nacionalismo/s, y sus diversas manifestaciones en los contextos de los países latinoamericanos. Este diálogo interdisciplinario de la musicología (o etnomusicología) con la historia en general, y la historia cultural en particular, nos parece importante para entender la naturaleza polifacética y dinámica de los movimientos o corrientes de pensamiento nacionalista, comprendidos en el contexto global de los procesos de modernización -o también, en términos del sociólogo alemán Norbert Elías (1987), una de las últimas fases del proceso de “Occidentalización de Occidente”-.

A nivel teórico, se ha discutido mucho sobre los significados, orígenes, diagnósticos, tipologías y proyecciones de la nación y el nacionalismo. Algunos puntos

del debate sobre los cuales no podemos extendernos aquí, han sido los intentos por definir el significado de la “identidad nacional” (García García 1994) y por saber si su construcción ocurrido “desde arriba” o “desde abajo”. Se ha generado cierto consenso historiográfico en torno a la idea de que en las sociedades europeas el nacionalismo engredó a la nación, pero prevalece la idea inversa para el caso de las sociedades latinoamericanas. El principio de nacionalidad moderno (y por lo tanto el nacionalismo) habría surgido posteriormente a la conformación de los estados nacionales (Chiaramonte, 1997). En el fondo, estas posturas divergentes debaten en torno a cuáles han sido *las representaciones* de la nación o cómo se la ha imaginado. Si se acentúa el elemento étnico como un a priori (visión primordialista o naturalista) se hablará de nación “cultural”. Si se enfatiza en el concepto de libertad y voluntad de un contrato colectivo (visión voluntarista o contractualista) se hablará de nación “política”. También estos enfoques se corresponderían en el primer caso con una concepción de nación alemana (el movimiento romántico relacionado con lo vernáculo influyó notablemente en las raíces del pensamiento sobre la nación y lo nacional) y francesa en el segundo. Al respecto ha dicho Antonin Artaud:

“Hay el nacionalismo cultural, que afirma la calidad específica de una nación y de sus obras, y que las distingue; y hay el nacionalismo que se puede denominar cívico, y que en su forma egoísta, se resuelve en chauvinismo y se traduce en luchas aduaneras y guerras económicas, cuando no en guerra total” (Todorov, 2003: 203)

De todos modos, como ha indicado Mutsuki (2004) al otorgar una fuerte carga positiva al primero y negativa al segundo, estas aproximaciones impiden captar la complejidad de los problemas.

Existe una larga trayectoria de utilización discursiva del “nacionalismo” antes de que el concepto quedara esencialmente unido a la caracterización de la derecha autoritaria que se manifestó a partir de la segunda y tercera década del siglo XX. En el tránsito del siglo XIX al XX, la Argentina vivió un clima de optimismo evidenciado en los festejos del centenario de la Independencia, optimismo que comenzaba a opacarse por los crecientes problemas sociales que la modernización estaba dejando:

las nuevas multitudes, la cuestión inmigratoria, los pobres, la “cuestión social” (pobreza, alcoholismo, prostitución), la violencia anarquista, las luchas obreras, etc. Las “recetas” que el reformismo liberal estaba ensayando parecían no contribuir a la solución de estos problemas sociales, y las elites se mostraban cada vez más preocupadas ante el avance de ideologías de izquierda, “maximalistas” o extremistas. Los sectores más conservadores de la elite tradujeron estos temores en la necesidad de una ruptura con el modelo ideológico liberal consagrado en la llamada organización nacional, ya que éste se revelaba poco propicio para generar cohesión social y mantener así su hegemonía. Uno de los elementos discursivos de esa matriz ideológica (en algunos casos, fuertemente reaccionaria, en otros, conservadora) fue una clase de nacionalismo que fundamentaba su idea de nación como comunidad ordenada en base a jerarquías tradicionales.

A continuación analizaremos los tipos de nacionalismos que caracterizaron a la heterogeneidad de grupos y personalidades que formaron parte de la Asociación Wagneriana de Buenos Aires durante sus primeras décadas.

Los proyectos para una Asociación Wagneriana en Buenos Aires

A comienzos de la década de 1910, el panorama cultural porteño se renovó principalmente a causa del surgimiento de nuevas sociedades musicales creadas, entre otras razones, para superar las temporadas líricas centradas en el Teatro Colón y la ópera italiana. La Asociación Wagneriana fue una de estas nuevas agrupaciones, y con el tiempo se convirtió en una pieza fundamental del campo de la actividad musical (Mansilla, 2006: 5). La visita del director italiano Arturo Toscanini en 1912 - quien dirigió “El Ocaso de los Dioses” y “Tristán e Isolda” en el Teatro Colón-, generó el entusiasmo necesario para la creación de una Asociación Wagneriana. Esta convocatoria partió del musicólogo y periodista de origen francés, Ernesto de la Guardia quien publicó entonces en el diario *La Prensa*, un llamamiento titulado “Aurora”, en el que solicitaba adhesiones para la concreción de su propuesta, que se efectivizó el 4 de octubre de 1912.

La constitución de una Asociación Wagneriana en Buenos Aires se concretó por etapas, a partir de la iniciativa de un colectivo heterogéneo: un grupo de inmigrantes catalanes radicados en la capital argentina, quienes decidieron seguir el ejemplo comenzado en Barcelona: José Lleonart Nart, José María Pena, Ignacio París y Pablo Henrich, unidos por otra parte, al crítico musical Ernesto de la Guardia, y a Mariano Barrenechea, entre otras personalidades locales (Dillon, 2007). Hemos encontrado otras referencias que prueban que hubo intenciones en otros momentos de crear una entidad similar, entre inmigrantes catalanes arribados a comienzos del siglo XX.

Puede decirse que aquel momento, ser wagneriano en Buenos Aires o en Argentina, constituía un signo de distinción de quien había podido acceder a ese conocimiento estético: los intelectuales y la élite, tanto los *snobs* como los que auténticamente declaraban su afición. Hacia fines del siglo XIX se consolidaba la modernización y urbanización de la capital argentina, y por ello la burguesía local apostó fuertemente a la agudización de la distancia social, y las modalidades del consumo del teatro lírico ocuparon un lugar preferencial en la exteriorización de esa distancia (Pasolini, 1999: 264). En este sentido, el entredicho entre Miguel Cané (h) y Paul Groussac debe entenderse como una disputa simbólica entre pares.¹ Ambos (un wagneriano de primera hora y un ambiguo anti-wagneriano respectivamente) se opusieron al proyecto de nación que en torno al Centenario buscaba seducir e “incorporar” a las “vagas” multitudes que según ellos odiaban el espíritu, o en general, a toda la aristocracia (Terán, 2008: 81-82).

Los propósitos iniciales de la Asociación Wagneriana fueron, en líneas generales, organizar conciertos, difundir la obra de Richard Wagner y promover la cultura musical en Argentina.

“Es necesario hacer cultura wagneriana, facilitando al público en general los medios de ilustración para que compenetre en el verdadero sentido del arte wagneriano; lo que puede lograrse publicando traducciones de los

¹ Groussac publicó en *El Diario* (1884) una crítica a un artículo firmado por Cané, donde lo juzga de incompetente, ya que éste último habría realizado una apreciación presuntamente errónea sobre la ópera “La Africana” de Mayerbeer. Cané respondió desde Europa al editor del diario, y en su carta dejó en evidencia que Groussac, no había leído el libreto ni había visto la mencionada obra (Suarez Urtubey, 2007: 25-26).

poemas a nuestro idioma, estudios temáticos y de otros géneros, divulgando las obras fundamentales de los comentaristas, fundando una revista, y formando después una biblioteca” (AIAWBA, 4/10/1912, Libro 1, 1912-1923, p. 3)

Este propósito educativo nos advierte sobre la vocación de constituirse en *el* agente de difusión de un arte que se evalúa como desconocido, o incluso, incomprendido por las mayorías. Resulta curioso entonces, que en ese Acta Fundacional también podamos advertir la existencia de aficionados al arte wagneriano de diversas procedencias socio-profesionales y culturales:

“Este es el objeto de nuestro proyecto de fundar una Asociación Wagneriana en Buenos Aires; para conseguirlo debe reinar la unión más íntima, el espíritu de fraternidad más amplio entre todos los wagnerianos, dejando a un lado al entrar a la Asociación, las diferencias que puedan separarlos en particulares esferas, con el fin de que esta obra colectiva enaltezca al arte del maestro y propague en esta tierra la cultura wagneriana” (AIAWBA, 1912:3)

Lo cierto es que en las primeras reuniones, si bien advertimos la presencia de un grupo de exiliados catalanes y otros anónimos, la comisión directiva quedó formada por distinguidas personalidades de la élite porteña: como presidente el músico Julián Aguirre, vicepresidente Carlos Tornquist; secretario Ernesto de la Guardia, bibliotecario Rafael Gironde (hermano de Oliverio); y entre los vocales: Luis Drago Mitre; Luis Silveyra; Jorge M. Rojas Acevedo, y el propio Miguel Cané. El resto de los cargos estaban ocupados por el catalán Pablo Henrich, como secretario, Roberto Carman como tesorero; Santos Gómez, Baudilio Alió (pintor posiblemente) y el pianista Ernesto Drangosch, como vocales.

Por razones que desconocemos, esta etapa inicial de la asociación porteña, que había nacido en la reunión convocada por De la Guardia y Barrenechea, fue breve. Salvo la conferencia ofrecida por el propio De la Guardia en diciembre de 1912, poco tiempo después de la reunión inaugural, no se concretó ninguna otra actividad o en-

cuentro. En junio de 1913, durante el estreno de “Parsifal” en el Teatro Colón, se dio la ocasión de juntar voluntades para volver a constituirla. Según Cirilo Grassi Díaz (1963: 8), quien luego fue uno de los más afamados directivos del Teatro Colón y de la Asociación Wagneriana, José Lleonart Nart fue quien convocó en esa ocasión, a la reorganización de una Asociación Wagneriana, y consiguió un local para las reuniones. Ese local fue el “Instituto de Estudios Catalanes”, lugar de encuentro hasta la consecución de un nuevo espacio. Es notable la ausencia de personalidades que habían estado presentes en la primera comisión de 1912: sólo permanecen Henrich como secretario, De la Guardia como director artístico y Carman como vocal; Gironde será presidente entre 1914 y 1916 pero su participación será de carácter formal a juzgar por sus ausencias en las reuniones de comisión directiva. Ello nos esté indicando la renuncia de un grupo de wagnerianos -de extracción social asociada a la élite más tradicional-, a participar de un proyecto que se les había revelado demasiado diverso en sus componentes.

¿Pero quiénes eran estos catalanes y qué tipo de wagnerianismo preconizaban? Josep Lleonart Nart, José María Pena, Pablo Henrich y Jerónimo Zanné habían participado ya en Barcelona de la creación de una Asociación Wagneriana en 1901. Otros, como Pere Seras Isern y Ramón Guitart manifestaron (hasta donde sabemos) su afición en Buenos Aires. Todos ellos fueron a su vez, -y en primer lugar- fervientes catalanistas, la mayoría exiliados por diversas causas.

El catalanismo adquirió fuerza intelectual en Barcelona a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en consonancia con un movimiento cultural -la *Renaixença*- que puso de relieve la particularidad de Cataluña como nación. Esas fueron las bases para el desarrollo de un fuerte movimiento nacionalista que intentó ser acallado por la monarquía española, la dictadura del general Primo de Rivera y posteriormente la del general Franco. Lo cierto es que este movimiento de resurgimiento nacional tuvo diversas manifestaciones: en el arte fue evidente la persecución de una identidad y estilo típicamente catalanes a través del modernismo. En arquitectura, por ejemplo, las obras de Gaudí brillan hasta hoy en día por su originalidad. A su vez, la afición por la música wagneriana se convirtió en otro ingrediente de ese catalanismo moder-

nista y recorrió un camino casi paralelo a la consolidación del propio Wagner como músico consagrado en Europa. La primera audición wagneriana en España (la Marcha triunfal de *Tannhäuser*) tuvo lugar en Barcelona, el 16 de julio de 1862, en el marco de los conciertos populares ofrecidos por los coros *Euterpe*, que dirigía el maestro y compositor catalán Anselm Clavé (1824-1874). Estos conciertos se realizaban en las fábricas textiles e incluso Clavé llevaría a cabo la realización de un coro obrero, de manera que sus propias composiciones fueron susceptibles de ser cantadas por varias personas que no sabían lo que era el solfeo. También el wagneriano Josep Rodoreda (1851-1922), autor de *Virolai*, una de las composiciones más populares de Cataluña, y primer director de la Banda Municipal de Barcelona, ofreció regularmente conciertos populares por los barrios periféricos. En 1905 partió hacia Argentina, donde ofreció conciertos y permaneció hasta su muerte en 1917 (Infiesta y Mota, 2008).

Es posible que este anhelo de extender a los sectores populares la admiración por el compositor alemán y -estrechamente unido a esto- la propensión a considerar la personalidad legítima de Wagner era la revolucionaria y humanista -por haber participado de la revolución de 1849 en Dresde y haber sufrido un exilio de 12 años- hayan causado esa fuerte identificación. La idea típicamente romántica de “redención” muy presente en la obra wagneriana, se encuentra frecuentemente señalada en algunos escritos de estos catalanistas.² Además, las tramas argumentativas de los dramas wagnerianos, sobre todo en el caso de “Parsifal” (que transcurre parcialmente en el castillo de Monsalvat, norte de España) permitían interpretar la idea de un norte hispano espiritual, identificado con el resto de Europa, y remontarse a la Edad Media para fundamentar la independencia de Cataluña del Estado español. Este catalanismo queda bien reflejado en el escenario del edificio modernista “Palau de la Música” en Barcelona (construido en 1908) donde se contraponen, del lado derecho, la alegoría de la Canción Popular Catalana —el busto de Anselm Clavé— y del izquier-

² La exaltación del rasgo antisemita y reaccionario de Wagner (característico de su última etapa de vida) ocurrió a partir de la década de 1930 a raíz de la apropiación simbólica hecha por Hitler y sus seguidores.

do, la evocación de la música moderna a partir de una *Walkyria* wagneriana que termina en el busto de Beethoven.

En el mismo momento en que se construyó el Palau de la Música, Josep Lleonart Nart³ fundaba en Buenos Aires el *Casal Catalá*, como entidad escindida del pionero centro de sociabilidad *Centre Catalá* -que simpatizaba con la idea de una nacionalidad española aglutinante-. El *Casal Catalá* era una institución decididamente catalanista (es decir, que reclamaba la personalidad singular cultural y política de Cataluña) gestada en 1908 por quien participó a su vez de la fundación de la Asociación Wagneriana de Buenos Aires en 1912, dio el impulso para su reorganización y ejerció su dirección en 1913.

Entre 1912 y 1919 la Asociación Wagneriana porteña ofreció 183 audiciones, conferencias y conciertos. En más de 60 de estas veladas, participaron –como intérpretes- músicos y escritores catalanes. En cuanto al contenido de las mismas, fue muy diverso. Lo cierto es que existen algunos indicios que nos llevan a esbozar la concepción del arte wagneriano que sustentaba este grupo de catalanistas, como una dimensión de su nacionalismo de raíz romántica revolucionaria o de un ideario propio del romanticismo “social”. Mencionamos algunos, a riesgo de extendernos demasiado:

- Cuando Rocamora (1992: 75) reconstruye la vida institucional del Casal de Catalunya, nos presenta a Josep Lleonart Nart de la siguiente manera: “Maestro, profesor, fundador del Casal Catalá, del Instituto de Estudios Catalanes, ‘el Soviet’, etc.”. En el epígrafe del retrato escribe: “Comisario’ del Soviet. Patriarcal, bondadoso y nobilísimo. Simpatía, entusiasmo catalanista y conjugación permanente del verbo Amar” (1992: 74). Es posible que este “Soviet” al que refiere Rocamora, sea el que menciona Grassi Díaz (1963: 13) cuando narra las reuniones celebradas por la Wagneriana: “(...) Desde 1913 hasta principios de 1918 esa peña fue inseparable del des-

³ Lleonart Nart (Barcelona, 1861-Buenos Aires, 1936) había llegado a Buenos Aires en 1906. En la capital argentina, se convirtió en uno de los líderes étnicos más destacados del independentismo catalán. Además de fundar el Casal, propició la fundación del Instituto de Estudios Catalanes en 1912; del Ateneo Hispanoamericano (ambas serían la primera y segunda sede social para las reuniones y conciertos organizados por la Wagneriana desde 1912 a 1915); y la Asociación Nacional Catalana de las Américas (1917) junto a Pere Redon y Antoní Costa (Manent, 1992).

tino de la wagneriana. Nos reuníamos y la wagneriana polarizaba la conversación. - Somos el Soviet de la Música- sentenciaba Constant Mones Ruiz. Y de esa frase suya surgió la denominación ‘Peña del Soviet’-.

- Las numerosas conferencias pronunciadas en diversas veladas referían a la influencia del teatro griego clásico y de Shakespeare en la obra de Wagner. Otras temáticas tenían que ver con su faceta revolucionaria. Por ejemplo, la lectura de Leonart Nart de la conferencia del catalán Miquel Doménech y Español (1998: 1) sobre “Fusión del más puro y sereno clasicismo y del más fogoso romanticismo en el arte wagneriano” señalaba el carácter revolucionario y particularmente anarquista del compositor.

- Entre los escasos libros sobrevivientes de la biblioteca de la Asociación (conservados por una de sus últimas secretarías), uno de ellos reviste especial interés: *El Perfecto Wagneriano* de G. B. Shaw, quien realiza en ese libro una interpretación de la obra wagneriana más famosa “El Anillo de los Nibelungos” como una alegoría del colapso del mundo capitalista e industrial, por sus propias contradicciones. El ejemplar que se conserva es una de las primeras ediciones argentinas (si no, la primera) de esta obra, hecha por la editorial Tor, fundada en 1916 por el catalán Juan Carlos Torrendell. Dicha edición salió en 1922, traducida del inglés al castellano por el también catalán Luis Bertrán. Este último era el seudónimo de Lluís Palazón i Bertrànd, militante republicano.

Por otro lado, las relaciones frecuentes con Ricardo Rojas, quien a su vez fue uno de los nexos con las autoridades políticas, resultan un dato interesante. En mayo de 1914 Rojas inauguró el ciclo anual de conferencias, con un discurso titulado “Cosmogonía de Ricardo Wagner”. En junio del mismo año, las actas institucionales dan cuenta de su nombramiento como primer socio honorario. En varias reuniones de Comisión directiva se insistió en la necesidad de recordarle a Rojas su ofrecimiento de colaboración en el dictado de una conferencia sobre el “Cancionero Popular”. El escritor se excusó en la falta de tiempo para encarar esa tarea. Respecto a las relaciones de Rojas con la cultura alemana⁴, Devoto (2002: 56) ha señalado su filiación con

⁴ Cuando Rojas escribió la biografía de José de San Martín en 1934, caracterizó a éste último como un personaje típico de un drama wagneriano. Cfr. Rojas (1950:11).

la idea herderiana de nación. El “indianismo” (pre-hispánico) y americanismo sustentado por este escritor y funcionario influyó notablemente en las composiciones de los primeros músicos argentinos nacionalistas. El drama “Ollantay”, de autor desconocido y escrito originalmente en quechua (s. XVI), fue versionado y difundido en Argentina a comienzos de siglo XX por el propio Rojas. Esta versión inspiró obras de reconocidos músicos nacionalistas, todos colaboradores de la Wagneriana: “Tres Preludios Sinfónicos” (1919) de Pascual de Rogatis, y la ópera también llamada “Ollantay” de Constantino Gaito. Cabe preguntarse si esta valoración de lo pre-hispánico guardaba alguna relación con la oposición a lo español, que caracterizaba al grupo de catalanistas.

¿Ser wagneriano o ser nacionalista argentino?

Como decíamos al comienzo, la Asociación Wagneriana se convirtió, ya hacia fines de su primera década (1912-1922) en una instancia de legitimación dentro del campo musical, y podríamos decir que creció de una manera llamativamente rápida a partir de 1916 (cuando asumió su dirección Carlos López Buchardo) en parte, gracias a los vínculos que construyó con los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear (ambos manifestaron cierta preocupación por el desarrollo oficial de instituciones culturales y artísticas). Según. Mota (2006:1):

“A diferencia de la mayoría de las Asociaciones Wagnerianas que se fundaron a principios del siglo XX, la Wagneriana de Buenos Aires no va a desaparecer, sino que va a evolucionar a fin de convertirse en una simple asociación musical, pero que mantiene su nombre”

Para este autor, difícilmente se puedan fijar los límites que determinen en qué momento o época va a comenzar a dejar de ser estrictamente wagneriana, pero creemos que uno de los indicadores lógicos a considerar, es la escasa realización de actividades promotoras o difusoras del arte wagneriano. A mediados del año 1917, el director artístico de la entidad, Ernesto de la Guardia, puso en consideración ante la comisión directiva, la posibilidad del cambio de nombre de la Asociación (AIAWBA,

6/6/1917: 22). Si bien este proyecto no tuvo éxito, revela en primer lugar, que no todos los wagnerianos tenían el mismo compromiso con la obra del compositor alemán, y en segundo lugar, -más allá de las circunstancias de difícil difusión del arte wagneriano durante la Gran Guerra- que el rumbo de la Asociación debía, para algunos, concentrarse en otros propósitos, relacionados con la difusión de la música que se consideraba nacional. Esta orientación hacia la difusión de la música que se creía argentina, se hizo evidente a partir de los años veinte.

A los premios y becas que se habían gestado desde 1916, se agregó en 1921 el premio a la canción escolar. Es en este punto donde la obra educativa comienza a confluír marcadamente con las autoridades del poder político nacional (sobre todo con el Consejo Nacional de Educación), y con la construcción de un proyecto cultural de nación que éstas estaban llevando a cabo, en parte, a través de la institución escolar. Prueba de la estrechez de esta vinculación es la concreción, en ese mismo año -1921-, de un subsidio, por parte del Congreso Nacional, de 3.000 pesos m/n.

En 1919, la Wagneriana había presentado al Gobierno Nacional un “Proyecto para organizar el conservatorio nacional de música y arte escénico en Buenos Aires”, que quedó en estudio. El proyecto se hacía

“con vistas a lo efectuado sobre la materia en los principales centros docentes de carácter oficial del extranjero, pero de acuerdo siempre con el sistema de enseñanza general de la nación argentina y con el espíritu de la raza, a fin de que no resultase nunca una servil imitación o un caso de exotismo inadaptable” (MBAWBA, 1919: 11).

Además de haber conseguido el favor político de la intendencia municipal y del congreso nacional, también logró la concesión de un subsidio del Concejo Deliberante de Buenos Aires, a partir de la relación con el concejal Luis Mantecón. Finalmente, el presidente Marcelo T. de Alvear hizo posible la fundación del añorado Conservatorio, mediante decreto N°1236 del 7 de Julio de 1924 y con las firmas del mismo presidente y el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Antonio Sagarna.

Es posible que la acentuación de este perfil político militante dentro del “nacionalismo musical argentino” -perfil tímidamente anunciado en su objetivo inicial

de fomento de la educación musical-, haya desplazado poco a poco su vocación originalmente wagneriana. ¿En qué consistía ese nacionalismo musical? Al respecto, los aportes del musicólogo alemán Carl Dahlhaus, han abierto un campo de estudio sobre los nacionalismos, entendiendo estas corrientes ya no como combinaciones entre el lenguaje académico europeo y elementos tradicionales autóctonos, sino como una suma entre intención (la voluntad del autor respecto a la función “nacionalista”) y recepción (la comprensión de la audiencia como tal) (Plesch, 2008: 71) Dicho de otra manera, no todas las músicas que incorporan o se basan en elementos del folklore asumen una funcionalidad ligada a la afirmación de una “identidad nacional”. A esto se suma el componente político: la legitimidad de la obra como tal, en el marco de un proyecto político de construcción de una idea de lo “nacional”. Melanie Plesch (2008) define las categorías distintivas del nacionalismo argentino como *uso*, *nostalgia* y *distanciamiento*. *Uso* de poéticas y motivos tradicionales (por ejemplo lo “gauchesco”), signado por cierta *nostalgia* modernista de un mundo pre-moderno perdido, y a su vez *distanciado* del mismo (el compositor se basa en la obra del folclorista, pero se diferencia de él, pues sólo refiere o cita elementos de las músicas populares).

A partir de la década de 1920 se acentuó el perfil “criollista” del nacionalismo argentino. Esta re-significación de la figura del “gaucho” fue compleja y heterogénea. En algunos casos, fue idealizado como imagen invertida del inmigrante, pues las virtudes del gaucho fueron resaltadas en contrapartida con los supuestos defectos del “extranjero”. Se destacó sobre todo, el supuesto carácter “servicial” del gaucho, así como el final de su “mundo perdido”, por ejemplo, a partir de los elementos melancólicos de la música rural, los que evocan soledad o aislamiento (triste/estilo, milonga, vidalita, etc.) En otros casos, como el de la poética de Lugones, si bien se advierte esa nostalgia modernista, la elección del gaucho como emblema da la argentinidad, se relaciona estrechamente con el mito de la “patria fuerte”: el gaucho como ciudadano-soldado de la nación, que al abandonar su individualidad, había contribuido al proyecto de futura grandeza de la nación. Por otra parte, en *El Payador*, es el *Martín Fierro* revalorizado como símbolo del hombre libre, rebelde y mestizo, contrapuesto a la servil muchedumbre inmigratoria. Se rescata entonces su sentido anti-sistema

(Devoto, 2002: 103-104), el gaucho como imagen que sintetiza una modernidad alternativa consagrada en la cultura mestiza. Invierte de esta manera la condena de barbarie hecha por Sarmiento en *Facundo*.

Los vínculos de la Wagneriana con Leopoldo Lugones, el otro “inventor de la tradición” junto a Rojas -y según Funes (2006: 350), el intelectual más anticipatorio de la derecha antiliberal de los años veinte-; fueron escasos. Ante la negativa de Rojas a dictar una conferencia sobre el Cancionero Popular en 1917, la asociación invitó a Lugones. A juzgar por el silencio posterior y la realización de esta conferencia por el músico Julián Aguirre, Lugones no aceptó la invitación. Desde otro punto de vista, la obra literaria de Lugones influyó en las composiciones musicales de algunos de los wagnerianos nacionalistas. El caso más representativo es el del renombrado director de la institución (y también director del Conservatorio Nacional que luego llevaría su nombre), Carlos López Buchardo. Tres de sus “Seis Canciones al estilo popular” (1924) que componen el primero de los ciclos de lieder (canción lírica de cámara) de este autor, están basadas en poemas de Lugones: “Vidalita”; “Los Puñalitos” y “Desdichas de mi pasión”. Otro ciclo de canciones de lenguaje criollista es el titulado “Trece Canciones Argentinas” compuesto en 1924 sobre textos del mismo Lugones por Gilardo Gilardi (1889-1963), músico de formación wagneriana (Mansilla, 2006).

La selectividad de la retórica de estos nacionalismos musicales (determinados elementos del folklore, o “topoi” según Plesch) se relaciona estrechamente con la voluntad política de establecer una idea de nación esencialista, excluyente y defensiva (Echeverría, 2010: 25). Si bien los músicos nacionalistas que dirigieron la Asociación Wagneriana en los años veinte, no se identificaron con los comienzos de una derecha autoritaria anti-liberal, sí elaboraron una noción de lo que debía entenderse por música popular, como elemento que podía otorgar cohesión cultural y unidad a la nación, y de esta manera, una relativa subordinación al conjunto. Así, esa preocupación los acercó a los sectores liberales-conservadores. La cercanía con el gobierno de M. T de Alvear apoya esta conjetura. Durante esa gestión presidencial, los límites (siempre porosos) entre el conservadurismo y otras fuerzas políticas, demostraron su permeabilidad. En el ámbito del Congreso Nacional fue habitual que por entonces se

registraran frecuentes coincidencias entre los representantes del conservadurismo y los del oficialismo, y en ocasiones también con los parlamentarios del Partido Socialista (Tato, 2013).

Algunas trayectorias particulares de críticos musicales vinculados a la Asociación Wagneriana merecen un estudio aparte, que pueda indagar en lo que ocurrió en la década de 1930 con las posiciones nacionalistas asumidas en el decenio anterior. El caso del periodista y crítico musical Gastón Talamón (1883-1956) es uno de ellos. En 1918 se incorporó a la actividad nacionalista de la Wagneriana, en 1920 fundó la Revista *Música de América* y desde 1922 fue asiduo colaborador del diario *La Prensa* y la revista *Nosotros*. Participó en 1924 de la fundación de la revista literaria de vanguardia *Martín Fierro* junto a Evar Méndez (también socio de la Wagneriana) y comenzó con su ardua militancia nacionalista también por esa época. En 1926, profetizó el futuro del tango como la forma de canción que sería reconocida como típicamente argentina (más tarde formará parte de la mítica peña del Café Tortoni); y emprendió su prédica de ferviente rechazo a todo lo relacionado con el imperialismo “yankee” y su cruzada “anti-argentina” (Mansilla, 2010). Lo cierto es que la exaltación patriótica de Talamón se convirtió en paranoia de raíz xenófoba y antisemita, a partir de la década de 1930. En la revista *Nosotros* advirtió sobre la invasión de artistas judíos perseguidos por el nazismo ya que, según su opinión los judíos eran buenos intérpretes pero no creadores, pero si llegaban alemanes arios el peligro resultaría menor. (Lvovich: 2003, 345).

Reflexiones finales

Las cuestiones que hemos planteado en el presente trabajo se hallan en una instancia preliminar, y creemos que merecen por ello, un estudio en profundidad. De todos modos, considerando los propósitos y el ejercicio de debate propuestos por este taller, intentaremos arrojar algunas reflexiones provisionales. A partir de lo que hemos desarrollado, se hace evidente la imposibilidad de brindar un retrato unívoco y homogéneo del nacionalismo musical (cultural y político) sustentado públicamente

por la Asociación Wagneriana de Buenos Aires, así como tampoco podríamos lograr una definición precisa del nacionalismo musical. Esto nos llevará a la tarea de conceptualizar los diversos nacionalismos que se corresponden con la heterogeneidad de actores que lo han utilizado discursivamente según sus intereses y concepciones; y donde los elementos culturales y los políticos se yuxtaponen, ya que “la hegemonía no se restringe a la dirección política, incluye necesariamente la dimensión cultural con el propósito de obtener consenso para un universo de valores, creencias, normas morales y reglas de conducta” (Echeverría, 2012)

Desde 1913 hasta 1918-1919, fueron los catalanes exiliados los que imprimen un sesgo romántico-revolucionario-social a la Asociación Wagneriana, vinculándola de alguna manera a su activismo nacionalista. Podríamos hablar entonces de un “nacionalismo romántico-social”, es decir, un nacionalismo cuyas intenciones se confunden con la pretensión histórica de crear un estado-nación catalán, y que le otorga al arte wagneriano (entendido como “arte total”) una función emancipadora. Esta valoración que no llegó a ser completamente hegemónica, fue desplazada por la vocación nacionalista de un grupo de músicos argentinos, que marcaron claramente esta orientación a partir de la década de 1920. Este nacionalismo también fue romántico o pos-romántico, y a su vez, enlazó de diversas maneras con el proyecto de “nacionalización” que las élites dominantes del período estaban llevando a cabo, a fin de generar un ideal de comunidad política armónica, acorde con las exigencias de un proyecto mundial de occidentalización o modernización de las sociedades. De esta manera, la búsqueda opuesta (“una nación para un estado”) podría haber marcado el giro hacia una orientación romántico-conservadora. Los idearios propuestos por Rojas y Lugones, inspiraron de formas diferentes esta “necesidad” de concretar una tradición nacional. La valoración positiva de la popular (desde las obras inspiradas en lo gauchesco, hasta el carnaval o el tango) resulta un rasgo que los aleja claramente de la perspectiva estigmatizadora o anti-plebeya manifestada por los intelectuales autoritarios. Sin embargo, la idea de homogeneidad que subyace en el concepto “popular” o de integración de ciertos elementos de lo popular a una cultura-amalgama que se piensa como nacional, puede verse como una dificultad para pensar la alteridad

simplemente como un otro diferente. Pensar en términos de igualdad también puede llegar a ser un obstáculo para el conocimiento del otro, pues consiste en identificarlo pura y simplemente con el propio “ideal del yo” o con el propio yo (Todorov, 2008: 204).

En la década del 1930 la Asociación Wagneriana como entidad cultural, se alejó de posiciones extremas, autoritarias o antiliberales: por un lado, un personaje como Talamón, había dejado de gravitar en torno a ella ya hacia fines de los años veinte; por otro, en los conciertos ofrecidos actuó una gran cantidad de músicos refugiados tanto por su condición religiosa judía o su ideología política. De todos modos, fue una época ambigua para gran parte de los actores sociales y por ello esta afirmación merece una indagación más exhaustiva. Lo cierto es que, creemos que tanto el elemento cultural como el político (por ejemplo, el énfasis de la derecha autoritaria en la comunidad civil orgánica y jerárquica) de los nacionalismos que orbitaron en las constelaciones ideológicas de la época, anclaron de manera particular en cada manifestación, en este caso artística.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1993) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México D. F., FCE.
- Chiaramonte, Juan Carlos (1997) *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina, 1800-1846*, Buenos Aires, Ariel.
- Devoto, Fernando (2002), *Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Dillon, César A. (2007) *Asociación Wagneriana de Buenos Aires. Historia y cronología*. Buenos Aires, Dunken.
- Echeverría, Olga, (2010) “Nación y nacionalismo en los orígenes de la derecha argentina: Leopoldo Lugones y Carlos Ibarguren” en *Cuadernos Americanos*, 133, México.
- . (2011) “¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920”, en Ernesto Bohoslavsky

(comp.) *Las derechas en el Cono Sur, Siglo XX. Actas del Taller de discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines.

---. (2012). “Los intelectuales de derecha frente a lo popular: ¿axiomas estéticos como argumento político? Argentina, primera mitad del siglo XX” en Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría (comp.) *Cuarto Taller de Discusión “Las derechas en el Cono Sur, siglo XX”*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines.

Elias, Norbert (1987) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Funes, Patricia (2006) *Salvar la nación, Intelectuales, cultura y política en los años 20 latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo.

Garcia Garcia, Juan (1994) “Nación, identidad y paradoja: una perspectiva relacional para el estudio del nacionalismo”, en *REIS*, n° 67.

Gellner, Ernst (1988) *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza Editorial.

Hobsbawm, Eric (1995) *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica.

Infiesta, María y Mota, Jordi, (2008) *Richard Wagner et la littérature espagnole. Le Wagnerisme en Catalogne*. Associació Wagneriana, Barcelona, Infiesta Editor.

Lvovich, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en Argentina*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires.

Manent, Albert (1992) *Diccionari dels Catalans d'America. Contribució a un Inventari biogràfic, toponimic i temàtic*, Barcelona, Generalitat de Catalunya.

Mansilla, Silvina Luz (2004) “La Asociación Wagneriana de Buenos Aires: instancia de legitimación y consagración musical en la década de 1912-1922”, *Revista del Instituto de Investigaciones Musicológicas “Carlos Vega”*, n° 18, UCA, Buenos Aires.

---. (2006) “El nacionalismo musical en Buenos Aires durante los días de Marcelo Torcuato de Alvear. Un análisis sociocultural sobre sus representaciones, obras e instituciones” en Leiva, A. David (coord.), *Los días de Marcelo T de Alvear*, Tomo I, Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro, San Isidro.

----- (2010) "El discurso periodístico de Gastón Talamón en torno al nacionalismo musical argentino. Dos escritos publicados en la revista “Tárrega”". En: *Huellas*:

búsquedas en artes y diseño, No. 7, p. 67-74. Dirección URL del artículo: <http://bdigital.uncu.edu.ar/3282>.

Mota, Jordi (2006) “El Wagnerisme a l’Argentina”, *Revista Wagneriana Catalana* N° 24, Barcelona.

Mutzuki, Noriko (2004) *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos.

Pasolini, Ricardo (1999) “La Ópera y el circo en el Buenos Aires de fin de siglo. Consumos teatrales y lenguajes sociales”, en Devoto F. y Madero M. (Dir.) *Historia de la Vida Privada en la Argentina. Tomo II, La Argentina Plural: 1870-1930*. Buenos Aires, Taurus.

Plesch, Melanie (1996) “La música en la construcción de la identidad cultural argentina: el topos de la guitarra en la producción del primer nacionalismo”, en *Revista Argentina de Musicología*, Córdoba, Argentina, Asociación Argentina de Musicología, n° 1.

---. (2008) “La lógica sonora de la generación del 80: una aproximación a la retórica del nacionalismo musical argentino” en AA.VV, *Los Caminos de la Música: Europa y Argentina*, Mozarteum Argentino Filial Jujuy, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.

Rocamora, Joan (1992) *Catalanes en la Argentina*. Buenos Aires, Ed. Artes Gráficas El Fénix.

Rojas, Ricardo (1950) *El Santo de la espada. Vida de San Martín*, Buenos Aires.

Shaw, George Bernard (1922) *El Perfecto Wagneriano*. Buenos Aires, Ediciones Argentinas Cóndor, Ed. Tor.

Suarez Urtubey, Pola (2007) “Paul Groussac en la crítica musical argentina. (Acusación y defensa). Estudio preliminar” en Groussac, Paul, *Críticas sobre música*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Tato, María Inés (2013) “El conservadurismo argentino: ¿una categoría evanescente?”, en Bohoslavsky, Ernesto y Echeverría, Olga (comps.) *Las derechas en el Cono sur, siglo XX. Actas del tercer taller de discusión*. Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, E-book.

Terán, Oscar (2008) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo, 1880-1910. Derivas de la “cultura científica”*, 2 ed. FCE, Buenos Aires.

Todorov, Tzvetan (2003) *Nosotros y los Otros*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Fuentes

AIAWBA, *Actas Institucionales de la Asociación Wagneriana de Buenos Aires*. Material inédito.

Doménech y Español (2008) “Fusió del més pur i seré classicisme i del més fogós romanticisme en l’art de Wagner” Fragment de la conferència donada el novembre de 1903. En *Revista Wagneriana Catalana* N°8. URL: <http://www.associaciowagneriana.com/>

Grassi Díaz, Cirilo (1963) *Cincuenta años de existencia de la Asociación Wagneriana de Buenos Aires*, Buenos Aires, Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia.

MBAWBA *Memoria y Balance de la Asociación Wagneriana de Buenos Aires*, Año 1919 y 1920, Buenos Aires, Imprenta Caracciolo y Plantié.

¿Cómo citar este artículo?

IRURZUN, Josefina, “La Asociación Wagneriana de Buenos Aires a inicios del siglo XX: ¿un nacionalismo cultural de derecha?” en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 31-50. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

LAS DERECHAS TUCUMANAS ENTRE EL GOLPE DE ESTADO DE 1943 Y EL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Oscar Pavetti

La existencia de una serie de grupos políticos que durante la larga década de 1930 a 1943, se posicionaron a través de sus discursos y prácticas en el espacio genéricamente denominado de derechas, serán objeto de análisis ante el parteaguas que implicó para la sociedad argentina el golpe de Estado del 4 de junio de 1943 y la posterior irrupción del coronel Perón como líder de una nueva fuerza de la política nacional. El estudio del espacio provincial, en este caso Tucumán, anima a encontrar las peculiaridades del caso que contribuyen a un análisis histórico más profundo y amplio de la categoría histórica “nacional”.

Para dar respuesta al interrogante que nos hemos propuesto en este taller, empezaremos por determinar algunos sentidos del término “derecha”; al cual lo consideramos pertinente de aplicar o de usar como herramienta de análisis, cuando existe una expresión política, individual o colectiva, que nos permite contrastar con otra expresión de signo contrario. De manera tal que consideramos que la referencia a derecha implica antes que nada una situación relacional particular, que a su vez tiene una contracara identificada como “izquierda” y una zona intermedia y de transición, el “centro”, difícil de especificar y de gran volatilidad. Entendemos además que el campo al que hacemos referencia debe considerarse en plural; en ese sentido hablaremos de “derechas” para establecer una serie de características que le dan especificidad a cada grupo o persona estimada de esa pertenencia, en acuerdo con Sandra Mc Gee Deutsch (2003:12), entre otros autores. Otra consideración que podemos hacer en este caso, está vinculada a la particular realidad histórica analizada, que se manifiesta con un dinamismo intenso, atendiendo a situaciones de orden mundial, nacional y provincial que determina las trayectorias de las derechas tucumanas. Así resulta que el término derechas corresponde a un instante determinado, cual una foto que

nos permite capturar un momento y visualizar a los que están a la derecha de la imagen, al centro o a la izquierda. Es necesario realizar una advertencia en cuanto al uso del término derecha, en tanto es proclive a simplificar las expresiones políticas; en este caso, presentamos hechos históricos que demandan un análisis profundo del contexto y o de las “contradicciones secundarias”, traducidas en una rica heterogeneidad y dinámica singular. Tampoco podemos soslayar las relaciones de clase (y por qué no la lucha de clases) y la defensa o crítica al sistema que el binomio derecha/izquierda puede ocultar o simplificar como una simple expresión de la política local. Por lo tanto, para el tratamiento de nuestro caso, proponemos alejarnos de definiciones esencialistas para trasladar nuestro análisis al campo pragmático de la política local, a la que no le resulta ajena la realidad internacional o nacional, pero es recibida y se manifiesta de forma singular.

Para dar respuesta al interrogante que nos plantea el título propuesto, debemos tener en cuenta una serie de acontecimientos que fueron modificando la realidad y que nos permite distinguir distintas etapas o momentos en que fueron adecuándose las expresiones políticas de los actores objeto de estudio. Así, podemos considerar un primer momento, el que se presenta con el golpe del 4 de junio de 1943; otro, desde el 24 de agosto de 1943 con el advenimiento de una intervención federal a la provincia, encabezada por caracterizadas figuras del nacionalismo católico; un tercero, ligado a la suerte de la guerra a principios de 1944 que promueve la fractura y posterior alejamiento de la intervención nacionalista católica como asimismo un creciente activismo de las otras fuerzas políticas; como un cuarto momento podemos considerar cuando se plantea la posibilidad de una normalización institucional, que alcanza su cénit en “La marcha por la Constitución y la Libertad”, en setiembre de 1945 e inmediatamente su réplica, “el 17 de octubre” en apoyo al coronel Perón. Estos últimos son dos hechos que dividen el campo político en peronista y antiperonista, dos grandes coaliciones que determinan una reformulación política de los grupos que se identificaban en nuestro caso con las derechas. Todos estos momentos están recorridos por el ascenso del coronel Perón y la conformación de un movimiento que incluye a nuevos actores políticos, como la iglesia católica, el ejército y aquellos sindicatos

nucleados en la C.G.T. Hacia el final del periodo tendremos, una realidad distinta a la del 4 de junio de 1943, en la que se impone un nuevo clivaje en la política argentina y en el que el término derecha debe reformularse a la sola pregunta acerca de si el peronismo es un movimiento de derechas. Cabe aclarar que nuestro estudio en este caso se remitirá sólo a los primeros momentos del golpe militar y el desarrollo de las primeras intervenciones provinciales.

Los hechos son los siguientes. El derrocamiento del presidente Castillo el 4 de junio de 1943 trastocó los planes del partido Demócrata Nacional, que ya había instalado en el campo electoral la candidatura presidencial de Robustiano Patrón Costa, industrial azucarero de Salta, y en el plano local intentaba alzarse con la gobernación de la mano del dirigente Eduardo Paz y así cortar 8 años de dominio radical en la provincia. Las primeras noticias del golpe que la prensa local difundió fueron muy imprecisas; en particular quienes eran los líderes del movimiento, su posición política e ideológica y sus planes. Como se sabe, el general Arturo Rawson, que aparecía el 4 de junio encabezando el golpe ostentando el título de Presidente Provisional, fue destituido tres días después por el general Pedro Pablo Ramírez, ministro de Guerra del depuesto Castillo. Robert Potash (1986:296), hace un relato pormenorizado de los hechos, donde afirma que el carácter de Presidente que se le adjudica a Rawson termina resultando un problema legal importante cuando se decide su apartamiento del cargo, por cuanto esto inhibía su defenestración lisa y llana, por lo que tuvo que renunciar. Algo que parecía una disquisición puramente legal, pero que obligó a negociar en términos más amistosos con Rawson, para recién poder entronizar a Ramírez. Este episodio y el carácter heterogéneo de los protagonistas del golpe, mostraban el carácter de las “ambigüedades” del movimiento; tal era así, que la prensa local no podía precisar si estas nuevas fuerzas eran “democráticas” o “nacionalistas”. Pero si estaba claro que se presentaron como respetuosas defensoras y restauradoras de una Constitución avasallada y hasta olvidada. Por ejemplo, el diario provincial vespertino *El Orden*, en uno de sus títulos de primera página informaba: “*La definición del movimiento parecería ser DEMOCRACIA*”.¹

¹ *El Orden*, 4 de junio de 1943.

Desde los primeros momentos, los distintos actores políticos le habían proporcionado al gobierno de facto un amplio aunque disímil apoyo con la esperanza de que produciría cambios a una década que ya la rotulaban de “infame”. Estas adhesiones pronto se fueron reformulando. Con el paso del tiempo, emergió un gobierno con pretensiones de efectuar un profundo cambio, adjudicándose en ese sentido el título de “revolucionario”, prometiendo una regeneración política que acabara con el fraude y la corrupción. En la provincia, la intervención federal de Arancibia Rodríguez² sólo atinó a instar a la calma y urgió a la población esperar las directivas del nuevo gobierno nacional de facto. Así, recién el miércoles 9 de junio se conoció la orden de transferir el poder provincial al coronel Alvelo, hasta ese momento jefe de Policía de la provincia, quien sería secundado por el capitán Carlos Domínguez, como Secretario General de la nueva Intervención (Quién se consagró posteriormente en las elecciones de febrero de 1946 como gobernador de la provincia encabezando la lista del partido Laborista).

Los partidos políticos solo atinaron a unas escasas y escuetas declaraciones ante un movimiento que desconocían y no tenían lazos previos, las primeras noticias referían a la necesidad de instalar un nuevo gobierno para superar el antiguo régimen. El partido Radical, que venía gobernando la provincia en los últimos 8 años a partir de una postura concurrencista, que lo forzaba a una continua fragmentación en su seno y a una disputa permanente con su conducción nacional, vio a este cambio de gobierno como una posibilidad de restaurar las garantías electorales vulneradas desde 1930 y un fortalecimiento de sus conductas cívicas. Estas expectativas pronto se vieron frustradas con la noticia de la suspensión de las actividades políticas. *“Por orden del interventor federal la policía procederá a clausurar los comités políticos, en todo el territorio de la provincia. También se procederá a retirar todo el material de propaganda”*, titulaba el diario El Orden³ En tanto, el partido Demócrata Nacional, la segunda fuerza política en la provincia, de acuerdo a las declaraciones de Paz, su frustrado

² Senador nacional por la provincia de San Luis y perteneciente al partido Demócrata Nacional fue designado como interventor de la provincia para resolver la crisis institucional planteada en el Colegio Electoral, en ocasión de renovarse el cargo de gobernador en 1942.

³ *El Orden*, 11 de junio de 1943.

candidato a gobernador, declaró su confianza en el nuevo gobierno y con resignada moderación acató la veda política partidaria impuesta por el nuevo gobierno. Otro actor partidario importante, el partido provincial Bandera Blanca, que manejaba el gobierno de la ciudad, ni se inmutó; no sólo porque la municipalidad no fue intervenida hasta el 29 de junio, fecha en que presentaron la renuncia el intendente y sus funcionarios; sino también, porque los dimitentes fueron confirmados al día siguiente en calidad de interventores municipales. El partido Socialista, minoritario en las lides electorales pero activo en toda práctica política, desde mayo venía fomentando y organizando un movimiento de protesta por el alza del costo de la vida, la *Junta Popular Pro-Abaratamiento de la Vida*; no interrumpió su labor propagandista a pesar del tono militar y represivo que se instaló con el golpe, y también sufrió el acoso de la Intervención Federal del coronel Alvelo, quien clausuró el local partidario. Más aun, estos socialistas le requirieron al interventor su apoyo a la campaña desplegada, convencidos de que los gestos políticos del gobierno militar en el plano nacional habilitaban esta iniciativa, en tanto se habían dictado una batería de medidas tendiente a combatir el alza del costo de la vida, entre las que se incluían una rebaja de los alquileres y la disminución y fijación de precios máximos a algunos productos de la canasta básica, como fue el caso del azúcar. Sin respuesta alguna, el esfuerzo militante de los socialistas terminó sumergiéndose en la casi clandestina y deprimida actividad política y sindical.

Monseñor Agustín Barrère⁴, obispo de Tucumán desde 1930 y los jueces de la Corte Suprema de Justicia de la Provincia acompañaron los actos de asunción del nuevo gobierno con asistencia perfecta, y se abstuvieron de cuestionamientos a las medidas instrumentadas por éste. Es más, los laicos nucleados en torno a la Acción Católica que habían fundado la revista Norte Argentino, desde la cual trataban distintos temas, brindaron comentarios elogiosos al advenimiento del nuevo gobierno y algunos se dispusieron a participar del mismo.

⁴ Descendiente de franceses, había nacido en la ciudad de Buenos Aires y recibió formación en Francia y en Italia. Fue el gran organizador e impulsor del notable crecimiento de la comunidad católica en la provincia a partir de su adhesión al proceso de “romanización” impulsado desde el Vaticano a principios de siglo. Además de demandar obediencia a la autoridad religiosa, el proceso se destacó por el desarrollo que tuvo la cuestión social en las actividades de la iglesia en la sociedad.

Si bien el golpe militar de junio de 1943 le ofreció al mundo católico y a la iglesia en particular una coyuntura política propicia para su intervención, debemos aclarar que esta no era una novedad absoluta, tanto es así que su relación con los anteriores gobiernos nacionales de la Concordancia, ya se había caracterizado por una expresa connivencia. Un ejemplo de esta situación ocurrió en octubre de 1942, cuando en una publicación católica habían manifestado su beneplácito por una gira que emprendió al interior del país el presidente Castillo: *“Vemos –con la natural y justificada adhesión al Jefe de Estado- que el prolijo recorrido cumplido recientemente con incansable cortesía a través de una extensa parte del territorio argentino tiene un claro significado de buen gobierno y de manifestación de principios”*⁵ En este mismo sentido, y con respecto al gobierno provincial, el gobernador radical *“concurrencista”* Miguel Critto (1939-1943), que tuvo entre sus colaboradores a Rufino Cossio como ministro de Hacienda (Quien además también fungía como primer presidente de la rama masculina de la Acción Católica local y director de la compañía azucarera del ingenio San Juan), a través del Consejo de Educación de la provincia, había decretado la enseñanza religiosa en las escuelas de la provincia; una medida que no llegó a ponerse en práctica pero ya esbozaba el ascendiente de la iglesia católica en el poder político. De esta manera, *“acceder y penetrar al Estado nacional dejó de ser una utopía para transformarse en una realidad”*, tal como lo planteara Fortunato Mallimacci (2011:137). De manera tal que apenas instalado el gobierno militar, no dudaron en depositar grandes esperanzas en las propuestas de renovación que prometía el novel gobierno al que proclamaban como *“revolucionario”*; declaraciones que fueron publicadas tanto en el medio local a través de la revista Norte Argentino, como nacional, en la revista Criterio.

Hacia el 24 de agosto se constituyó una nueva intervención en la provincia, ya con un carácter más estable, de civiles y con un proyecto político fundado en el nacionalismo católico, como lo definiera Cristián Buchrucker (1989: 187) y Mallimacci (2011:135 a 141). La singularidad del proceso político tucumano en este caso estuvo determinada por la llegada de este numeroso grupo de dirigentes identificados con el

⁵ *Norte Argentino*, 1 de octubre de 1942.

nacionalismo católico, a quienes se les había encomendado el gobierno de la intervención federal de la provincia, de la municipalidad de la Capital y la Universidad Nacional de Tucumán. Fue una misión que duró hasta mediados de 1944, y que resultó objeto de un análisis más amplio que publicamos oportunamente (2011: 167-186). La comitiva encabezada por Alberto Baldrich, Adolfo Silenzi de Stagni, Héctor Bernardo, Federico Ibarguren, Ramón Doll y Nimio de Anquín entre otros reconocidos dirigentes del nacionalismo católico, representó una experiencia de gobierno convenida y consentida por el gobierno militar de facto y por lo tanto quedó sujeta a los avatares de la política nacional; de ahí que su trayectoria resultara espasmódica, con un final abrupto y sin que su impronta haya permitido el desarrollo de una fuerza afín que heredase su esfuerzo y programa. Como grupo ajeno a la realidad provincial, necesitó de la colaboración de sectores locales para la instrumentación de la política menuda y esa fue la ocasión de ensamblar una relación con sectores afines, entre los que se contó con religiosos y laicos católicos, miembros de los partidos Provincial Bandera Blanca, Demócrata Nacional; todos ellos caracterizados integrantes de las derechas locales.

Las medidas del gobierno nacional contribuyeron a la participación de estos sectores, como en ocasión de decretarse la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas primarias (31 de diciembre de 1943) o la intervención a las universidades nacionales. Pero la cuestión de la guerra mundial trajo aparejado algunas disidencias. La situación se tensó cuando en enero de 1944, el gobierno argentino rompió relaciones con las potencias del eje (Alemania e Italia); entonces, el interventor-intendente de la ciudad de Tucumán, Federico Ibarguren y Santiago de Estrada, a cargo de la intervención de la Universidad Nacional de Tucumán, los dos conspicuos dirigentes nacionalistas de renombre nacional, renunciaron a sus cargos en desacuerdo con la medida. Y en febrero se produjo el recambio presidencial al asumir Edelmiro Farrell en lugar de Ramírez; fruto del mismo remezón que llevó a replantear la organización del gobierno y que llevó a Baldrich al frente del ministerio de Justicia Instrucción Pública de la Nación, el 3 de mayo de 1944. Si bien la importancia del cargo podría interpretarse como de una mayor influencia de los dirigentes adherentes

al nacionalismo católico; su pronta renuncia ocurrida el 25 de agosto del mismo año demostraría la debilidad del grupo para incrustarse en el poder político nacional y además de su alejamiento definitivo de la experiencia de gobierno en Tucumán.

Después, en el mes de agosto de 1944, se produjo la liberación de París, un hecho que marcó claramente que la suerte de la guerra empezaba a ser favorable a los aliados y que potenció manifestaciones públicas antifascistas que fueron violentamente reprimidas; inmerso en este clima, el obispo Barrère abogó por la condena a los totalitarismos y al nacionalismo extremo y realizó un pedido de discrecionalidad a los miembros de la Acción Católica acerca de sus expresiones ideológicas. Luego, en su mensaje navideño de fines de 1944, el Papa Pío XII, reivindicó el sistema democrático, con lo que reforzó la posición de Barrère provocando una crisis en los distintos grupos católicos, en particular en la Acción Católica que vio resentida su actividad.

Conclusión

En el transcurso de nuestra exposición hemos tratado de demostrar la pertinencia de un término como “derecha”, remitiéndonos a un momento histórico de extrema movilidad y en permanente cambio que afectó a las distintas expresiones políticas. Si bien consideramos nuestro tema en esta mesa de debate en torno al cruce de “derechas y política”, como un aspecto de una etapa histórica caracterizada por la aparición de una fuerza que dejará una huella profunda en la historia nacional como resultó el peronismo; podemos afirmar que el contexto internacional siempre estuvo influyendo en los posicionamientos de los actores políticos, para adecuarse a las distintas realidades locales, en nuestro caso referido a la provincia de Tucumán. Quizás por eso, el primer interrogante que surgió tras la exposición estuvo referido a la importancia y perdurabilidad de las derechas en el proceso de peronización en la provincia. Así, podíamos responder que si efectivamente la influencia de la derecha expresó una fortaleza inicial en el marco de la “revolución del 4 de junio de 1943” alentada por el panorama internacional; esta tendió a diluirse ante el avance de la ola pe-

ronista que les exigió definirse entre la oligarquía o el pueblo (El nuevo clivaje que impuso el peronismo), lo cual llevó a abandonar las pretensiones elitistas que habían identificado a las derechas, para adoptar ahora un discurso anti-oligárquico. Además, las derechas tuvieron su contracara en el desarrollo de un sindicalismo adicto a Perón, que le supo brindar el carácter de masas al movimiento, en tanto pesaron más las posiciones igualitaristas que las de orden jerárquico, más comunes en la biblioteca de las derechas; lo que determinó que fuera el partido Laborista el que consagrara a Tucumán como la provincia más peronista tras las elecciones de febrero de 1946, relegando a las expresiones derechistas a un papel menor en el proceso político abierto por el peronismo.

Resulta interesante en un plano comparativo ver como las otras presentaciones de este mismo taller demuestran la diversidad y la pluralidad de las derechas. Así, tanto en la propuesta de Mario Jiménez, que analiza el carácter sectario y conspirativo de una organización que se distingue por su conservadurismo y elitismo y que persiste en el tiempo y en sus objetivos, características que nosotros como argentinos podríamos calificar sintéticamente como grupo oligárquico. Otra, la de Odilon Caldeira Neto, nos plantea el devenir de una derecha que en su origen en la década de 1930 se convirtió en un movimiento de masas y hoy pretende reafirmar sus postulados matizando su fascismo original en un contexto histórico distinto y adverso; en tanto si uno piensa en el Brasil actual con un partido de izquierda en el poder desde hace 11 años. Y en una tercera, de Martín Castro, que muestra al catolicismo repopularse tras el vendaval de las reformas liberales del siglo XIX que alejó a la iglesia del poder y enfrentar ahora a las propuestas anti-sistema que seducen a las clases populares a principios del siglo XX. Es posible entonces advertir que en el análisis de las distintas ponencias, aparece un campo definido como de derechas y que la atraviesan cuestiones que tienen que ver con la clase, la nacionalidad, la religión y la ideología; en oposición a otro, que se distingue por su identidad con las clases populares, la inmigración, el ateísmo y las ideas vinculadas al anarquismo, el socialismo y el sindicalismo revolucionario.

Bibliografía

Buchrucker, Cristián, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Mallimacci, Fortunato, “Católicos nacionalistas y nacionalistas católicos en Argentina”, en Mallimacci Fortunato y Humberto Cucchetti (eds.), *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Ed. Gorla, 2011.

Mc Gee Deutsch; Sandra, *Contrarrevolución en la Argentina. 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, U. N. de Quilmes, 2003.

Pavetti, Oscar, “Una experiencia de gobierno del nacionalismo católico en Tucumán”, en *Anuario IEHS* N° 26, año 2011.

Potash, Robert A., *El Ejército y la política en la Argentina (I). 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

¿Cómo citar este artículo?

PAVETTI, Oscar, “Las derechas tucumanas entre el golpe de Estado de 1943 y el final de la segunda guerra mundial?”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 51-60. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

Sección 2

FIGURAS Y ACTORES DE LA DERECHA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

UN
GS



EL YUNQUE DE MÉXICO: ¿CONSPIRACIÓN DE ULTRADERECHA O VERTIENTE DE LAS DERECHAS CONSERVADORAS?

Mario V. Santiago Jiménez

A manera de introducción

Los siguientes párrafos son producto de una investigación hecha para obtener el grado de maestro y de las primeras pesquisas para desarrollar el trabajo de doctorado. La primera se centró en los grupos públicos del Yunque, mientras que la segunda es una propuesta de comparación entre el Yunque de México y Tacuara de Argentina. Los pequeños avances, las dudas, los problemas y las tímidas reflexiones teóricas fueron presentados de forma sintética en el Quinto taller de discusión “Las derechas en el cono sur, siglo XX”, efectuado en la Universidad Nacional de General Sarmiento, ejercicio que, afortunadamente, no ofreció respuestas sino preguntas y enfoques novedosos. En sintonía con ese espíritu del taller, el presente texto no presenta resultados contundentes, sino un panorama de la investigación y los elementos que la rodean hasta este punto.

Primero se ofrece una versión sintética del origen del Yunque y sus características. Luego se hace referencia a la investigación periodística que lo dio a conocer y que fundó una versión sobre el mismo. Acto seguido se comentan algunos puntos sobre las fuentes para investigar el tema, así como las dudas conceptuales que genera la interpretación del periodismo. Finalmente, la parte más extensa del texto se concentra en las dos grandes hipótesis que podemos formular para cuestionar esa versión replicada por periodistas y académicos. Por supuesto, no hay conclusiones sino consideraciones finales o, mejor dicho, pendientes en la investigación.

Sobre el objeto de estudio

A mediados de los años cincuenta del siglo XX, algunas universidades mexicanas albergaron la creciente disputa entre individuos y pequeños grupos pertenecien-

tes fundamentalmente a dos bandos: los autodenominados comunistas o marxistas y los adeptos al régimen de Estado. El conflicto no era menor, pues dichas universidades representaban centros de poder en sus respectivas comunidades, proveyendo mano de obra calificada y profesional, así como cuadros administrativos y líderes sociales. En otras palabras, no sólo estaba en juego un espacio dentro de la universidad, sino también la posibilidad de incidir en la línea ideológica de la institución y, por ende, impactar socialmente. Lo anterior no pasó desapercibido para la jerarquía de la Iglesia católica, institución central en la historia de México, tenaz opositora al control estatal de la educación y, por supuesto, férrea anticomunista. Pero su entrada en el conflicto estaba delimitada por un pacto no escrito de sometimiento al Estado en materia política, por lo que echó mano de los laicos organizados (Aspe 2008, Blancarte 1993 y 1996, Galeana 2001, González 2001, Savarino 2008)

El proceso tuvo como uno de sus escenarios privilegiados a la ciudad de Puebla, situada a 137 kilómetros hacia el oriente de la capital del país e identificada como un bastión del conservadurismo católico. Ahí se dieron los primeros pasos de un núcleo juvenil muy particular. En efecto, hacia 1953, el sacerdote jesuita Manuel Figueroa Luna había llegado a Puebla con la idea de replicar su experiencia previa en Guadalajara, ciudad al occidente del país, donde asesoró a una agrupación juvenil católica y anticomunista denominada Los Tecos. Figueroa Luna reunió un grupo pequeño de estudiantes para enfrentar el anticlericalismo en la universidad en Puebla. Así nació una agrupación secreta que luego adoptaría el nombre del Yunque y que tendría por objetivo “la defensa de la fe católica” en la universidad y las calles de la capital poblana. Al poco tiempo, se sumó el jesuita Julio Vértiz quien compartía con Figueroa la afición por *Los protocolos de los Sabios de Sión*, lo que explica por qué los primeros militantes del Yunque percibían su labor como una “misión contra la conspiración judeo-masónica-comunista”. Pero dicha “misión” hubiera resultado muy complicada sin el respaldo de la jerarquía eclesiástica, representada por Octaviano Márquez y Toriz, arzobispo de Puebla, quien se había caracterizado por un marcado anticomunismo. Diversos testimonios han confirmado el apoyo de Márquez, por lo que se puede afirmar que el Yunque se desarrolló entre el secreto y la reserva. La secrecía resultaba central en términos operativos para el núcleo juvenil y era necesaria

para la jerarquía católica, dadas las restricciones que el Estado le había impuesto. Además, ofrecía un perfecto escenario para el desarrollo de teorías conspirativas y la consecuente “misión divina” que se asumía con un juramento de silencio y fidelidad. Ante esto, resulta sencillo imaginar la emoción de jóvenes de entre 17 y 20 años, cuyas creencias religiosas habían sido inculcadas en el seno familiar y en los niveles básicos de educación.

Por otra parte, dado que las agrupaciones secretas están condenadas por la Iglesia, el Yunque se definió como una organización reservada, lo que implicaba dos cosas: por un lado, atendiendo a la norma fundamental de “nada sin el obispo”, cualquier actividad de la agrupación sería conocida precisamente por el prelado quien tendría derecho a preguntar, opinar y hasta recriminar; y por otro, que el límite de la reserva era precisamente el secreto, es decir, que incluso dentro de la institución eclesiástica había pocos que podían saber sobre el Yunque (González 2007: 61). Esta característica sumada al primer entorno en el que desarrolló su activismo, explican por qué el Yunque creó organizaciones públicas estudiantiles: en Puebla en 1955 el Frente Universitario Anticomunista (FUA) y en la ciudad de México el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) de 1961. En otras palabras, la historia del Yunque es una historia más de las derechas mexicanas, de los movimientos estudiantiles, del catolicismo militante y de los laicos, de la pugna entre el Estado y la Iglesia así como de múltiples “antis” (anticomunismo, antisemitismo, antiliberalismo, etc.).

Del secreto a la prensa

La primera vez que se hizo pública la existencia del Yunque fue en agosto del año 2000, apenas unos meses después de las elecciones presidenciales que marcaron el final de siete décadas del PRI en el poder. En medio de ese ambiente, una nota periodística (Carrillo y Alegre 2000) dio a conocer que existía una organización católica secreta dentro del partido ganador, el Partido Acción Nacional (PAN), considerado el partido histórico de la derecha mexicana desde su fundación en 1939. Dicha agrupación desconocida tenía asiento en la región del Bajío, zona céntrica de México, tra-

dicionalmente conservadora y recientemente gobernada por Vicente Fox, el presidente electo. La noticia causó revuelo por algunas semanas y luego desapareció.

Pero en el año 2003, un libro reavivó la polémica. En efecto, el periodista Álvaro Delgado presentó una investigación que le valió el Premio Nacional de Periodismo y llevaba por título *El Yunque. La ultraderecha en el poder*. El texto cuenta la historia de la organización desde su origen en los años cincuenta hasta su llegada a puestos públicos del poder político en el año 2000, pasando por la creación de “grupos de fachada” que operaban en las universidades por lo menos hasta los años setenta así como por la infiltración en organismos civiles y en el PAN. Detrás del Yunque, siempre ha estado la Iglesia católica, específicamente la Compañía de Jesús, por lo que los militantes conservan una vocación de mártires muy parecida a la de los cristeros.¹ El juramento de secrecía realizado en una ceremonia muy peculiar también alimentaba la idea de una conspiración.

Todos estos datos se entremezclan con anécdotas y listados de militantes y pseudónimos, muchos de los cuales son identificados por el autor en diversos puestos del gobierno federal y de algunos estados, elemento que saca a la historia del Yunque del mundo de la literatura para insertarlo en el del periodismo y la política. En otras palabras, siguiendo el relato de Delgado (2003), la llegada de los “yunques” a los puestos políticos, representa la materialización de un plan diseñado con décadas de antelación, es decir, el triunfo de la ultraderecha.

No sobra mencionar que el libro generó gran polémica, especialmente por develar la existencia de una organización secreta en el contexto de la llamada “alternancia democrática” y, por si no fuera suficiente, porque dicho grupo parecía tener una vinculación orgánica con la jerarquía católica. Ello animaba la discusión sobre el Estado laico, puesta de nuevo en la mesa por Vicente Fox quien declaraba y practicaba un catolicismo militante. En consecuencia, el libro fue utilizado como un arma política de denuncia durante los siguientes años, petrificando la versión presentada

¹ Entre 1926 y 1929 miles de católicos se levantaron en armas contra el gobierno federal en distintos puntos del país. Su grito de batalla era “¡Viva Cristo rey!” por lo que fueron llamados “cristeros” de forma despectiva. Los sublevados retomaron el nombre y desde entonces se les identificó así. Véase Meyer (1989), Dooley (1976), González (2001) y Puente 2002.

por el periodista quien, cabe destacar, publicó una segunda parte bajo la misma línea narrativa (Delgado 2004).

Pero la llegada del PAN a la presidencia no sólo abrió interrogantes sobre el laicismo o las distintas vertientes al interior del partido, sino sobre la derecha y las versiones que de ésta construyeron algunos académicos, intelectuales de izquierda y el mismo régimen de partido hegemónico. Así, cuestiones como su historicidad, su pluralidad interna, sus raíces ideológicas o su asiento regional y social, apenas comienzan a figurar en algunas agendas de investigación y, en consecuencia, aún se debaten desde los supuestos ideológicos de la interpretación “clásica” que incluye una derecha conspirativa, homogénea, cargada de una moralidad negativa, sin base social y siempre asociada mecánicamente a términos como fascismo, reacción, anticomunismo, antisemitismo, ultracatolicismo y conservadurismo. Esto, además de los problemas para acceder a las fuentes, permite entender por qué, en las pocas menciones que se han hecho sobre el Yunque en publicaciones académicas, sólo se replica el reportaje *in extenso* de Álvaro Delgado (Ortiz 2008; Uribe 2008; Hernández 2009; Jiménez 2009), con la excepción de Fernando González (2003; 2005a; 2005b; 2007) quien, al analizar la experiencia de los Tecos de Guadalajara, ha abogado por un tratamiento distinto del Yunque.

Sobre las fuentes

Un primer problema para indagar la historia de las derechas en México es el de las fuentes, sobre todo cuando se trata de organizaciones secretas-reservadas. Por una parte, a menos que sean proporcionados por los militantes, los documentos producidos por la organización resultan inaccesibles. Sin embargo, para el caso del Yunque y sus versiones públicas, se han podido consultar los informes de los servicios de investigación e inteligencia del Estado mexicano, desclasificados por el gobierno de Fox con el fin de dar un golpe político a las administraciones pasadas por la represión contra movimientos sociales de diversa índole así como contra movimientos armados. Pero los panistas no sabían que también se registró a las derechas. Lamentablemente, una vez que se publicaron los primeros trabajos basados en la información de

dichos expedientes, comenzó una discreta “depuración” de los mismos. Actualmente sólo se pueden consultar las copias de algunos informes llamadas “versiones públicas”, que representan aproximadamente un 25% del volumen original. Por otra parte, existe la documentación resguardada por la Compañía de Jesús que también pasa por los filtros de la censura, pero que ofrece algunos detalles importantes de la compleja interacción política al interior de la institución eclesiástica, sobre todo en cuanto a la existencia y operación de organizaciones secretas-reservadas. Finalmente, restan los archivos estatales donde difícilmente se podrá encontrar rastro del Yunque, pero que dan cuenta de los grupos públicos de la organización, especialmente estudiantiles, que operaron durante casi tres décadas.

Este panorama documental semiárido, lejos de dar por terminada la tarea, ofrece realce a otras fuentes como la prensa. Efectivamente, los distintos nombres de individuos y agrupaciones así como las fechas de conflictos universitarios en los que participaron, han permitido crear una primera “red de captura” en el universo hemerográfico que, a su vez, ha ampliado los datos para nuevas búsquedas. En otras palabras, muchos detalles que se han perdido entre la documentación vedada, han asomado en las páginas de la prensa. Además, la revisión de diversos diarios y, por ende, de líneas editoriales variadas, ha mostrado un conjunto muy heterogéneo de publicaciones. Por un lado quienes cuestionan y critican a los grupos públicos del Yunque y, por otro, quienes construyen un cerco hecho de alabanzas.

En este gran rubro también caben las publicaciones de las agrupaciones del Yunque que, aunque no se han podido localizar por completo, ya han ofrecido los primeros visos de una construcción ideológica más compleja que el mero conspiracionismo. Sobre esta misma línea, encontramos algunos libros escritos y publicados por militantes del Yunque, ya insertos en otros espacios como el empresarial, educativo y político (Mügemburg 1970, Louvier 1991, Paredes 2009, Díaz 2012). Estas fuentes, sin ofrecer datos relevantes o novedosos, permiten ver cambios en los militantes del Yunque que crecieron y dejaron los conflictos estudiantiles. Todavía bajo la lógica de “implantar el reino de Dios en la Tierra”, el Yunque adulto sofisticó su pensamiento y los mecanismos para materializarlo. Anexo a este rubro impreso, se encuentra un importante número de publicaciones que han replicado la interpretación y los da-

tos de Delgado (2003), así como un grupo todavía reducido de textos de los años setenta con menciones sobre una organización secreta que controlaba a grupos estudiantiles. Al respecto cabe mencionar que los servicios de inteligencia supieron del Yunque hasta 1975, por lo que las menciones podrían estar relacionadas con dicho hallazgo por parte del Estado.

Finalmente, contrario a la idea monolítica que ha plasmado Delgado, el Yunque vio la creación de tendencias en su interior, sobre todo luego del fin de la guerra fría, cuando se originó una especie de “crisis identitaria” que se reforzó con la llegada a puestos políticos de diversa índole. Este conflicto ha permitido que algunos militantes dieran su testimonio. De esta forma, la fuente oral ha llegado a reforzar las reflexiones suscitadas por las fuentes mencionadas, ofreciendo una serie de matices que difícilmente se hacen presentes en la fuente impresa. Por otra parte, han abierto nuevas rutas de búsqueda gracias, en buena medida, a silencios e interrogantes sin respuesta por parte de los entrevistados.

Todas estas vetas de información así como las problemáticas inherentes a su búsqueda y consulta permiten entender por qué hay una insistencia en replicar los argumentos y datos del libro de Delgado. El periodista hizo una labor importante y resulta absurdo no reconocer el mérito de la investigación. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, el fenómeno del Yunque exige una reflexión más allá de la nota y la denuncia.

Sobre los conceptos

Como se mencionó, en el trabajo de Delgado (y en las réplicas académicas) se ubica al Yunque como una organización de “ultraderecha”, denominación fundada en una serie de características ideológicas y operativas: antisemitismo, anticomunismo, antiliberalismo, “ultracatolicismo”, filo-fascismo, secrecía, así como conspiración y violencia como herramientas principales. Esto, a todas luces, presenta complicaciones. En primer lugar, el término “ultraderecha” refiere a una tipología clásica de cuatro lugares en el espacio político: ultraizquierda, izquierda y derecha moderadas y ultraderecha (si concedemos la existencia del “centro”, podemos hablar de cin-

co lugares). Si bien este espectro, comúnmente retomado de Norberto Bobbio (1995) en la literatura mexicana, resulta útil en la ciencia y el discurso político, históricamente presenta dificultades pues limita las posibilidades de matices inherentes a todo cambio en una organización, como los que se han sugerido en los párrafos anteriores. En otros términos, resultaría difícil clasificar de la misma forma al Yunque de los años cincuenta y al del presente o aplicar el calificativo a todos los militantes por igual.

Por otra parte, los elementos que fundamentan la etiqueta ideológica son discutibles. El antisemitismo, aunque ha sobrevivido en algunos “yunques”, se ha diluido por razones concretas: el distanciamiento de los Tecos y de la vertiente jesuita más integrista, así como por la limitada presencia numérica de la comunidad judía en la sociedad mexicana, por lo menos hasta los años ochenta. Además, como lo menciona González Cuevas (2000: cap. 1), el antisemitismo no ha sido privativo de las expresiones de derecha. En lo que respecta al anticomunismo, si bien fue uno de los pilares de la organización, luego del fin de la guerra fría se ha convertido en una herramienta ocasional² que, además, no fue exclusiva de grupos católicos. De hecho, una parte importante del régimen del PRI se declaraba anticomunista entre los años cuarenta y sesenta. El asunto del antiliberalismo, manifestado en el rechazo a los partidos políticos y al denominado sistema democrático, también se diluyó con la entrada en el PAN y luego con la llegada a puestos públicos, además de que fue un tema compartido con algunos grupos de las izquierdas mexicanas. El “ultracatolicismo” resulta poco claro y bien podría ser sustituido por el término “fanatismo”, aunque esto también podría ser discutible. En todo caso, desde nuestro punto de vista, sería mejor hablar de “católicos militantes” o “laicos políticamente activos”, haciendo clara referencia a un espectro dentro del catolicismo, inscrito en una tradición histórica determinada.

² Como se demostró en el proceso electoral de 2006, cuando todas las corrientes del PAN y una buena parte del empresariado, se unieron en una campaña de desprestigio contra el candidato de las izquierdas. Entre otros ejercicios, se hacían comparaciones entre el político mexicano y el entonces presidente venezolano Hugo Chávez, y se hacía alusión al “socialismo” y al “comunismo” como elementos nocivos.

La secrecía, la violencia y la conspiración tampoco han sido privativos de las derechas, sin mencionar que exigen mayor detenimiento y matices. Por ejemplo, como ya vimos, en el caso del Yunque el secreto va de la mano con la reserva, lo que nos presenta un fenómeno más complejo que el simple silencio obligado por un juramento. En cuanto a la violencia, difícilmente se puede negar como herramienta del FUA y el MURO, sin embargo, requiere una comparación que permita dimensionarla; los Tecos, por ejemplo, se han caracterizado por el uso de armas de fuego desde el principio, además de contar con un historial de asesinatos, caso contrario al Yunque. Y sobre la conspiración, resulta complicado adjudicársela sólo a las derechas católicas mexicanas durante el siglo XX, sobre todo con un régimen de partido único.

Por último, la cercanía o simpatía con el fascismo también parece evidente a simple vista, aunque en algunos testimonios de militantes se hizo explícito el rechazo a replicar elementos propios del nazismo o del fascismo, pero no así con el falangismo. Esto obliga a profundizar en las influencias que el movimiento español tuvo en los militantes del Yunque así como en los posibles vínculos con grupos españoles. Esta línea permitiría explicar una visión o proyecto de nación al interior del Yunque, más allá de la mera añoranza o el radicalismo católico, ubicándolo dentro del universo de las derechas. En todo caso, todavía queda mucho por discutir en torno a la caracterización del Yunque, aunque podríamos adelantar que nos inclinamos por identificarla como una organización de la derecha católica tradicionalista con orígenes integristas, etiqueta que no excluiría su evolución hacia una corriente política partidista e incluida en una tradición histórica.

Sobre la versión “congelada”

Llegados a este punto es claro que la interpretación de Delgado nos resulta insuficiente. Al respecto, lejos de plantear un debate abierto sobre el tema, deslizaremos dos grandes hipótesis que forman parte de la investigación en curso, desarrolladas a partir del acercamiento a las fuentes, de las primeras reflexiones conceptuales y, evidentemente, de los comentarios y preguntas hechos en este Taller sobre las derechas.

La primera hipótesis es que el origen del Yunque no fue incidental. Desde nuestro punto de vista los primeros pasos del Yunque deben ser inscritos en una larga tradición cuyo punto de arranque está en los últimos años del siglo XIX. Esto nos permite ubicar a la organización dentro de un universo católico más amplio, así como resaltar algunos elementos organizativos e ideológicos que trascienden la coyuntura. Esa tradición a la que hacemos referencia tuvo como inicio la encíclica *Rerum Novarum*, es decir, la última década del siglo XIX, cuando la relación entre la jerarquía católica mexicana y el gobierno de Porfirio Díaz gozaba de cierta estabilidad, contrario a los años anteriores caracterizados por los conflictos armados. Así, la Iglesia estaba en condiciones de retomar el llamado del papa León XIII para acercarse a los sectores sociales más pobres así como para hacer frente al capitalismo y, sobre todo, a la amenaza socialista. Esto se puede resumir en la reactivación política de la Iglesia y de miles de laicos organizados. El proceso, en el que jesuitas como Bernardo Bergöend jugaron un papel central, decantó en la creación del Partido Católico Nacional (PCN) en 1911, cuyas victorias electorales le confirieron un lugar en el escenario político del momento. Pero el torbellino de la revolución cambió completamente las condiciones. A pesar de que los católicos políticamente activos constituían un amplio y heterogéneo sector, el apoyo de la jerarquía eclesiástica al régimen golpista de 1913 condenó a todos por igual. Desde ese momento, para la facción “constitucionalista” de las fuerzas sublevadas contra el golpe, ser católico fue sinónimo de “reaccionario”. De esta forma, cuando los “constitucionalistas” lograron tomar el poder central, se desató la persecución y represión, con lo que arrancó la consecuente militancia secreta de miles de laicos. La persecución y represión contra los católicos tuvo diversas manifestaciones y grados, pero en el imaginario de los fieles militantes se trataba de un capítulo más en la lucha del bien contra el mal, por lo que fue relativamente sencillo equiparar a los gobiernos revolucionarios con la amenaza comunista de la que habían sido advertidos. Una vez más, sacerdotes jesuitas como Julio Vértiz y el mismo Bergöend, tuvieron un papel central en la organización de la resistencia. Así surgieron o se reforzaron agrupaciones de diversa índole como la Unión de Católicos Mexicanos (UCM), mejor conocida como la “U”, cuyas características principales eran la militancia secreta-reservada y la conformación de células autónomas; o la

Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), semillero de militantes durante más de una década.

En este polarizado ambiente, la promulgación de una nueva Constitución en 1917 representó una coyuntura central que logró aglutinar a diversos sectores cuyos intereses se vieron directamente afectados. En el caso de los católicos opositores al movimiento revolucionario, el documento sintetizaba el carácter anticlerical de la amenaza roja,³ misma que unos meses más tarde sería identificada con el bolchevismo. Para algunos dentro de este amplio espectro, la amenaza iba más allá pues formaba parte de una “gran conspiración” para terminar con el catolicismo. Cabe señalar que junto a los católicos, la lista de afectados por la nueva Constitución incluía empresarios, terratenientes, intelectuales y personas de armas que no habían encontrado cabida en las facciones ganadoras del proceso revolucionario. Esto facilitó el establecimiento de contactos entre dichos sectores y, por ende, la posibilidad de crear un bloque opositor. Sin embargo, la falta de reglamentación y aplicación de los artículos constitucionales, así como la reorganización política dentro del gobierno, abrieron un periodo de distensión. En el caso de los laicos, rápidamente aparecieron agrupaciones públicas, creando un complicado universo político al interior de la Iglesia, donde convivían el secreto, la reserva y lo público, y en el que las dobles y hasta triples militancias eran comunes. No sobra repetir que los sacerdotes jesuitas destacaron como organizadores y diseñadores de estrategias en el nuevo contexto.

La siguiente gran coyuntura fue la llamada “rebelión cristera” entre 1926 y 1929, cuando buena parte de las organizaciones que se gestaron en el periodo anterior, pasaron de la militancia y la conspiración al enfrentamiento armado directo contra el gobierno. Dicho periodo, lejos de constituir un momento de unidad, puso de

³ Los artículos que atentaban contra los intereses de la Iglesia fueron: el 3º, que establecía la educación laica y prohibía que las corporaciones religiosas o ministros se encargaran de escuela alguna; el 5º que, entre otros puntos, no permitía el establecimiento de órdenes monásticas; el artículo 13 que prohibía los tribunales especiales; el artículo 24 que establecía la libertad de credo, pero confinaba el culto a los templos; el artículo 27 donde se prohibía a las iglesias “adquirir, poseer o administrar bienes raíces” y de hecho, aquéllos que tuvieran pasarían al dominio de la Nación; el artículo 55, que anulaba la posibilidad de que un ministro de algún culto accediera al cargo de diputado; y finalmente, el 130 que confirmaba la separación de la Iglesia y el Estado, dando a éste último la potestad de vigilar el culto, limitar el número de ministros y exigir que éstos fueran mexicanos, sin mencionar que anulaba sus derechos políticos.

relieve una serie de problemas al interior del bando católico: las militancias múltiples, las divergencias ideológicas entre laicos y luego entre éstos y la jerarquía, los regionalismos así como las diferencias de clase. De esta forma, cuando el conflicto terminó con una negociación entre algunos jerarcas católicos y el gobierno federal, muchos combatientes cristeros se declararon traicionados, por lo que mantuvieron una relación por demás tensa con la Iglesia. Una vez más, la atomización del catolicismo políticamente activo produjo nuevas agrupaciones y, sobre todo en el caso de los militantes secretos, asociaciones con claros fines bélicos. Esta nueva etapa coincidió con el auge de la llamada “tercera vía”, por lo que no fue extraño que muchos de los laicos que habían vivido la persecución y la llamada “traición” en 1929, vieran al fascismo o particularmente al falangismo como una alternativa viable para su complicada situación. A esto debemos sumar la llegada al poder en 1934 de Lázaro Cárdenas, un ex-militar que abanderaba un proyecto de educación socialista, la defensa de los derechos laborales frente al sector patronal y el reparto agrario. El enemigo común revivió al fantasma de la Constitución y permitió la unión de fuerzas que, aunque heterogéneas y poco organizadas, era capaz de poner en peligro la sucesión presidencial de 1940. Durante esos seis años se vivió la efervescencia de la “reacción”: grupos paramilitares financiados por empresarios, núcleos falangistas o denominados “prohispanistas”, asociaciones y organizaciones sectoriales de laicos (mujeres, jóvenes, obreros), movimientos rurales con claros tintes fascistas como el sinarquismo y diversas organizaciones estudiantiles, muchas de las cuales eran la cara pública de grupos católicos secretos-reservados.

Entre éstos últimos destacaron los Tecos, organización juvenil anticomunista, antisemita y grupo de choque en la Universidad Autónoma de Guadalajara. Al operar en una de las regiones que habían sido bastión del movimiento cristero, no resulta raro que varios excombatientes e ideólogos nutrieran a la organización estudiantil diseñada por el sacerdote jesuita Jesús Martínez Aguirre, otro ávido lector de *Los protocolos de los Sabios de Sión*. Además, sus primeros militantes habían participado en La Base, una organización secreta-reservada que operó durante la rebelión cristera, y eran conocidos por su abierta simpatía con el nazismo y el falangismo como alternativas al “comunismo ateo”. En este escenario, sumado al que se vivía en Europa, la

elección de 1940 resultó crucial. En consecuencia, el partido oficial presentó un candidato cuyo perfil y plataforma rompían con el proyecto ejecutado hasta ese momento. En efecto, el nuevo presidente estableció vínculos con sectores empresariales y católicos, además de anular varios de los programas que habían suscitado controversia. Una vez más, el conflicto fue desactivado a través de prebendas, negociaciones y represión, estrategia que continuó por lo menos hasta los años cincuenta, cuando otra oleada de movilizaciones impactó a nuevas generaciones de católicos.

Ahí se ubica el Yunque, una versión poblana de los Tecos, asesorada por sacerdotes jesuitas y cobijada por parte de la jerarquía eclesiástica. Ese entorno provocó que los jóvenes militantes asimilaran una versión histórica en la que el conflicto Estado-Iglesia se reducía a la persecución contra los católicos, una historia de lucha entre el bien y el mal caracterizada por la resistencia y los mártires. En esta línea, en la que los “justos” se oponían a los “gobiernos jacobinos”, la división propia del heterogéneo espectro católico, destacada en párrafos anteriores, sólo aparecía cuando se trataba de traiciones. Sobre esa lógica, era coherente rechazar la participación política pública a través de partidos quienes, a juicio de los “yunques”, eran parte de la farsa que representaba la democracia liberal. De esta forma, frente a las “ideologías extranjeras” y el “evidente” comunismo del gobierno mexicano se mostraba deslumbrante el hispanismo, entendido como el proyecto de una sociedad corporativa capaz de integrar a la religión católica, reforzada por un nacionalismo exacerbado y puesta en práctica mediante el uso de la fuerza. Así, el falangismo era visto como un experimento digno de emulación.

Como se ha reiterado en esos primeros años, algunos jesuitas ocuparon un papel central como asesores y formadores, continuando el trabajo que otros miembros de la Compañía habían desarrollado anteriormente. En efecto, antes del Yunque e incluso de los Tecos, otras organizaciones que habían operado entre la reserva y el secreto (la “U”, La Legión, La Base, los Conejos), tuvieron como asesores a jesuitas, que promovían un imaginario compuesto de conspiraciones y alentaban la constitución de grupos secretos y sectas (Meyer 1981; Ortoll 1990; González 2003). Lejos de la casualidad, esta tendencia obliga a generar la hipótesis de un proyecto o “misión” encomendado a los jesuitas o, por lo menos, una fuerte tendencia al interior de la

Compañía con el claro objetivo de formar jóvenes militantes católicos. Por último, precisamente, se debe destacar la necesidad de formar jóvenes militantes cuyo espacio de operación fueran las universidades y que, una vez cumplido el ciclo, asumieran nuevas responsabilidades en otros espacios de acción. En ese sentido, no resulta extraño que el Yunque haya creado organizaciones universitarias para actuar y que éstas se hayan convertido en “semilleros” de líderes y de nuevos formadores.

La segunda hipótesis es que el Yunque no ha sido un ente estático. Si asumimos que el Yunque es producto exclusivo de una “conspiración” encabezada por la Iglesia católica, fácilmente podríamos construir el prototipo del militante: fanático religioso, sin posibilidades de cambio o matices ideológicos, imbuido en la lógica misma de la conspiración, atado al juramento de secrecía, dispuesto a dar la vida por su “misión”, todo a pesar de los cambios en el mundo que le rodea y de los que sufre su propia vida. Siguiendo esta lógica, la inmutabilidad del militante puede ser extrapolada a la organización, por lo que se podría hablar de un núcleo cuyos objetivos y mecanismos no han cambiado en medio siglo de vida. Revisemos, entonces, algunos elementos que podrían cuestionar esta visión.

Evidentemente el núcleo secreto-reservado debía tener una cara pública, por lo que se crearon el FUA en 1955 y el MURO en 1961. El primero operó en la Universidad de Puebla, mientras que el MURO hizo lo propio en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ambos hasta la década de los años setenta. Aunque se ha repetido la idea de que sólo fueron “fachadas” para ocultar a la organización principal, en realidad estos grupos resultaron esenciales pues el objetivo primordial era “enfrentar al comunismo en las universidades”. Así, además de mantener en secreto al Yunque, tanto FUA como MURO desarrollaron actividades que iban desde la publicación y reparto de panfletos, hasta el ejercicio de la violencia a través de golpizas, pasando por la organización de manifestaciones con claros referentes anti-comunistas. De igual forma, hicieron las veces de “filtros” en el reclutamiento, pues servían como espacios de prueba para los aspirantes a la organización mayor, sin que éstos supieran que eran evaluados. Las organizaciones públicas también fueron espacios de entrenamiento y, finalmente, se convirtieron en una herramienta ideal para

establecer vínculos con algunos empresarios y periodistas, quienes aportaron recursos económicos y cobertura mediática a la lucha anticomunista.

Cabe destacar que el FUA y el MURO no fueron los únicos grupos públicos que creó el Yunque, pues hubo participación en conflictos universitarios de diversas ciudades, sin embargo, sí fueron los de mayor impacto. De hecho, algunos miembros del Frente y del Movimiento viajaron para brindar asesorías y reforzar otros núcleos. El éxito de ambas experiencias, se reflejó en una vida activa de varios años así como en un creciente número de militantes, proceso que definitivamente impactó al núcleo principal. De hecho, se puso en práctica una vieja dinámica de organización piramidal de células autónomas (“U”, Legión, Base), en la que un pequeño grupo no tenía conocimiento del otro, salvo en determinadas acciones, por lo que no podría delatar a sus compañeros en caso de captura. En otras palabras, el crecimiento cuantitativo exigió refinar los mecanismos de organización y coordinación.

Sumado a este cambio sustancial, se dieron diferencias regionales, elemento que ya se había hecho presente al interior de la tradición de laicos políticamente activos. En este caso, se dieron entre las principales organizaciones estudiantiles del Yunque, pues los contextos locales resultaron muy dispares. Por ejemplo, las características culturales y sociales de Puebla permitieron que el FUA recibiera amplio cobijo por parte de algunos sectores, mientras que el MURO se insertó en un panorama social y político mucho más complejo, e incluso más agresivo. También se puede tomar en cuenta el tamaño de los espacios universitarios, siendo mucho mayor en el que operó el Movimiento, así como el perfil de los posibles militantes, cuyo espectro resultaba más amplio en la UNAM. Otra diferencia tenía que ver con la relación que cada grupo estableció con la jerarquía católica, pues mientras que el FUA operó con una mayor cercanía al arzobispo de Puebla y, por ende, estuvo más acotado a sus designios, el MURO mantuvo una relación tirante con Miguel Darío Miranda, arzobispo primado de México, quien incluso los condenó públicamente en un par de ocasiones. Esto último permite presentar otro cambio importante en el desarrollo del Yunque con respecto a las organizaciones juveniles secretas-reservadas que le precedieron, a saber, la constitución de cierta autonomía respecto a la jerarquía católica,

sin llegar a la ruptura total, lo que brindó mayor margen de maniobra a la dirigencia del Yunque.

A todo esto debemos agregar un cambio central que ha sido obviado: el relevo generacional. Una vez que la primera generación de militantes del Yunque terminó su ciclo estudiantil dentro de la universidad, se abrió la interrogante de qué seguía. La respuesta, lejos de marcar el fin, fue continuar la labor en otros espacios laborales, empresariales y, por supuesto, educativos. Este proceso, prácticamente natural, también nos obliga a cuestionar la idea de la inmovilidad en la mente del militante pues, aunque seguramente mantuvo determinados principios y valores, los referentes de posibilidades de acción y de toma de decisiones se ampliaron, lo que aunado a la autonomía antes referida nos muestra una organización dinámica y cambiante. Sólo así nos podríamos explicar el cambio radical en cuanto al rechazo de la participación en partidos políticos, idea que fue sustituida a mediados de los años setenta cuando inició la Operación Prometeo, consistente en la infiltración en organismos civiles y en el Partido Acción Nacional.

Además de todo esto, debemos contar los cambios en el mapa político nacional y, en especial, los de nivel internacional de los que podemos destacar tres: la revolución cubana, el Concilio Vaticano II y el fin de la guerra fría. La primera, significó la “confirmación” de que la amenaza comunista estaba cada vez más cerca, idea re-marcada por las crecientes muestras de apoyo al proceso caribeño sobre todo en ámbitos universitarios. De hecho, la primera irrupción de los futuros militantes del MURO se dio en un evento de apoyo a la revolución, que terminó en una gran pelea. Por su parte, el Concilio Vaticano II y su gran impacto en el catolicismo, constituyó un proceso ambivalente para el Yunque pues, por un lado, dio impulso a tendencias progresistas dentro de la Iglesia pero, por otro, dotó de mayor poder a los laicos. Además, significó la ruptura con los Tecos, pues éstos consideraban que el papa Pablo VI era un judío infiltrado, idea que no tuvo eco al interior del Yunque. El rechazo fue un símbolo inequívoco de que el antisemitismo fundado en las historias de la “conspiración mundial” estaba dando paso a un anticomunismo más pragmático.

En tercer término, como ya se mencionó, el fin de la guerra fría representó una crisis de la organización que se ha prolongado hasta el presente, pues la lucha

contra el comunismo perdió sentido, mientras que la llegada a puestos públicos se ha materializado. Esto, junto con los libros de Álvaro Delgado, ha generado discusiones al interior del Yunque sobre los fines y el carácter secreto de la organización.

Consideraciones finales

A pesar de las limitaciones en las fuentes, existe suficiente material para cuestionar y debatir la interpretación hegemónica sobre el Yunque y, en consecuencia, para abrir nuevas perspectivas en el estudio de las derechas mexicanas. Sin embargo, la investigación en curso todavía tiene pendientes algunos puntos que fueron sugeridos en el transcurso del taller: los procesos de construcción de identidades (un “otro-enemigo” y un “otro-generacional”) así como la selección de los repertorios de acción, sobre todo dentro del debate sobre la violencia política. Dichos ejes, así como otros expuestos en los párrafos anteriores, también forman parte de la investigación sobre la organización Tacuara. Con ello se conforma la estructura de un estudio comparativo con el que se busca establecer lazos, similitudes, diferencias y, sobre todo, redimensionar afirmaciones tradicionalmente delimitadas por las historiografías nacionales, apuntando a la construcción de afirmaciones y nuevas preguntas.

Archivos

El Yunque. Versiones públicas, Dirección Federal de Seguridad, Archivo General de la Nación, México.

Archivo Histórico de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, México.

Entrevistas

Manuel Antonio Díaz Cid (segundo presidente del FUA y militante de la Organización Nacional del Yunque), realizada en Puebla el 20 de febrero de 2012.

X (ex militante del MURO), realizada en Ciudad de México el 14 de marzo de 2012.

Bibliografía

- Aspe Armella, María Luisa (2008) *La formación social y política de los católicos mexicano*. México: Universidad Iberoamericana / Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana.
- Blancarte, Roberto. (1993). *Historia de la Iglesia Católica en México, 1929-1982*. México: El Colegio Mexiquense / Fondo de Cultura Económica.
- (comp.) (1996) *El pensamiento social de los católicos mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, Norberto. (1995). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.
- Carrillo, Pablo César y Luis Alegre (2000). Presiona 'la ultra' al PAN. *Reforma*, México, 27 de agosto.
- Delgado, Álvaro. (2003). *El Yunque. La ultraderecha en el poder*. México: Plaza y Janés.
- . (2004). *El ejército de Dios. Nuevas revelaciones sobre la extrema derecha en México*. México: Debolsillo.
- Díaz Cid, Manuel Antonio et al. (2012). *México 1968 ¿otra historia?! Un ensayo político e histórico sobre el movimiento estudiantil de México*. México: Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla.
- Dooley, Francis Patrick. (1976). *Los cristeros, Calles y el catolicismo mexicano*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Galeana, Patricia (comp.). (2001). *Relaciones Estado-Iglesia: encuentros y desencuentros*. México: Archivo General de la Nación / Secretaría de Gobernación-Subsecretaría de Población, Migración y Asuntos Religiosos.
- González, Fernando (2007). Algunos grupos radicales de izquierda y de derecha con influencia católica en México (1965-1975). *Historia y Grafía*, No. 29.
- . (2005a). Integralismo, persecución y secreto en algunos grupos católicos en México en el siglo XX. En A. Aziz Nassif y J. A. Sánchez (coords.). *El Estado mexicano: herencias y cambios. Sociedad civil y diversidad, Tomo III*. México: Miguel Ángel Porrúa / CIESAS / Cámara de Diputados LIX Legislatura.

---. (2005b). Un conflicto universitario entre católicos: La fundación del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente. *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis*, nº 20-21.

---. (2003). Los orígenes y el comienzo de una universidad católica: sociedades secretas y jesuitas. *Historia y Grafía*, No. 20.

---. (2001). *Matar y morir por Cristo Rey. Aspectos de la cristiada*. México: Instituto de Investigaciones Sociales – UNAM / Plaza y Valdés Editores.

González Cuevas, Pedro Carlos. (2000). *Historia de las derechas españolas: de la Ilustración a nuestros días*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Hernández Vicencio, Tania. (2009). *Tras las huellas de la derecha. El Partido Acción Nacional, 1939-2000*. México: Ed. Ítaca.

Jiménez Jiménez, Lauro. (2009). *El Yunque: la ultraderecha en Querétaro*. Texas: Universidad de Texas.

Loeza, Soledad. (1999). *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*. México: Fondo de Cultura Económica.

López Macedonio, Mónica Naymich. (2007). Los Tecos en el México de la primera mitad de los años setenta y su proyección transnacional anticomunista. Tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.

Louvier Calderón, Juan, et al. (1991). *Autonomía universitaria. Luchas de 1956 a 1991*. México: Instituto de Investigaciones Humanísticas – Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla.

Meyer, Jean. (1981). “Entre la cruz y la espada”. *Nexos*, 1 de diciembre.

--- (1989). *La Cristiada*. México: Siglo XXI Editores. 3 vols. [1974]

Mügemburg, Federico. (1970). *La cruz ¿un ariete subversivo?* México: Editorial Ser.

Ortiz, Irene. (2008). Building the City of God: Mexico's Ultra-Right Yunque. *Report on the Americas, North American Congress on Latin America*, vol. 41, no. 1.

Ortoll, Servando. (1990). Las Legiones, La Base y el Sinarquismo. ¿Tres organizaciones distintas y un solo fin verdadero? (1929-1948). En R. Morán Quiroz (comp.). *La política y el cielo. Movimientos religiosos en el México contemporáneo*. México: Universidad de Guadalajara.

Paredes Moctezuma, Luis. (2009). *Los secretos del Yunque*. México: Ed. Grijalbo.

Puente Lutteroth, María Alicia. (2002). *Movimiento cristero: una pluralidad desconocida*. México: Editorial Progreso.

Reza, Édgar. (2010). *El evangelio del Yunque*. México: Plaza y Janés.

Santiago Jiménez, Mario Virgilio. (2012). *Anticomunismo católico. Raíces y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975*. Tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.

Savarino, Francisco y Andrea Mutolo (coords.) (2008). *El anticlericalismo en México*. México: Cámara de Diputados LIX Legislatura / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Campus Ciudad de México / Miguel Ángel Porrúa.

Uribe, Mónica. (2008). La ultraderecha en México: el conservadurismo moderno. *El Cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*, vol. 23, no. 149.

¿Cómo citar a este artículo?

SANTIAGO JIMÉNEZ, Mario V., "El Yunque de México: ¿conspiración de ultraderecha o vertiente de las derechas conservadoras?", en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 62-81. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

INTEGRALISMO CONTEMPORÂNEO OU NEOINTEGRALISMO?

SOBRE A VIABILIDADE E POSSIBILIDADES DE UMA DEFINIÇÃO

Odilon Caldeira Neto

Introdução

Vida e morte, militância e eternidade. O integralismo, em sua primeira fase ou experiência institucional (Ação Integralista Brasileira, AIB, 1932-1938) buscou, ao instrumentalizar o sigma (símbolo da AIB), estabelecer a totalidade acachapante por meio de uma doutrina política que viria a totalizar e sintetizar a complexidade nacional.¹ Em outras palavras, a simbologia e ritualística integralista já determinava os anseios de seus criadores e militantes: resolver (solavancar) as diferenças culturais, sociais e políticas do Brasil, por meio de uma ideologia fundada no amálgama do conservadorismo cristão e de um dinamismo fascista.

A intensidade da filiação ao sonho e militância integralista era tamanha, que aparelhava não apenas a típica expressão militante (manifestações, mobilizações, votações e apoio às iniciativas), mas englobava ainda a exterioridade e interioridade, levando o adepto a imaginar, compreender e destinar sua vida e morte ao ideal integralista. Conforme mostra Pedro Fagundes (2011), a morte no integralismo era não o fim, senão a *passagem* para um plano superior, no qual existiram as Milícias do Além (comandadas por Deus), e integralista por toda a eternidade.

A necrofilia política integralista auxilia a compreender a magnitude e desprendimento a qual milhares de militantes depositaram à Ação Integralista Brasilei-

¹ Este trabalho se apresenta como resultado parcial da “Missão de Curta Duração” da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, financiada pela CAPES, a qual sou grato pelo auxílio concedido. De antemão, faço questão de agradecer a possibilidade de interlocução e debate com aqueles que são, em grande parte, referenciais de pesquisa sobre o neointegralismo e colegas com os quais tenho o prazer de dialogar, em especial a Prof. Dra. Márcia Regina da Silva Ramos Carneiro (Universidade Federal Fluminense, RJ) e o Prof. Dr. Jefferson Rodrigues Barbosa (Universidade Estadual Paulista, SP).

ra (AIB). Todavía, para além da morte e renascimento *no* integralismo, o foco deste trabalho é proporcionar um debate sobre as implicações da morte e o renascimento *do* integralismo ou, de modo mais específico, as decorrências para o campo de estudos que focalizam o integralismo após a morte de Plínio Salgado (1895-1975).

Para tal, em primeiro lugar será apresentado o contexto e o problema do que se compreende, aqui, como fenômeno neointegralista. Para isso, se faz necessário ressaltar que o objetivo central desse trabalho incorre na tentativa de auferir, de modo problematizado, a validade de um termo (“neointegralismo”), assim como sua correlação com os estudos que se dedicam ao objeto denominado, ou mesmo pelas práticas contextualizadas dos agentes desse neointegralismo.

Adiante, será apresentado um breve balanço sobre a historiografia do tema do “neointegralismo”, de modo a sintetizar a utilização ou a “recusa” (não utilização) do termo pelas pesquisas sobre os atuais militantes integralistas. Concomitantemente, buscar-se-á a construção de um diálogo com bibliografia e pesquisas que, de algum modo, estão relacionados à problemática da *persistência* integralista, de modo a estabelecer possíveis conclusões.

O integralismo depois de Plínio Salgado

Surgido oficialmente em outubro de 1932 (quando da publicação do Manifesto da AIB), o integralismo permaneceu, durante décadas, atrelado à imagem, unidade e estratégias de Plínio Salgado. Por mais que a AIB tenha reunido uma diversificada gama de tradicionais e emergentes intelectuais da direita brasileira, a unidade totalizante – e o capital político atrelado - residia na figura e liderança do “chefe nacional”. Isso, de fato, se aprofundou mais ainda quando da conjuntura decorrente à extinção da AIB pelo Estado Novo de Getúlio Vargas e ao exílio de Plínio Salgado em Portugal (1939-1946). Gustavo Barroso e Miguel Reale, antigas proeminentes autoridades integralistas – e que poderiam, teoricamente, passar à liderança dos militantes integralistas remanescentes, se afastaram do movimento e empreenderam um contínuo processo de silenciamento e esquecimento histórico (Caldeira Neto, 2011b e 2013).

Plínio Salgado, por sua vez, aproveitou o período de exílio em Portugal, assim como a troca de ideias e valores intelectuais com pensadores lusitanos, para estabelecer uma nova roupagem política e filosófica, mais conservadora (cristã) e pseudo democrática, do que fascista propriamente dita (Gonçalves, 2012). Dessa maneira, Salgado arregimentou a militância integralista para novos tempos, novos ares e formatos políticos. O chamado integralismo no pós-guerra, sobretudo na reorganização partidária via Partido de Representação Popular (Calil, 2010), buscou aliar alguns preceitos do integralismo em sua principal fase (AIB), em especial o anticomunismo, com a configuração democrática de então.

No entanto, o extremismo antidemocrático, decorrente em muito da cultura golpista (Beired, 1999) presente no integralismo desde sua primeira experiência institucional, foi um dos fatores determinantes da ruptura integralista para com as regras do jogo democrático, assim como a participação de Plínio Salgado (e seus fiéis seguidores remanescentes) na conjuração golpista e posterior adesão ao aparelho partidário de suporte à ditadura civil militar brasileira - a Aliança Renovadora Nacional (Arena).

Embora o integralismo tenha vivido diversos momentos e configurações políticas durante os anos de 1932 e 1975, o capital político remanescente daquela que havia sido a primeira organização política de massa na história brasileira (além de maior organização política de cariz fascista além d' Europa), residia sobretudo na centralidade aglutinante de Plínio Salgado, o elo histórico do integralismo em fases distintas. Ainda que a militância integralista se esvaziara desde os longínquos anos 1930, o passado e o presente se encontravam na fidelidade a Salgado. Não a toa, o líder integralista buscava emular uma imensidão militante fiel aos seus desígnios, ainda que absolutamente distante da realidade (Caldeira Neto, 2011a: 71).

Quando do falecimento de Plínio Salgado em 8 de dezembro de 1975, esta aparente solidez militante se esfacela. De fato, desde o período de existência do Partido de Representação Popular, havia ocorrência de setores militantes que clamavam por uma radicalização das práticas e exterioridades integralistas no partido, sem que no entanto fossem adiante e estabelecessem qualquer iniciativa política integralista

alheia ao cabedal de Salgado. Após a morte do líder integralista, essas correntes e iniciativas estariam possibilitadas de ação, sem a necessidade do aval do grande líder.

Ademais, é necessário compreender que os remanescentes integralistas remetiam não somente aos resquícios daquela unidade em Plínio Salgado estabelecida, se não também às memórias das diversas organizações integralistas existentes. Para além dos antigos militantes da AIB, havia ainda aqueles que nutriram relações pessoais e familiares com Salgado (em especial a viúva D. Carmela Salgado e sua filha), assim como antigos militantes do PRP ou mesmo os chamados Águias Brancas.

De acordo com Márcia Carneiro (2007), os águias brancas eram jovens membros participantes dos Centros Culturais da Juventude (CCJ – 1952-1965), e viriam a ser um instrumento de salvaguarda e difusão da ideologia integralista além dos limites partidários (PRP). Embora os perrepostas pudessem ser integralistas, havia um consenso segundo qual o integralismo residiria sobretudo nos águias brancas, que tinham Plínio Salgado como presidente de honra.

Esses setores e representantes integralistas remanescentes, que não permaneciam mais sob a égide de Plínio Salgado, tinham ainda experiências e referenciais distintos para com a ideologia integralista. Não parece despropositado supor que um jovem adepto de uma organização tipicamente fascista dos anos 1930 (AIB), tinha uma percepção do ideal e representação do integralismo divergente daqueles que militaram nas diversas organizações posteriores, tal qual o PRP ou CCJ, entre tantas outras. Por mais que se postulasse uma genealogia ideológica contínua entre as organizações integralistas existentes, os contextos nos quais elas se deram haviam sido determinantes para práticas diversificadas e o que os diversos integralistas imaginavam *ser* integralista.

Foi essa pluralidade militante – adicionada daqueles que se uniram às “*fileiras do Sigma*” após 1975, que se viu órfã depois do falecimento do principal líder integralista. Essa nova configuração (ou ausência de uma instrução política normativa estabelecida de modo vertical), propiciou um ambiente problemático, tanto do ponto vista político e pragmático, quanto daqueles memorialísticos: parcelas dos integralistas remanescentes defendiam a necessidade de atuação não-institucional do integralismo, buscando portanto estabelecer ambientes de comemoração e rememoração da

memória integralista (além da possibilidade de encontros eventuais para discussões sobre a doutrina do sigma).

Uma outra parcela desses militantes enunciava a necessidade da busca por uma atuação integralista em moldes institucionais (inclusive sob a rubrica de agremiação partidária), gerando pois um inicial dissenso no seio do neointegralismo. No entanto, os anos imediatos após a morte de Plínio Salgado foram marcados pela quase inexistência de siglas e organizações integralistas em atuação, ou então pela efemeridade de algumas delas, tal qual o Movimento Popular de Apoio à Fundação Plínio Salgado, surgido no estado do Maranhão (Lima, 1980). Além do aspecto da difusão militante e programática integralista, é possível auferir que essa baixa movimentação fosse decorrência dos limites impostos pelo regime militar. De fato, a primeira ou mais efetiva organização integralista pós 1975 foi fundada durante o processo de “afrouxamento político” da ditadura civil militar brasileira – a Casa Plínio Salgado (CPS), sediada na cidade de São Paulo/SP e inaugurada em 10 de outubro de 1981 (Carneiro, 2007: 230).

Idealizada por antigos militantes integralistas procedentes de diversas organizações (AIB, PRP, CCJ, etc.), a Casa Plínio Salgado viria a ser um local de comemoração da memória militante, dotada de arquivo e biblioteca próprios, mas que funcionaria também como ponto de encontro e articulação política entre antigos e novos militantes. Embora a via institucional não fosse a razão de ser expressa da CPS (e que em tese exprimiria a sobrepujança da ala não-institucional do integralismo pós Plínio Salgado), a existência de um lugar da memória integralista possibilitou a construção de uma rede de sociabilidade, interesses e movimentações políticas. Entre as diversas siglas que se surgiram no bojo da comemoração da memória integralista, a que desempenhou centralidade do ponto de vista da institucionalização política neointegralista foi a Ação Integralista Brasileira (2ª AIB).

A segunda Ação Integralista Brasileira, fundada em 1985, foi organizada em especial por Anésio de Lara Campos Júnior, um ex militante do PRP e que viria a ser o primeiro presidente dessa nova entidade. Embora estivesse presente nas movimentações integralistas mesmo antes da morte de Plínio Salgado, Anésio Lara não era visto como uma provável liderança incontestada do neointegralismo, por diversos

fatores. Preambularmente, pesava a inexistência tutelar auferida pelos herdeiros diretos de Plínio Salgado: familiares e integralistas mais próximos. Os “herdeiros” diretos de Plínio Salgado eram pouco afeitos – ou enunciadamente contrários - às investidas políticas do integralismo e integralistas, ao menos em uma perspectiva institucionalizada.

Essa ausência tutelar significou, portanto, a inexistência de um consenso sobre a recriação da AIB. De fato, embora a sigla estivesse disponível para registro (a-final de contas, havia sido dissolvida em meados de 1937), o registro não consensual estabeleceu uma espécie de “usurpação” da memória integralista por Anésio Lara e companheiros. E, para além das disputas da memória e institucionalidade política daqueles que se concebiam enquanto herdeiros de Plínio Salgado, o panorama exógeno tornaria ainda mais problemática a atuação da “nova” AIB.

A década de 1980 foi significativa para determinados setores da extrema direita brasileira (sobretudo daqueles afeitos aos fascismos) por dois principais fatores: em primeiro lugar, iniciara-se a produção nacional de obras negacionistas do holocausto. Embora indícios sugerem que havia a circulação, no Brasil, de publicações que negavam ou relativizavam o holocausto desde os anos 1970 (Nehab, 1988), a década de 1980 marca o início da publicação de obras brasileiras sobre o tema, por meio da Revisão Editora Ltda. e seu principal autor (Siegfried Ellwanger Castan, proprietário da editora), além da defesa pública das antissemitas teses negacionistas.

Os anos 1980 foram também assinalados pelo processo de expansão dos *skinheads* no Brasil, em especial daquela que se tornaria, até os dias atuais, a principal tendência “tupiniquim” dos cabeças raspadas: os Carecas do Subúrbio (Costa, 2000), gangues juvenis urbanas, presentes nos principais centros urbanos brasileiros e adeptos de um ultranacionalismo intolerante, homofóbicos, com tendências antissemitas e contrários às minorias e políticas inclusivas, todavia auto intitulados antirracistas. Além dos “carecas”, nota-se também o surgimento e articulação de correntes *skinheads* enunciadamente neonazistas, como os *White Power* (Almeida, 2004).

No bojo dessa novas movimentações da extrema direita brasileira no período, a nova AIB construiu relações públicas com algumas dessas organizações. A adesão ou simpatia às teorias negacionistas do holocausto foram estabelecidas juntamente

com militantes neonazistas no Brasil, tal qual o Partido Nacional Socialista Brasileiro (PNSB, que não obteve registro legal junto ao Tribunal Superior Eleitoral), representantes de *skinheads* neonazistas e menções à literatura negacionista, em especial dos títulos publicados pela editora Revisão.

Concomitantemente à presidência da AIB, Anésio Lara criou diversas e efêmeras siglas de extrema direita, tal qual o Parnaso (Movimento Participativo Nacionalista Social), que trazia evidentes referências ideológicas e simbólicas ao nacional socialismo, e planejava atuação armada em vista à tomada do poder (Amorim, 1989). A juventude do Parnaso buscava também um estilo de vida alternativo, envolvendo elementos do paramilitarismo e abstinência sexual. Além da atuação frente ao Parnaso e demais siglas, Anésio Lara e a AIB buscaram cooptar parte significativa dos “carecas”, todavia sem efetivo êxito.

A aproximação e publicidade da relação dos integralistas com organizações e adeptos do neonazismo no Brasil foram extremamente danosas à imagem do movimento. Compreende-se inclusive que tenha sido um dos fatores circunstanciais para a não aglutinação militante em somente uma organização, visto a recusa da radicalização e da evidenciação fascista, antissemita e pró-neonazista. Além daqueles que recusavam uma via institucional (preferindo-a às investidas de rememoração), outra parcela militante buscava ainda a atuação em moldes partidários, visualizando as possibilidades decorrentes do processo de abertura democrática recém estabelecido.

O PAI (Partido de Ação Integralista), que também não chegou a se cumprir, almejava a eventualidade de disputa às eleições majoritárias, previstas para o ano de 1989. Outros integralistas buscavam a articulação junto a agremiações de direita em processo de criação, tal qual o Partido de Ação Nacionalista (PAN). O PAN contava com a presidência de Rômulo Augusto Romero Fontes (Dreifuss, 1989:92), um dos responsáveis pela tentativa de articulação e cooptação dos militantes integralistas. De fato, o próprio Rômulo Fontes era militante integralista, embora houvera sido partícipe de organizações clandestinas de esquerda durante a ditadura civil militar então recém terminada.

Conforme mostra Beatriz Kushnir (2012:310), R. Fontes foi, em meados dos anos 1970, um dentre tantos militantes de organizações de esquerda que, capturados

pelo aparelho repressivo do regime militar, foram coagidos a admitir “culpa” em mídias de alcance nacional- os chamados “desbundes”. Na década posterior, o antigo militante de esquerda seria um entusiasta de uma das mais tradicionais expressões da extrema direita brasileira.

Postos em planos secundários os aspectos traumáticos que provavelmente compõem o enredo supracitado, a inserção protagonizada de um então recente militante integralista nas movimentações de retomada do movimento, auxilia a demonstrar a falta de unidade entre os “herdeiros” de Plínio Salgado. Além das disputas entre novos e velhos militantes (e as possíveis ou absolutamente improváveis lideranças), os integralistas não tinham um consenso sobre a forma de atuação. A discordância imperava mesmo entre aqueles que concordavam com a prerrogativa institucional – haveria de ser o integralismo um partido político ou uma organização de cunho cívico e cultural?

A indefinição programática e fragmentação militante foram aspectos determinantes para o esmorecimento neointegralista durante a década de 1990, ao menos do ponto de vista institucional. As organizações que visavam à memorialística integralista passaram a desempenhar relevância no contexto neointegralista, em especial a Casa Plínio Salgado e o Centro Cultural Plínio Salgado (CCPS, no interior do estado do Rio de Janeiro). Todavia o retorno à comemoração e rememoração integralista não determinaram a inexistência da atualização de práticas e estratégias.

Dentro da sociabilidade existente nas organizações integralistas de cunho memorialístico, alguns militantes – sobretudo aqueles mais jovens - passaram a modernizar os meios de comunicação e diálogo integralista, em especial pela utilização da internet. A infovia passa a designar uma descentralização militante (processo impulsionado também pelo falecimento de antigas lideranças integralistas remanescentes após 1975), de modo que as iniciativas de institucionalização integralista voltariam a tomar corpo.

No início do século XXI, algumas das diversas organizações e correntes do neointegralismo se reuniram oficialmente, na ocasião do “I Congresso do Integralista para o Século XXI”, realizado em 2004, na cidade de São Paulo. Embora a deliberação supostamente uníssona do evento teria sido a criação de somente uma organiza-

ção, denominada “Movimento Integralista Brasileiro” e que viria a congregar a todos integralistas existentes, o resultado foi o oposto – e seria uma síntese de um processo que se delineava desde as primeiras siglas integralistas pós Plínio Salgado. Surge, então, três principais organizações neointegralistas: a Frente Integralista Brasileira (FIB), a Ação Integralista Revolucionária (AIR) e o Movimento Integralista e Linearista Brasileiro (MIL-B).

A FIB e a AIR estabelecem um discurso de conservação da memória integralista, sobretudo daquela oriunda dos anos 1930. Desse modo, não há uma evidência estatutária de atualização ideológica nos dogmas do sigma. Conquanto a FIB definiria a busca pela conservação, a AIR promulgaria um posicionamento relativamente crítico ao integralismo histórico, em especial a via partidária. Para os membros da AIR, a definição partidária estabelecida em 1935 teria sido um equívoco da liderança (inclusive de Plínio Salgado), de modo que caberia à organização neointegralista a conservação incólume daquilo que compreendiam como primeiro estágio integralista – a via revolucionária, distante de definições partidárias.

Já o MIL-B enuncia a tentativa contínua de atualização da doutrina do Sigma. Embora busquem a fidelidade a Plínio Salgado, tentam imaginar uma linhagem ideológica integralista às luzes do Século XXI, qual seria a filosofia linearista. O primado espiritualista do integralismo dos anos 1930 seria adicionado às lógicas do cientificismo inexistente ou não discutidos à época, de modo que o linearismo seria o integralismo do século XXI – e o desenvolvimento do integralismo histórico desembocaria no linearismo. Ainda que seja uma organização que promulgue a reprodução ideológica hierárquica da AIB, é possível denotar a grande influência do pensamento antissemita de Gustavo Barroso nos textos e atuação do MIL-B.

Essas organizações, em especial a FIB e o MIL-B, desempenham centralidade no panorama neointegralista do século XXI. Em algum sentido, é possível afirmar que elas condensam os conflitos e problemáticas inerentes ao integralismo após o falecimento de Plínio Salgado, seja nas estratégias de atuação ou relações ideológicas e institucionais com o panorama e memória integralista, ou até das direitas e do neofascismo em escala internacional. Dessa maneira, evidencia-se a questão apresentada no início do texto: como definir ou denominar essa atuação integralista pós 1975: in-

tegralismo contemporâneo ou neointegralismo? Para tal, se faz necessário observar as principais percepções atribuídas pelas produções do tema², para posterior delineamento de possibilidades definitórias.

Estudos sobre o Neointegralismo

Precedente a qualquer produção acadêmica (ou midiática) que tratasse do ressurgimento ou iniciativas integralistas após a morte de Plínio Salgado, é possível constatar a incidência da expressão, fosse em meios militantes ou acadêmicos propriamente dito. Uma das primeiras referências encontradas ao termo “neo integralismo” (variação léxica determinada por acordo ortográfico) data ainda quando da existência do Partido de Representação Popular. Parcela da militância integralista inserida nos quadros do PRP era favorável à retomada da simbologia e perspectivas ideológicas afeitas à Ação Integralista Brasileira. No entanto, as prerrogativas democráticas do PRP impunham barreiras a algumas práticas e expressões notadamente fascistas. Em 1956, alguns militantes buscaram refundar a AIB, no entanto sem o aval e apoio de Plínio Salgado e demais lideranças integralistas. Em texto veiculado no periódico *perrepista* “A Marcha” (Calil, 2010:173), a iniciativa dissidente é criticada de modo enfático, quando se questiona um “neo integralismo” daqueles militantes, no sentido de não-integralismo, afinal estariam contrários às determinações do “grande líder”. Essa questão vem a ratificar o aspecto da centralidade de Salgado aos meios integralistas, construída e sedimentada historicamente. Além disso, auxilia a compreender a recusa dos militantes integralistas, inclusive dos mais recentes, ao termo “neointegralismo”, em razão da necessidade de estabelecer uma historicidade legitimatória às siglas contemporâneas – e sem participação de Plínio Salgado³.

² Esse levantamento bibliográfico busca atentar para produções que se dedicam, em algum sentido, especificamente à formação e atuação do que se compreende, aqui, enquanto grupos neointegralistas. Por um motivo óbvio, exclui-se as produções do autor do texto (apesar de esta ser a primeira iniciativa pessoal de problematização e tentativa de definição do termo). Para um levantamento e crítica de caráter geral, conferir Bertonha (2010) e Bertonha (2014, no prelo).

³ A necessidade quase absoluta de encontrar legitimidade histórica (e em Plínio Salgado) nos grupos integralistas pós 1975, decorreu inclusive na utilização de aparatos *mediúnicos* enquanto interseção entre as fileiras do sigma (neointegralistas) e as milícias do além (Plínio Salgado). Cf. Caldeira Neto, 2011a: 74; Carneiro, 2007: 269).

Em âmbitos acadêmicos, uma das primeiras referências encontradas ao termo “neo integralismo” provém de Héglio Trindade (Trindade, 1994), autor de obra seminal sobre o integralismo dos anos trinta (Trindade, 1974). No entanto, o termo faz referência às investidas dos setores radicais (alguns deles integralistas) do regime militar pós-1964, sem uma definição clara ou muito precisa. O “neo integralismo” seria algo como a tentativa de inserção integralista dentro de um aparelho ditatorial e, em última instância, compreenderia um período de vida de Plínio Salgado.

Uma das primeiras, possivelmente a primeira obra a tratar do integralismo após Plínio Salgado como um fenômeno “neo integralista” é de autoria de Natália dos Reis Cruz (Cruz, 2004 e ampliada em 2007 – Cruz, 2007). Embora a autora estabeleça uma interessante análise das mutações e apropriações dos grupos neointegralistas sobre questões como democracia (a defesa da “democracia orgânica”, não representativa), capitalismo, comunismo e sionismo, não é estabelecido um “rasgo” de ordem temporal, delimitação essa que auxiliaria a compreender onde nasce ou começa a se formar o que a autora compreende como neointegralismo. Além disso, embora o texto tenha sido publicado em 2007, inexistem menções a alguns dos grupos e organizações neointegralistas existentes e em disputa, fosse no então tempo presente (FIB, MIL-B e AIR, por exemplo) ou aquelas que as precederam, quiçá por razões e limites editoriais. E, embora faça ressalvas sobre as vicissitudes existentes no que chama de “movimento neointegralista”, a inexistência de uma análise pormenorizada obscurece as particularidades de cada qual organização. A questão do antissemitismo, por exemplo, é manejada de forma bastante diversificada pelos grupos neointegralistas. Enquanto a FIB busca diluir, mascarar ou apagar o antissemitismo histórico, a AIR tenta explicar a questão (inclusive admitindo os “traços” e “equívocos” antissemitas do passado), enquanto o MIL-B intensifica e atualiza o discurso antissemita integralista, todavia mascarando-o sob alcunha de antissionismo. Ao não estabelecer uma definição clara, em última instância permanece a impressão que o neointegralismo seria o integralismo no tempo presente, nada muito além disso. Ainda assim a iniciativa em utilização do termo é bastante proveitosa.

Em 2007, Márcia Regina da Silva Ramos Carneiro finaliza sua tese de doutoramento, intitulada: “Do Sigma ao Sigma – entre a anta, a águia, o leão e o galo – a

construção das memórias integralistas”, que foi o primeiro trabalho de grande fôlego e referência obrigatória sobre o tema (neointegralismo). Todavia, como é possível constatar pelo título do trabalho, o objetivo central da autora não foi trabalhar especificamente os grupos e organizações formadas pelos novos integralistas, mas sim o processo de (re)construção da memória militante. De qualquer modo, a autora traz um rico e detalhado apanhado (inclusive com relatos orais) das diversas fases e cisões integralistas, desde o nascimento da ideologia dos camisas verdes (sintetizado na anta, símbolo do modernismo pré integralista de Plínio Salgado), passando pelo sigma (símbolo da AIB), águia (águias brancas e perrepistas), leão (tentativa de articulação com organizações como Sociedade Brasileira de Defesa da Tradição, Família e Propriedade – TFP, cujo símbolo é o leão rampante), chegando até ao galo Tupã, mascote do MIL-B. Carneiro faz uso da perspectiva geracional para compreensão das diversificações nas expressões integralistas (institucionais ou não). Os integralistas mais recentes seriam a quarta geração, de modo que as outras três gerações seriam: I) os integralistas oriundos da Ação Integralista Brasileira; II) os integralistas partícipes do PRP, CCJ e demais organizações; III) os integralistas atuantes após a morte de Plínio Salgado e, por fim, a quarta geração, qual seria aquela caracterizada pela formação de grupos integralistas sem o cabedal de antigos militantes, e a utilização da infovia como instrumento político (Carneiro, 2011).

Essa divisão geracional busca compreender as permanências e dissonâncias ideológicas, memoriais e políticas durante a trajetória integralista. Para a autora, as principais permanências seriam o desprezo à democracia, o culto à figura de Plínio Salgado e a leitura em defesa do primado do espiritualismo na política. Já as dissonâncias seriam das mais variadas possíveis, muitas delas delineadas anteriormente. A perspectiva geracional aparenta ser adequada como método heurístico, embora os grupos neointegralistas possivelmente se aproveitem dessa “legitimação” geracional (não intencional, necessário frisar), estabelecida pelas produções acadêmicas. No entanto, em se tratando de grupos e organizações diminutas e irrelevantes no plano político nacional – em contraste com suas ambições e enunciados grandiloquentes-, esse reconhecimento é praticamente inevitável, não determinado somente pelo método utilizado pelo pesquisador, e caminha curiosamente *pari passu* às críticas àqueles que

“ousam” analisá-los. Em última instância, o aporte geracional não impede a possibilidade de compreendê-los enquanto neointegralistas, compreensão essa sinalizada mais adiante (Carneiro, 2012), embora de modo não definitivo (vide a utilização do termo neointegralismo entre aspas). Por fim, restaria a dúvida – para a autora, seriam os neointegralistas a quarta ou as terceira e quarta gerações?

Jefferson Rodrigues Barbosa publicou um artigo (Barbosa, 2008) no qual busca analisar a ressurgência de grupos integralistas em um panorama mais amplo e diversificado. No texto, os grupos neointegralistas (o termo é utilizado em referência a Cruz, 2004) são classificados como a terceira fase do movimento, de modo que a 1ª fase seria a Ação Integralista Brasileira (1932-1938), e a segunda fase seria determinada pela existência do Partido de Representação Popular (1945-1965). A divisão em fases referencia, portanto, as principais organizações institucionais e partidárias integralistas (ainda que o neointegralismo não tenha ocorrido em nenhum aparelho do tipo). Embora Barbosa estabeleça uma leitura atenta sobre as diferenciações e disputas entre os principais grupos e militantes neointegralistas, não há uma evidente definição acerca do início do neointegralismo enquanto fenômeno político. O autor sugere (Barbosa, 2009), que o início do neointegralismo seria em fins da década de 1970, o que nos indica, de modo implícito, a compreensão da morte de Plínio Salgado como ponto nevrálgico, ainda que a questão não esteja evidenciada. No entanto, em produções mais recentes, o autor (Barbosa, 2012 e 2013) abandona o termo neointegralismo enquanto desígnio aos atuais militantes e grupos integralistas, ou mesmo daqueles surgidos após 1975, optando pelo termo “integralismo contemporâneo”. Além disso, constrói uma crítica bastante interessante da expressão “neointegralismo”, que merece ser vista com atenção.

A princípio, é necessário ressaltar que as produções mais recentes do autor seguem uma linhagem interpretativa influenciada pela obra de José Chasin (1978- uma das pioneiras nos estudos sobre o integralismo), que busca dissociar a interpretação do integralismo como uma expressão fascista, partindo do princípio interpretativo do fascismo enquanto produto do imperialismo capitalista. Em linhas gerais, para Chasin, o Brasil não teria, nos anos 1930, condições propícias para o surgimento de um movimento de caráter fascista, embora isso não impediria determinadas influências

fascistas no integralismo. Barbosa, segue, portanto, a tradição da busca pela particularidade do integralismo (no sentido lukacsiano do termo, assim como J. Chasin), inclusive em sua fase atual. Dessa maneira, o integralismo contemporâneo é definido como uma autocracia chauvinista regressiva, definição essa compreendida como uma abstração delimitadora. Desse modo, Barbosa indaga sobre qual seria a razão em se falar ou denominar neointegralismo/neointegralistas. Para o autor, apesar das discordâncias e conflitos existentes entre os diferentes grupos integralistas contemporâneos, as premissas básicas e essenciais do integralismo histórico permaneciam resguardadas, restando portanto divergências pontuais entre estratégias e aceções programáticas. Além disso, o autor refuta os neologismos enquanto conceitos explicativos. O neologismo em questão é, claro, o “neointegralismo”. Para Barbosa, os neologismos (do qual o neointegralismo é uma dentre tantas expressões) são popularizados por setores da imprensa, que divulgam produções sobre temas como neofascismo, neonazismo, extrema direita etc, todavia sem que isso acarrete um efetivo rigor científico, embora não se negue a operacionalidade possível. Serviria, portanto, como expressão no âmbito jornalístico e espécie de instrumento para debates e polemização política. Evidencia-se, portanto, a questão: há razão para utilização do termo neointegralismo? Ele é dotado da capacidade heurística e analítica, ou somente um simplificador generalizante?

Neointegralismo ou integralismo contemporâneo?

Afinal, é pertinente falar em neointegralismo? Em que sentido o termo neointegralismo pode auxiliar na compreensão de um fenômeno político hodierno, mas permeado em apelos e premissas evidentemente regressivas? Antes de atentar especificamente sobre o que caracterizaria o neointegralismo em um contexto não endógeno, e portanto inter relacional, é necessário salientar que se compreende o integralismo – em suas variadas expressões, como uma ideologia de direita, por seus primados anti igualitários e pelo desprezo aos princípios de retificação. O integralismo se inseriria, portanto, dentro do escopo diferenciativo delineado por autores como Norberto Bobbio (2001), Steven Lukes (2003), entre outros. Concebe-se, de antemão, que o bi-

nômio esquerda e direita é uma abstração com fins de inteligibilidade da complexidade social, política e histórica, e por serem definidos de modo socialmente reflexivos, portanto cambiantes, estão dispostos de acordo com os contextos nos quais se inserem, podendo variar nas gradações ou elementos constituintes (e dissociativos).

A direita, compreendida como uma família política, pode ser dividida em diversos estratos, de acordo com os parâmetros distintivos utilizados, que podem ser diversos. Habitua-se a estabelecer diferenciações (à direita e à esquerda) de acordo com o autoritarismo e premissas antidemocráticas, entre outras variáveis. É nesse sentido, portanto, que autores como Pippa Norris (2009) e Roger Eatwell (2003) sugerem e estabelecem o contraste entre extrema-direita e direita radical. Em linhas gerais, extrema-direita ficaria definida pela apologia à violência e sobretudo aos sentimentos e enunciados antidemocráticos. Por sua vez, a direita radical é caracterizada e composta por meio grupos, atores e agremiações que estão inseridos e anunciam a adesão às “regras do jogo”, todavia estabelecem críticas ao estado democrático. Essa diferenciação não tem razão somente normativa, mas também analítica. Dispondo os elementos às categorias definidas, é possível observar as redes de relações construídas (e em constante modificação), assim como o modo com o qual um determinado grupo ou organização busca se alocar dentro desse plano, mesmo que renegue a filiação à classificação estabelecida (como é o caso dos integralistas e a condição de direita política).

De fato, não somente as distinções e construções são socialmente reflexivas e cambiantes no tempo e espaço, senão os próprios objetos de estudo, visto que eles podem flutuar, por exemplo, entre a extrema-direita e direita radical etc., em razão de deliberações programáticas, ideológicas, discursivas, e assim por diante. Sendo assim, essa variação não inviabiliza a utilização do modelo distintivo, mas justamente impulsiona historicidade ao termo.

É evidente que os termos “extrema direita” e “direita” implicam ou proporcionam investidas e usos políticos dos mais diversos, inclusive em tonalidades denunciativas. Ademais, meios de imprensa habitualmente fazem uso do termo sem um rigor científico expreso, assim como diversos movimentos sociais, etc. Compreende-se que essa problemática não se restrinja somente a essas noções, mas também a termos

(e não enunciações conceituais) diversos, como o totalitarismo. É necessário, desse modo, compreender que os desusos do termo não implicam necessariamente a inviabilidade da utilização, pois os usos políticos não impedem a política do uso.

Essa questão se insere inclusive no que diz respeito à questão do “neofascismo”, todavia de modo mais complexo. De antemão, enuncia-se aqui a filiação à tradição de estudos que compreendem o integralismo como a mais bem acabada e significativa expressão fascista na história do Brasil; outrossim, o próprio fascismo enquanto fenômeno político, genérico e não incrustado em um só espaço e tempo. Isso não implica automaticamente em um mimetismo absoluto, de modo que o integralismo buscou salientar a especificidade nacional e seu ineditismo político, concomitantemente à construção de relações com diversos movimentos e organizações fascistas ao redor do mundo (Paschoaleto, 2012). Da mesma forma que a inserção ao fascismo internacional auxiliou à concepção e crescimento do integralismo como ideologia política, os estudos sobre o fascismo em âmbito internacional e comparativo auxiliaram, em algum sentido, a melhor problematizar o integralismo enquanto objeto de estudo.

Dessa maneira, advogando-se a existência de um fenômeno neointegralista, e sendo o integralismo o “fascismo brasileiro”, logo seria o neointegralismo um fenômeno tipicamente neofascista. Entretanto, se a problemática dos desusos de termos como direita e extrema-direita torna-se evidente, elas se engendra de modo ainda mais complexo quando se fala em fascismo e neofascismo. A utilização do termo “fascista” como adjetivo de desqualificação política auxilia a enrijecer o debate e a própria utilização, tornando compreensível a não utilização. Todavia enuncia-se novamente a necessidade de compreensão das dissonâncias entre fenômeno político e polemização do termo.

Conforme mostra Michael Mann (2008), há uma diferença substancial entre fascistas (fenômeno político, ou fascismo genérico) e “fascistas!” (adjetivo de desqualificação política). No caso do neofascismo, a utilização pouco criteriosa ultrapassa a arena política, chegando até ao âmbito acadêmico e historiográfico. Dessa maneira, é possível concordar, em parte, com as críticas de James Gregor (2006), quanto ao que o autor chama de incessante busca por um neofascismo pelos pesquisadores, de modo

que o neofascismo assumiria ou encamparia as mais diversificadas roupagens e expressões políticas e culturais. Nesse sentido, a crítica de Gregor é extremamente pertinente. Uma espécie de vulgarização do termo neofascismo possibilitou que se “encontrasse” um certo neofascismo nas mais variadas expressões políticas, desde o radicalismo islâmico até a negação do holocausto, passando por grupos que buscam retomar organizações fascistas ou partidos políticos, de variadas matizes, legalmente estabelecidos em regimes democráticos, entre outros. Embora Gregor parta do princípio de particularidade do fascismo italiano, portanto enrijecendo ou impossibilitando uma perspectiva generalizante (para tal, é particularmente interessante a crítica de Merkl, 2007), o autor traz uma contribuição pertinente, no sentido de se buscar o fascismo no neofascismo ou, em outras palavras, da premissa de existência de algo de fascismo histórico no neofascismo. Dessa maneira, ao se pensar no aspecto militante da questão, ao se buscar algo que remeta, enunciadamente ou não, ao fascismo histórico, aufere-se uma marginalidade ou “guettonização”, sobretudo em regimes democráticos.

É nessa perspectiva, no que condiz à marginalidade política, que o neofascismo é compreendido por Walter Laqueur (1996), como um estilo de vida alternativo, no qual os seus membros (desde militantes organizados até gangues *skinheads*) buscam rejeitar a cultura de massa, preterindo-a aos clássicos escritos patrióticos de seus países, inclusive os cânones fascistas. O culto à juventude (parafraseando Mann, 2008) seria um traço típico entre o fascismo novo e o velho, onde as ideias-forças do primeiro auxiliariam a arregimentar o segundo, em uma variada composição militante, de *skinheads* a negadores do holocausto, passando por aqueles que efetivamente remetem ao fascismo histórico. Não obstante, o neofascismo é constituído além de setores marginalizados (e em alguns locais, absolutamente ilegais) que almejam incessantemente o retorno e reprodução do passado, ou de parte gloriosa dele. Há, também, uma perspectiva que busca aliar o pensamento tradicionalista à atuação metapolítica, conjugando-as a alguns referenciais afeitos ao fascismo histórico.

A absorção do pensamento tradicionalista de autores como Julius Evola (1898-1974), sobretudo na incisiva crítica à modernidade e da perspectiva esotérica de estrato (neo) pagão, estabelece uma complexidade e particularidade ao neofascis-

mo. Não é objetivo estabelecer, aqui, o quanto de pensamento e elementos fascistas existiriam nos escritos de Evola (que, aliás, apesar das aproximações e colaborações com o fascismo italiano, nunca foi uma referência central ou elemento nodal para o fascismo histórico), mas é evidente que os enunciados do autor italiano são retomados por tendências neofascistas, inclusive por aquelas que promulgam a ideia de um eurofascismo, ou então de um eurasianismo⁴.

O primado tradicionalista de Evola seria também reapropriado por diversas experiências da direita após o fascismo, inclusive daqueles que procuram se desvincular da condição (neo)fascista, tal qual a *nouvelle droite*. A nova direita francesa, que tem como tutor e maior expressão o filósofo Alain de Benoist (Sanromán, 2008) afirma-se não fascista - a revelia de uma série de estudos e análises que evidenciam os primados essencialmente fascistas (Sheehan, 1981; Griffin, 2012), e busca, em especial na atuação metapolítica (portanto, teoricamente distante do imediatismo partidário), um “gramscianismo de direita”. Na Rússia, o nacional-bolchevismo (ou, mais adiante, o neo-eurasianismo), em vertente capitaneada por Aleksandr Dugin, busca estabelecer a especificidade da ancestralidade tradicionalista local, delineando intersecções históricas à esquerda e à direita, todavia com premissas evidentemente à direita. O que se busca atentar com essa breve descrição do neofascismo em contexto internacional, é que a premissa da existência de um neofascismo e a utilização do termo não é determinada somente por um neologismo de estrato periodista, tampouco pela ressurgência ou permanência de organizações anacrônicas.

O neofascismo, compreendido como fenômeno político, constitui-se não apenas pela utilização de novas estratégias e meios de divulgação e comunicação (infovia, por exemplo) em razão do apreço e tentativa de ressurgência do fascismo histórico. Em alguns casos, organizações e grupos neofascistas buscam ir além, ao estabelecer

⁴ Sobre a absorção de Evola como intelectual pelos neofascistas, Roger Griffin (2012) sinaliza a relação desse processo para com a configuração de um mundo pós-fascista, no qual o fascismo teria de adquirir novas estratégias e faces. Como mostra Laqueur (1996), o neofascismo enquanto modo de vida alternativo se aproxima e apropria do pensamento evoliano, visando estratégias e articulações políticas diversificadas, onde a recusa da modernidade do pensamento de Evola será eminente elemento da engrenagem neofascista. Ademais, Riccardo Marchi (2011) demonstra como os escritos e atuação de Evola na Itália pós-fascista foram circunstanciais para a concepção do neofascismo naquele país, inclusive em organizações autoproclamadas neofascistas (*Movimento Sociale Italiano*) ou pós-fascistas (*Alleanza Nazionale*).

atualizações doutrinárias e discursivas das mais diversas, inclusive pela possibilidade proporcionada pelas grandes rupturas no seio de cada qual movimento, organização ou país (que podem ser tomadas inclusive pelo falecimento de suas principais lideranças historicamente estabelecidas).

A percepção dessa dinâmica pelos próprios neofascistas sugere também a especificidade do fenômeno. É algo mais complexo que o simples reavivamento de organizações históricas preexistentes. A incidência e repetição de padrões e práticas (tal qual a “absorção” de *skinheads* – Cotter, 2004), em várias localidades e experiências institucionais, sugere que há a compreensão da possibilidade de enlaces entre específicos membros da extrema-direita e seus respectivos grupos e organizações. Por mais que se afirme a perspectiva genealógica - histórica entre esses grupos, determinados nuances estabelecem a possibilidade de chamá-los de neofascistas, visto que o processo descrito não se trata somente de uma inércia reprodutiva do fascismo internacional e histórico dos anos 1930. São esses nuances do neofascismo internacional que auxiliam a compreender a possibilidade em denominar neointegralistas os integralistas em atuação após a morte de Plínio Salgado.

Um aspecto preponderante para a consolidação do neofascismo enquanto fenômeno político foi o desaparecimento (falecimento, mudança de perspectiva política) de antigas principais lideranças fascistas, propiciando assim a ocorrência de novas investidas e perspectivas político-ideológicas. Desse modo, apesar de provavelmente indesejada, a morte veio a calhar às novas práticas. No tocante ao integralismo brasileiro, se comparado, no aspecto temporal, a outras principais lideranças fascistas (nacional-socialismo e fascismo italiano, em especial) Plínio Salgado foi uma relativa exceção, visto que veio a falecer exatas três décadas após o fim da segunda grande guerra. Tomando a ruptura da morte como uma das possibilidades para o nascimento neofascista, o integralismo é um caso relativamente divergente dos principais referenciais fascistas históricos pois, ainda que o integralismo tenha vivido várias roupagens pós-AIB, a prática do silenciamento das reminiscências fascistas foi uma dinâmica constante até a morte de Plínio Salgado, o que permite compreender enquanto estratégia auferida ou legitimada pelo próprio líder dos “camisas-verdes”. O que se viu após o falecimento de Salgado foi a contínua (embora diversificada) ten-

tativa da retomada de alguns pressupostos e elementos do passado fascista, isto é, em especial do integralismo de 1932 a 1938. E embora a negativa do caráter enunciativo fascista se faça um dos pilares do discurso neointegralista, os elementos que atestavam a identidade fascista ao integralismo dos anos 1930 estiverem presentes, em diversas intensidades, logo após 1975 e até os dias atuais.

Ao contrário da outrora unidade estabelecida em Plínio Salgado, a conjuntura neointegralista é marcada por dissonâncias militâncias e ideológicas, ou mesmo daquelas de razão estratégica. Essa dinâmica, ao que tudo indica nascida no bojo da disputa entre a militância afeita à atuação institucional *versus* setores em busca da conservação (quase imaculada) da memória militante, ganhou contornos mais aprofundados ao passar dos anos, em muito devido às estratégias e dinâmicas neointegralistas comum à diversidade do neofascismo.

Embora o processo da tentativa de absorção da gangues e coletividades *skinheads* (ou os autointitulados “carecas”) não deva ser vista como um estrategismo neofascista estabelecido e reivindicado pelos remanescente camisas verdes, evidencia o nascimento das similaridades de visão de mundo e estratégias de atuação e difusão ideológica. A Ação Integralista Brasileira de Anésio Lara tentou, por diversos meios, *cooptar* os agrupamentos *skinheads* no Brasil. O Parnaso, também liderado por Anésio, buscava, além da cooptação *skinhead*, algo que se aproximava àquilo que Laqueur (1996) chamaria de neofascismo enquanto “estilo de vida alternativo”, visto que propunha a conjugação da militância de extrema-direita, inserção de discursos atualizados, formação de milícias e abstinência sexual em busca de um ideal maior. A inserção de novas práticas, ou atualização de antigos referenciais ideológicos se fez notar desde o princípio das tentativas de reorganização institucional integralista, em especial nas efêmeras siglas fundadas por Anésio Lara. O negacionismo, por exemplo, trouxe um novo elemento ao ancestral e histórico antissemitismo integralista. A questão do negacionismo antissemita no neointegralismo suscita algumas questões, como o próprio arcabouço histórico do movimento. A bibliografia sobre o tema (antissemitismo) atesta que o integralismo foi o principal produtor e veiculador de um antissemitismo político na história brasileira, em especial na figura de sua segunda maior liderança, Gustavo Barroso. No entanto, o próprio Plínio Salgado houvera cri-

ticado o radicalismo antissemita de Barroso. Mesmo que essa questão fosse paradigmática sobre a disputa interna de poder no integralismo dos anos 1930, mostra que não era um elemento central e inequívoco aos demais intelectuais integralistas.

A retomada do antissemitismo, adicionando novos elementos, em especial a sistemática relativização e negação do holocausto, estabelece uma apropriação digna de um integralismo sem a liderança de Plínio Salgado. Não se objetiva estabelecer, aqui, uma leitura típica da história contrafactual, mas é possível supor que haveria, em algum sentido, a possibilidade de uma recusa ou efetivo manejo de Plínio Salgado face ao antissemitismo integralista em sua primeira expressão institucional, como de fato se deu nas organizações integralistas surgidas após 1938. O antissemitismo de Gustavo Barroso e demais camisas-verdes foi sistematicamente *apagado* (ou silenciado) nos anos que se seguiram à primeira AIB, de modo que a apropriação e renovação desse discurso e prática preconceituosa estabeleceu um ponto tensional na militância neointegralista – e portanto uma característica imanente ao próprio neointegralismo. Dessa maneira, conforme enunciado anteriormente, os mais recentes grupos neointegralistas divergem sobre o antissemitismo do integralismo histórico, enquanto uns buscam admitir os “equivocos”, outros o diluem ou então intensificam suas práticas. Além de novas práticas e atualizações discursivas, o neointegralismo como fenômeno político trouxe a valoração diferenciada face aos teóricos do integralismo dos anos 1930 – em outras palavras, determinados grupos dimensionam a radicalidade antissemita da corrente *barrosiana*, conquanto outros se atentam ao primado conservador de Plínio Salgado.

A aproximação com *skinheads*, negacionismo, ou mesmo a utilização da infovia estabelecem, desde as primeiras tentativas de reorganização institucional integralista, o aspecto “novo” do neointegralismo (ou do próprio neofascismo de modo genérico), pois a iniciativa em reviver o fascismo brasileiro dos anos 1930 necessitava, seja por razões ideológicas, políticas ou estratégicas, da modernização ou atualização, inclusive para não gerar um aspecto primordialmente anacrônico. Resta, no entanto, a questão: se o neointegralismo seria uma das principais expressões neofascista no Brasil, como os neointegralistas enxergariam o contexto neofascista internacional e suas modulações?

Ao que tudo indicia, o início da utilização da infovia delegou não somente a articulação entre integralistas em todo Brasil, mas também proporcionou que os neointegralistas tomassem conhecimento e contato do neofascismo internacional, inclusive ao se buscar possibilidades interlocutórias. No ano de 1999, portanto momentos antes de retomada das iniciativas institucionais neointegralistas, dois veículos militantes reproduziram a declaração de princípios da *International Third Position* (ITP), em meios virtuais e físicos: o periódico “Idade Nova” (Carneiro, 2012) e o *website* “Páginas de Combate”⁵. A *International Third Position* (Blamires & Jackson, 2006), foi fundada a partir da cooperação entre dissidentes do *British National Front*, uma das principais organizações neofascistas britânicas, juntamente a Roberto Fiore, antiga proeminência neofascista italiana (membro do partido *Forza Nuova*) então exilado na Inglaterra, devido a atividades políticas ilegais. A declaração de princípios da ITP trazia uma série de elementos que remetiam ao fascismo histórico, procurando estabelecer caráter hodierno aos primados enunciados. Desse modo, além da negativa ao materialismo, liberalismo, capitalismo e modernidade, tal documento criticava o *new age* e o sionismo político (todavia como estratégia de dissimulação para disseminação antissemita).

Embora tivesse um enunciado ambicioso, buscando ser uma evidente terceira posição frente ao socialismo e ao capitalismo (e, discursivamente, contra a esquerda e a direita), a ITP sucumbiu ao gueto político neofascista – ou mesmo dentro dele, existindo até o ano de 2001, quando se transformou em *England First Party* e se inseriu ao *European National Front*, junto a demais partidos políticos, como o NPD (*Nationaldemokratische Partei Deutschlands*, Alemanha), Partido Nacional Renovador (Portugal), Aurora Dourada (Grécia), etc. A efemeridade da ITP e a inexistência de experiência institucional neointegralista em meados de 1999 foram, possivelmente, fatores cruciais para a não consolidação de enlaces e colaborações incisivas. E adiante, face à formulação e adesão ao *European National Front*, a constituição de uma visão política absolutamente eurocêntrica (ou, em outros termos, ambiciosamente eu-

⁵ Disponível em: <<http://members.xoom.com/integralismo/itp10points.html>> (acesso em 27 abril de 2014). O *site*, atualmente *offline*, foi resguardado e acessado mediante plataforma *Internet Wayback Machine*, que permite navegação “retroativa” <<http://web.archive.org>>.

rofascista), embora transnacional, teria sido um evidente obstáculo possível a diálogos ultramarinos.

Ao início do século XXI, e a partir da intensificação do processo de institucionalização neointegralista, é possível constatar a ocorrência de movimentação em sentido ao neofascismo internacional, com centralidade prática na Frente Integralista Brasileira, visto que o MIL-B tem uma atuação restrita aos limites nacionais (e do integralismo histórico, ainda que imersos e releituras e atualizações), e a AIR aparentemente cessara as (poucas) atividades por volta do ano de 2009. É significativo que, no primeiro pronunciamento oficial da Frente Integralista Brasileira, ocorra uma citação a Alain de Benoist, embora sem maiores implicações ideológicas (Silveira, 2004). Adiante, em “O Integralismo no Século XXI e a Questão Social” (Silveira, 2009), o então presidente da FIB (Marcelo Baptista da Silveira) estabelece uma síntese histórica do integralismo, buscando dissociar da condição fascista, em especial pela especificidade do conservadorismo cristão na ideologia do sigma. Além disso, para Silveira, o integralismo estaria distante de um pensamento tradicionalista regressivo, que por sua vez seria aproximável ao “modelo de tradicionalismo *neopagão* e radical de Julius Evola”. A partir da crítica evoliana ao cristianismo enquanto “elemento de degenerescência e decadência” (Silveira, 2009: 19), torna-se implícita a perspectiva do enunciado de incoerência entre o pensamento integralista, o fascismo italiano, o nazismo e, de modo atualizado, ao neofascismo de inspiração evoliana. Em certo sentido, essa perspectiva crítica segue a busca pela especificidade integralista desde os anos 1930, inclusive nos escritos dos principais teóricos integralistas daquela época, que buscavam o ineditismo integralista e nacional, contra as *acusações* de mimetismo fascista internacional.

Todavia, ao fim da presidência de Marcelo Silveira na FIB (2004-2007; 2007-2009), o cargo passa a ser assumido por Victor Emanuel Vilela Barbuy (2009 – atualidade), que dá início à aproximação entre alguns elementos do pensamento evoliano e o integralismo de Plínio Salgado. Em 2009, primeiro ano da presidência de Barbuy, ocorre também o processo de organização do I Encontro Nacional Evoliano, ocorrido em João Pessoa/PB, em 2010. Em texto intitulado “Julius Evola e o 'Tradicionalismo Integral'”, Barbuy (2009) estabelece uma síntese da trajetória e do pensamento

evoliano, ressaltando o ônus da infovia para a divulgação de um autor até então pouco conhecido no Brasil. Para Barbuy, o pensamento evoliano seria essencialmente revolucionário, no sentido em que se compreende revolução enquanto uma revolta que determina um retorno ao estado inicial das coisas. Desse modo, para Barbuy, a noção de revolução e tradicionalismo em Julius Evola se assemelhariam ao “maior expoente do pensamento tradicionalista no Brasil” - Plínio Salgado. Na tentativa em estabelecer uma leitura associativa entre Plínio Salgado e Julius Evola, Barbuy lamenta que Evola nunca houvera compreendido “o verdadeiro significado do Cristianismo, da Família, da Nação”, elementos essenciais da doutrina integralista e, de fato, elemento dissociativo evidente entre os postulados dos dois autores. Apesar dos “equivocos” delineados por Barbuy, o ônus do pensamento evoliano seria, em especial, a recusa à modernidade e suas expressões - liberal-democracia, mediocridade burguesa, comunismo, coletivismo, etc. No texto “A verdadeira Revolução” (Barbuy, 2010), o autor repete a associação entre o pensamento *revolucionário* de Julius Evola e a noção de revolução integralista em Plínio Salgado (em especial na obra “Psicologia da Revolução”). O “homem integral” de Plínio Salgado se assemelharia, pelo primado revolucionário supracitado, ao “homem tradicional” delineado por Evola.

Nota-se, portanto, a iniciativa em estabelecer um diálogo do pensamento integralista de Plínio Salgado para com o pensamento de um autor referencial a determinados setores do neofascismo em âmbito internacional. Cumpre ressaltar que ambos textos foram publicados no *website* dedicado aos encontros nacionais evolianos, que ocorrem anualmente, desde 2010, e que já contaram inclusive com participação de Aleksandr Dugin (III Encontro, 2012), figura máster do neo eurasiatismo, ladeado a Victor Barbuy. Tal qual evidenciado no título do evento, os conferencistas e demais presentes buscam discutir razões, deliberações e leituras das obras de Julius Evola. Alguns desses textos são republicados no *site* oficial da Frente Integralista Brasileira, na íntegra (“A verdadeira revolução”) ou de modo complementar e atualizados, com enfoque na doutrina do sigma (Barbuy, 2012). É possível constatar, portanto, que o neointegralismo da FIB constitui um aspecto de atualização, inclusive de sua própria constituição e trajetória interna – a inicial crítica ou recusa ao

primado evoliano fora substituída por uma aproximação analítica (quicá ideologica) entre Evola e Salgado. Embora não estabeleça dissídios na doutrina integralista dos anos 1930, proporciona modificações interpretativas dimensionadas pela conjuntura do neofascismo em escala internacional.

A perspectiva *internacionalizante* da FIB não se encerra somente na tentativa de contato com as leituras “neofascistas” de Julius Evola. Por meio da Secretaria de Relações Internacionais (e do secretário Alexandre Villacian), a FIB têm buscado construir relações com organizações e grupos representativos da extrema-direita e neofascista em diversos países do mundo, como a *Nation* (Bélgica francófona), a nova *Action Française* (França) e o MSR (Movimiento Social Republicano, Espanha), na Europa. Na América do Sul, buscam intensificar relações com a *Orden (Organización de Estudiantes Nacionalistas*, Venezuela), e na Argentina, com o *Movimiento pela Identidad Nacional* e o *Partido Popular de la Reconstrucción* (PPR), organizações ideologicamente inspiradas no ex-coronel carapintada Mohamed Alí Seineldín⁶.

Além das perspectivas de relações interinstitucionais com organizações que, certa maneira, se aproximam ideológica e politicamente ao neointegralismo promulgado pela FIB, verifica-se a aproximação à via metapolítica (na acepção delineada em especial pela *nouvelle droite*), particularmente com a teoria do dissenso formulada pelo filósofo argentino Alberto Buela⁷. A perspectiva metapolítica de Buela, permeada pela compreensão do homem ibero-americano como o amálgama entre o tradicionalismo cristão europeu e a ancestralidade indígena ibérica, estabelece a possibilidade de uma adaptação não mimética a uma via metapolítica essencialmente eurocêntrica. Notadamente, uma preocupação historicamente presente no integralismo, inclusive em sua primeira experiência institucional.

Considerações

⁶ Cf. “Nacionalismo no Mundo: NATION!” (<http://www.integralismo.org.br/?cont=781&ox=175>), “Nacionalismo no Mundo: ORDEN!” (<http://www.integralismo.org.br/?cont=781&ox=211>), “Integralismo: intercâmbio na Europa” (<http://www.integralismo.org.br/?cont=780&ox=132>) e Villacian, 2012:06.

⁷ Cf. “Nacionalismo no Mundo: Alberto Buela e a teoria do dissenso”. Disponível em: <http://www.integralismo.org.br/?cont=781&ox=270>

Proporciona-se, portanto, intitular esse integralismo pós 1975 de neointegralismo? De alguma maneira, é possível concordar com Jefferson Barbosa (2012 e 2013), quando se afirma que não há um movimento de abrupta atualização dogmática nos atuais grupos integralistas. No entanto, essa não modificação é um elemento básico para a compreensão e autorreconhecimento desses grupos enquanto integralistas. Sem dúvida, o neointegralismo não se trata de uma ideologia política nova, mas sim de um fenômeno político que compreende o integralismo dos anos 1930, a atuação integralista na atualidade e a visão de mundo e estratégias típicas do neofascismo em escala internacional. A partir do momento em que se compreende a possibilidade em se afirmar a existência de um fenômeno neofascista, possibilita-se enunciar o que compreende-se, aqui, como neointegralismo.

Desde 1975 até o tempo presente, diversos militantes e siglas integralistas divergem entre si, pelos mais diversos fatores. Se há uma concordância indelével no emaranhado múltiplo de siglas neointegralistas existentes, efêmeras e persistentes, é a obediência a Plínio Salgado e o culto ao sigma integralista de AIB dos anos 1930. Isso, no entanto, não implica na obediência absoluta e reprodução perfeita (anacrônica e inalterável) dos moldes integralistas de 1932 a 1938. É possível observar, conforme delineado, que uma série de rupturas e novas práticas são estabelecidas e proporcionadas a partir de um elemento chave: a *passagem* de Plínio Salgado às “milícias do além”. Afora a disputa de poder entre aqueles que se julgam herdeiros ou representantes de uma antiga liderança política (fator incrustado ao campo político, inclusive), os neointegralistas adicionam novas práticas, discursos, estratégias e enlaços institucionais. Como demonstrar que, após a morte de Salgado, integralistas se digladiam em torno da aceitação do antissemitismo que lhes era próprio décadas atrás? Além disso, como denominar um contexto no qual um grupo (MIL-B) busca conjugação com a maçonaria, que houvera sido historicamente rechaçada pelo integralismo e por demais grupos neointegralistas?

O simples fato da ocorrência da utilização de novas tecnologias (principalmente a infovia) não é, aparentemente, um elemento cabível para se denominar ou caracterizar o neointegralismo, tampouco um tal “ciberintegralismo” (Dotta, 2012), visto a obviedade das implicações entre o mundo real e o ciberespaço. O neointegra-

lismo, conforme mostrado, se constituiu por uma série de grupos que buscam leituras e avaliações dissonantes (entre si) face à doutrina do sigma, ainda que essa teoricamente permaneça imaculada. A consolidação de uma ruptura, qual seria a morte de Plínio Salgado, e as tentativas e estratégias de fuga da “guettonização” histórica, conferem ao neointegralismo àquilo que Walter Laqueur (1996) classifica como “estilo de vida alternativo”, conjugando antigos referenciais, novas práticas e elementos diversos. Além disso, é possível conceber, inclusive pelas estratégias mais recentes, que o próprio neointegralismo (em especial a FIB), busca se adequar e garantir espaço ao que Roger Griffin (2012) denomina enquanto mundo pós-fascista, caminhando para uma perspectiva hodierna, ao menos no sentido que o neofascismo lhe confere.

O neointegralismo, dessa maneira, pode ser compreendido não como um neologismo fruto de midiaticização ou de possíveis modismos acadêmicos, mas a tentativa de construir/aplicar um termo que implica a inteligibilidade de um fenômeno mais complexo e conflituoso. O integralismo após Plínio Salgado é não somente um integralismo contemporâneo, senão várias linhagens organizacionais interpretativas – conflitantes entre si e nelas próprias. Portanto, nessa conjuntura, há a suposição da validade e vitalidade do termo “neointegralismo”, tanto do ponto de vista heurístico quanto simplificador, pois confere a capacidade de síntese e auxilia a realçar, caso bem manejado (inclusive na necessidade de estabelecimento de temporalidade do objeto), o conflito que se dá no bojo desse neointegralismo, o integralismo após a morte de Plínio Salgado.

Referências bibliográficas

ALMEIDA, Alexandre de. (2004) *Skinheads: “os mitos ordenados” do Poder Branco paulista*. Dissertação (Mestrado em Antropologia), Pontifícia Universidade Católica de São Paulo.

AMORIM, Galeano. (1989) Neonazistas estão de volta às ruas. In: *O Estado de São Paulo*, 19 de abril de 1989.

BARBOSA, Jefferson Rodrigues. (2008) Ideologia e intolerância: a extrema-direita latino-americana e a atuação no Brasil dos herdeiros do Eixo. In: *Aurora (UNESP Marília)*, v. II, p. 02-11.

---. (2009) Entre milícias e militantes (IV): neointegralistas ou integralismo contemporâneo. In: *Passa Palavra*. Disponível em: <<http://passapalavra.info/>>.

---. (2012) *Integralismo e ideologia autocrática chauvinista regressiva: críticas aos herdeiros do sigma*. Tese (Doutorado em Ciências Sociais), Universidade Estadual Paulista (Unesp, Marília).

---. (2013) Intelectuais do Sigma e o integralismo contemporâneo – os herdeiros de Plínio Salgado. In: *Boletim Tempo Presente (UFRJ)*. Disponível em: <<http://www.temppresente.org>>.

BARBUY, Victor Emanuel Vilela. (2009) *Julius Evola e o “Tradicionalismo Integral”*. Disponível em: <<http://encontronacionalevoliano.com.br/?p=13>>.

---. (2010) *A verdadeira Revolução*. Disponível em: <<http://encontronacionalevoliano.com.br/?p=36>>.

---. (2012) *Espírito burguês e espírito nobre*. Disponível em: <<http://www.integralismo.org.br/?cont=781&ox=195>>

BEIRED, José Luis Bendicho Beired. (1999) *Sob o Signo da Nova Ordem: intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina*. São Paulo: Edições Loyola.

BERTONHA, João Fábio. (2010) *Bibliografia orientativa sobre o integralismo (1932-2007)*. São Paulo: Funep.

---. (2014) *Integralismo: problemas, perspectivas e questões historiográficas*. Maringá: Editora da Universidade Estadual de Maringá (no prelo).

BLAMIRE, Cyprian P. & JACKSON, Paul. (2006) *World fascism: a historical encyclopedia*. Santa Barbara: ABC Clío.

BOBBIO, Norberto. (2001) *Direita e esquerda: razões e significados de uma distinção política*. 2ª ed. São Paulo: Editora Unesp.

CALDEIRA NETO, Odilon. (2011a) *Integralismo, Neointegralismo e Antissemitismo: entre a relativização e o esquecimento*. Dissertação (Mestrado em História), Universidade Estadual de Maringá.

----. (2013) Gustavo Barroso e o esquecimento: integralismo, antissemitismo e escrita de si. In: *Cadernos do Tempo Presente*, n.º. 14, out/dez., pp. 44-56.

---. (2011b) Miguel Reale e o integralismo: entre a memória militante e as disputas políticas. In: *Revista Espaço Acadêmico*, n.º. 126, pp. 178 – 186.

CALIL, Gilberto Grassi. (2010) *Integralismo e Hegemonia Burguesa: a intervenção do PRP na política brasileira (1945-1965)*. Cascavel: Editora da Universidade Estadual do Oeste do Paraná.

CARNEIRO, Márcia Regina da Silva Ramos. (2007) *Do Sigma ao Sigma – entre a anta, a águia, o leão e o galo – a construção das memórias integralistas*. Tese (Doutorado em História), Universidade Federal Fluminense.

---. (2011) Alguns temas delicados – o “novo” integralismo e a interpretação do passado e do presente a partir do *Alerta*. In: Anais – XXVI Simpósio Nacional de História, ANPUH, São Paulo, p. 1-16.

---. (2012) Uma velha novidade: o integralismo no Século XXI. In: *Boletim Tempo Presente (UFRJ)*, Disponível em: <<http://www.temppresente.org/>>

CHASIN, J. (1978) *O integralismo de Plínio Salgado: forma de regressividade do capitalismo hiper-tardio*. São Paulo: Ciências Humanas.

COTTER, John M. (2004) Sound of Hate: White Power rock and roll and the neo-Nazi skinhead subculture. In: GRIFFIN, Roger & FELDMAN, Matthew (orgs.). *Fascism: Critical concepts in Political Science*. New York: Routledge.

COSTA, Márcia Regina da. (2000) *Os Carecas do Subúrbio: caminhos de um nomadismo moderno*. São Paulo: MUSA.

CRUZ, Natália dos Reis. (2007) A ideologia do Sigma hoje – Neo-integralismo, intolerância e memória. In: *História: Questões & Debates (UFPR)*, Curitiba, n. 46, p. 113-138.

---. (2004) Neo-integralismo. In: SILVA, Francisco Carlos Teixeira da. (org.). *Enciclopédia de Guerras e Revoluções do Século XX*. Rio de Janeiro: Elsevier, p. 610-612.

DOTTA, Renato Alencar. (2012) Um esboço necessário sobre a trajetória do integralismo brasileiro – da AIB ao Ciberintegralismo (1932 a atualidade). In: *Boletim Tempo Presente (UFRJ)*. Disponível em: <<http://www.temppresente.org/>>.

DREIFUSS, René. (1989) *O jogo da Direita*. Rio de Janeiro: Editora Vozes.

- EATWELL, Roger. (2003) Ten theories of the extreme right. In: MERKL, Peter. *Right-Wing Extremism in the Twentty First Century*. London: Frank Cass.
- FAGUNDES, Pedro Ernesto. (2012) Morte e memória: a necrofilia política da Ação Integralista Brasileira (AIB). In: *Varia Historia*, vol. 28, n°. 48, pp. 889-909.
- GONÇALVES, Leandro Pereira. (2012) *Entre Brasil e Portugal: trajetória e pensamento de Plínio Salgado e a influência do conservadorismo português*. Tese (Doutorado em História). Pontifícia Universidade Católica de São Paulo.
- GREGOR, Anthony James. (2006) *The search for Neofascism: the use and abuse of social science*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GRIFFIN, Roger. (2012) Studying Fascism in a Postfascist Age. From new consensus to New Wave? In: *Fascism: Journal of Comparative Fascist Studies*. V. 1, N° 1, pp. 1-17.
- KUSHNIR, Beatriz. (2012) *Cães de guarda: jornalistas e censores, do AI-5 à Constituição de 1988*. São Paulo: Boitempo.
- LAQUEUR, Walter. (1996) *Fascism: Past, Present, Future*. Oxford: Oxford University Press.
- LIMA, Delcio Monteiro de. (1980) *Os senhores da Direita*. Rio de Janeiro: Edições Antares, 1980.
- LUKES, Steven. (2003) Epilogue: the grand dichotomy of the twentieth century. In: BALL, Terence & BELLAMY, Richard (orgs.). *The Cambridge History of Twentieth-Century Political Thought*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 606-626.
- MANN, Michael. (2008) *Fascistas*. São Paulo: Editora Record.
- MARCHI, Riccardo. (2011) Movimento Sociale Italiano, Alleanza Nazionale, Popolo della Libertà: do neofascismo ao pós-fascismo em Itália. In: *Análise Social*, V. XLVI (201), pp. 697-717.
- MERKL, Peter. (2007) Missing the Neofascist Forest. In: *International Studies Review*, Vol. 9, N° 3 (Autumn), pp. 531-533.
- NEHAB, Werner. (1988) *Anti-semitismo, integralismo, neo-nazismo*. Rio de Janeiro: Livraria Freitas Bastos.
- NORRIS, Pippa. (2009) *Derecha radical: Votantes y partidos políticos en el mercado electoral*. Madrid: Ediciones Akal.

PASCHOALETO, Murilo. (2012) *O integralismo e o mundo: uma análise das percepções internacionais do integralismo a partir do jornal A Ofensiva (1934-1938)*. Dissertação (Mestrado em História), Universidade Estadual de Maringá.

SANROMÁN, Diefo Luis. (2008) *La Nueva Derecha: Cuarenta años de agitación metapolítica*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

SHEEHAN, Thomar. (1981). Myth and Violence: The Fascism of Julius Evola and Alain de Benoist. In: *Social Research*, Spring, v. 48, N. 1, pp. 45 - 59.

SILVEIRA, Marcelo. (2004) *Integralismo histórico e o integralismo do século XXI*. Disponível em: <<http://www.integralismo.org.br/?cont=42>>.

SILVEIRA, Marcelo. (2009) *O Integralismo no Século XXI e a Questão Social*. Disponível em: <<http://www.integralismo.org.br/?cont=59&ox=2>>

TRINDADE, Hélgio. (1994) O radicalismo militar em 64 e a nova tentativa fascista. In: SOARES, Gláucia Ary D & D'ARAÚJO, Maria Celina (orgs.). *21 anos de regime militar: balanços e perspectivas*. Rio de Janeiro: Editora da FGV.

---. (1974) *Integralismo: o fascismo brasileiro na década de 30*. Rio de Janeiro: Difel.

VILLACIAN, Alexandre. (2012) Belgas e espanhóis felicitam a FIB pelos oitenta anos de luta do movimento integralista. In: *Ação!*, nº 08, p. 06. Disponível em: <<http://www.integralismo.org.br/acao/pdf/2012-ACFIB-008.pdf>>.

¿Cómo citar a este artículo?

CALDEIRA NETO, Odilon, “Integralismo contemporâneo ou Neointegralismo? Sobre a viabilidade e possibilidades de uma definição”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 82-112. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

OCTAVIO PAZ: UM INTELLECTUAL À DIREITA?

Priscila Dorella

É conhecido que após a Revolução Mexicana, o México foi completamente reestruturado, fundamentalmente, em termos de administração pública com a criação de uma nova constituição (1917), novos ministérios e prioridades. Muitos intelectuais, principalmente os vinculados às ideologias de esquerda participaram da reconstrução do país a partir das demandas revolucionárias. Diego Rivera, Lombardo Tolledano, José Revueltas, Alfonso Reyes, Juan Rulfo, Carlos Fuentes são alguns exemplos ilustres. O governo Lázaro Cárdenas (1934-1940), vinculado ao Partido Revolucionário Institucional (PRI) deu muitos estímulos para o forte envolvimento dos intelectuais com a ideologia nacionalista e o poder público, seja por meio da educação, da arte ou mesmo da carreira diplomática. É possível afirmar que quase todos os intelectuais mexicanos, ao longo do século XX, estiveram associados de uma forma ou de outra à administração pública. Não havia, até meados do século XX, segundo disse Octavio Paz e tantos outros intelectuais, um lugar para uma prática profissional exclusivamente privada de modo que grande parte da história da elite intelectual mexicana é também a história da própria burocracia estatal.

O prestígio alcançado por esses intelectuais - que passaram a controlar todo o esquema de qualificação com atuações nos centros universitários, publicações em jornais e revistas, entrevistas para rádio e televisão, e inserção expressiva nos projetos editoriais -, gerou-lhes uma posição de real importância na sociedade, e passou, ao mesmo tempo, a representar com suas críticas político-sociais, um perigo à legitimidade estatal. O caso do poeta e ensaísta mexicano Octavio Paz é bastante conhecido e emblemático. Paz serviu a diplomacia mexicana e renunciou a ela, em 1968, quando passou a discordar das medidas autoritárias do governo. O impacto de seu gesto na sociedade e o reconhecimento moral adquirido tanto da comunidade inter-

nacional quanto de muitos intelectuais mexicanos concedeu a ele o domínio da comunicação acerca das interpretações possíveis sobre o seu país e o direito de proclamar os objetivos culturais do Estado, mesmo estando oficialmente afastado dele.

A problemática crítica de Paz aos intelectuais de esquerda no México

Paz escreveu muito nos seus ensaios políticos sobre o papel dos intelectuais mexicanos como uma força crítica fundamental da sociedade, uma espécie de “fermento político e moral da idade moderna” (GRENIER, 2001:218). Em 1950, no livro *El laberinto de la soledad*, o poeta chamou atenção para a ideia de que quando os intelectuais mexicanos serviam ao governo, dificilmente conseguiam adotar uma postura crítica, muitos inclusive renunciavam, a seu ver, ao papel de ser consciência crítica. (GRENIER, 2001:314) Em 1970, logo que renunciou ao cargo de diplomata, publicou no livro *Posdata* essa ideia ao sustentar de maneira ainda mais radical a noção de que o intelectual, para exercer a sua função com independência crítica deveria se afastar do Estado e do poder se desvinculando de alianças e proteções oficiais. No polêmico artigo *El escritor y el poder*, publicado em 1972 na revista *Plural*, Paz assinalou: “Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia. Ni el sillón del consejero del Príncipe ni el asiento en el capítulo de los doctores de las santas Escrituras revolucionarias” (GRENIER, 2001:321).

No entanto, como se sabe, apesar de ter renunciado ao cargo de diplomata, ele contribuiu no princípio dos anos de 1970 com a formação do *Partido de los Trabajadores Mexicanos*, manteve publicamente, a partir dos anos de 1980, amizades com presidentes mexicanos, foi homenageado oficialmente pelo Estado em seus aniversários e fez parte do júri, entre o final de 1980 e início de 1990, de um expressivo órgão do governo que definia os investimentos culturais do país – CONACULTA. O historiador mexicano Aguilar Camín, em um artigo crítico a respeito de Paz declarou que a sinceridade de suas convicções não evitava “que el verdadero rostro de su trabajo

crítico, independiente del Príncipe y sus burocracias, termine siendo acrítico partidario del gerente y sus exacciones, así como de sus desembozados pistoleros ideológicos”.

No final desses anos de 1970, Paz já havia conquistado um expressivo poder como formador da opinião pública, e garantido a sua “independência” financeira em relação ao Estado, principalmente graças aos prêmios literários, aos investimentos de empresas privadas na revista *Vuelta*, fundada e dirigida por ele, à venda de livros por diversas editoras e à participação em programas televisivos como os produzidos pela Televisa (*Conversaciones con Octavio Paz, México en la obra de Octavio Paz* etc.). Em entrevista ao escritor Fernando Savater, no ano de 1979, ficou clara a sua visão em relação à sua própria importância social, no México: “Se le vigila, se le exige, se le insulta: hoy, en México, escribir, pensar, crear, significa siempre, de un modo u otro, afrontar a Paz” (RODRIGUEZ LEDESMA, 1996:180).

Essa postura incisiva somada à resistência que passou a ter em relação aos intelectuais de esquerda no México que defendiam a revolução, o engajamento político e o dogmatismo contribuiu para o difícil diálogo com essa vertente política, pois considerava que era necessário que as esquerdas incorporassem a democracia como um valor político. Persistir na revolução, na transformação radical da sociedade, no efeito positivo das guerrilhas, não levaria, a seu ver, ao diálogo profícuo, ao respeito pela divergência de opinião e à liberdade de expressão, enfim não conduziria à democracia. Quando perguntado sobre quais eram as necessidades dos intelectuais mexicanos de esquerda, ele respondeu que era “ir à escola da democracia”, ou seja, realizar, além da crítica às experiências revolucionárias de Cuba e da Nicarágua, a modernização de suas plataformas políticas (GRENIER, 2011:344).

O resultado foi uma série de críticas recebidas a partir dos anos de 1970, como as de Aguilar Camín, Carlos Monsiváis e Arnaldo Córdova, sobre a interpretação simplista de Paz ao tratar do papel dos intelectuais mexicanos e das esquerdas sem considerar suas críticas e transformações, inclusive de adesões à democracia. Monsiváis (2000:90) criticou o fato de Paz ver as esquerdas como um “bloco coerente”, o que para ele era um equívoco porque eram formadas, no México, por vários ramos

como a esquerda comunista, revolucionária, utópica, nacionalista, indigenista, intelectual e, inclusive, a democrática, que tinham em comum basicamente a justiça social, a oposição ao imperialismo e as críticas a certas condutas burocráticas e corruptas do PRI. Em 1978, Aguilar Camín publicou, mais uma vez, um artigo denominado “O apocalipse de Octavio Paz” em que enfatizava a decadência do pensamento político do poeta ao se vincular ao pensamento liberal, como afirmou “Paz es sustancialmente inferior a su pasado y está, políticamente, a la derecha de Octavio Paz”.

São compreensíveis aqui os atritos criados por ter apresentado suas ideias de maneira enfática em um universo intelectual ainda predominantemente simpático às experiências revolucionárias das esquerdas, uma vez que abrir mão do legado da Revolução Cubana, por exemplo, representava para as mesmas, durante a Guerra Fria, assumir o fracasso diante do imperialismo estadunidense. Além do mais, a política revolucionária nos anos de 1960 e 1970, era para muitos escritores mexicanos marxistas, como Adolfo Sánchez, Enrique Semo e Enrique González Rojo, a única maneira de se alcançar a democracia em sociedades cuja maioria da população era desprovida de direitos sociais.

O poeta entendeu que o comportamento dogmático e, algumas vezes, violento das esquerdas mexicanas na fé inabalável pela manutenção de um Estado provedor e na insistência em apoiar as guerrilhas urbanas e rurais, era parte de uma questão mais antiga que merecia ser analisada por meio da trajetória da “cultura política latino-americana”, influenciada sobremaneira pelo seu passado colonial e religioso, tributária da filosofia neotomista, fundamentada em São Tomás de Aquino e avessa ao pensamento moderno. Os intelectuais de esquerda, na sua percepção, se tornaram, em boa parte do século XX, “cruzados” que pretenderam impor a fé “marxista-escolástica” em qualquer situação, e com isso esqueceram que a função que lhes cabia era essencialmente saber usar livremente a palavra, e não atuar cegamente a serviço do Estado ou de uma ideologia, pois, assim, ao perderem a sua antiga fé religiosa, abraçaram outra (GRENIER: 2001:387).

Intelectuais como Zolá, Proust, Orwell, Camus, tornaram-se as grandes referências para o poeta, ao contrário de nomes como Neruda e Sartre que, sob o ponto

de vista político, mereciam, segundo ele, o esquecimento porque representavam uma “relação servil” com o Estado socialista ao produzirem obras profundamente “engajadas e acríticas” que influenciaram muitos intelectuais latino-americanos (GRENIER, 2001:337). Sartre, assim como Neruda, acreditou no engajamento político dos intelectuais em nome da liberdade, mas a contradição que estabeleceu ao defender a relação íntima dos intelectuais com o Estado ou partido, nos países em desenvolvimento, era insustentável, para Paz, que chegou a polemizar sobre a justificativa dada por Sartre em relação ao fato dele considerar compreensível a existência de campos de concentração nos países comunistas, uma vez que os países capitalistas produziam um efeito semelhante em suas próprias “colônias” (RODRIGUEZ LEDESMA, 1996:238).

A questão de Paz não era que o intelectual não poderia se envolver a fundo na política e experimentar uma vasta experiência social, e sim que deveria compreender que o seu papel é essencialmente ser escritor, é usar a palavra, é comunicar uma ideia, e não pegar em armas e atuar como político. O motivo utilizado para criticar as esquerdas mexicanas era porque, segundo ele, conhecia muito bem seus pontos altos e baixos, pois vinha “del pensamiento llamado izquierda” (GRENIER, 2001:144) e tinha conseguido se afastar dos seus “vícios”, uma vez que havia se libertado do Estado e do dogmatismo revolucionário, assim como muitos intelectuais europeus e norte-americanos, tais como Cornelius Castoriadis e Daniel Bell.

É preciso considerar, ainda, que o desencanto do poeta em relação a esquerda comunista esteve complementemente vinculado aos argumentos esgrimidos na Europa desde o final da Segunda Guerra Mundial. Pensadores como Albert Camus, Raymond Aron, François Furet e revistas como *Civilização e Barbárie* (1949-1965), dirigida por Castoriadis e Claude Lefort, foram fontes de identidade e inspiração em sua crítica ao papel intelectual das esquerdas na América Latina, uma vez que essas referências apresentavam uma tendência distinta, que se expressava contra o totalitarismo e a favor da democracia e da autocrítica intelectual. Somado a isso, é importante ressaltar que Paz contribuiu, na América Latina, com a circulação dessas ideias políticas advindas da França e dos Estados Unidos, principalmente, por meio de pu-

blicações em revistas mexicanas que dirigiu a partir dos anos de 1970, *Plural* e *Vuelta*. O poeta divulgou escritores como Camus, Castoriadis, Lefort, Aron, Furet, Günther Grass, George Orwell, Noam Chomsky, Eric Hobsbawm, Susan Sontag, Daniel Bell, Irving Howe, Tzvetan Todorov, etc.

Segundo o historiador Barry Carr (2000:283), a pergunta que se fazia na Europa, durante esse período, entre alguns intelectuais defensores da democracia liberal, era a mesma: “Como se podia confiar [nas esquerdas comunistas] em suas promessas solenes de democracia, se nunca condenaram o caráter autoritário do socialismo na URSS? Como era possível acreditar em seu suposto respeito pela democracia caso chegassem ao poder, diante do fato de que aceitaram a destruição da democracia na Europa Oriental?”. Por outro lado, como visto, a esquerda comunista, no México, também se inspirou em alguns exemplos de intelectuais engajados europeus, que contestaram e denunciaram, como Sartre e Antonio Gramsci, a inviabilidade da independência intelectual. Sartre ao apoiar com veemência a Revolução Cubana, em livros como *Furacão sobre Cuba*, tornou-se o grande paradigma de engajamento na Europa para os intelectuais latino-americanos, principalmente entre os anos de 1960 e 1970.

Paz ignorou a influência da obra de Gramsci, *Cadernos do Cárcere*, como um marco teórico alternativo e relevante que contribuiu decisivamente, entre a segunda metade dos anos de 1970 e 1980, para as esquerdas intelectuais latino-americanas abrirem mão da violência revolucionária e incorporarem a importância da democracia e da cultura como possibilidades de transformação social. Além de fomentar o debate e a revisão sobre o papel moral dos intelectuais com o fim dos regimes autoritários na América Latina e a emergência da sociedade civil. O intelectual “orgânico”, parcial e engajado socialmente, atuaria, de acordo com Gramsci, não mais em favor da revolução e da tomada do poder estatal, e sim, da transformação das forças sociais por meio da subversão cultural, de forma progressiva, pacífica e permanente. Esse foi sem dúvida um importante ponto de referência para os intelectuais mexicanos de esquerda, como Monsiváis, Elena Poniatowska, Roger Bartra, Luis Villoro e tantos outros, que apoiaram nos inícios dos anos de 1980 os sandinistas na redefinição das

estratégias de suas lutas a favor da democracia na Nicarágua. É certo que, no meio dessas influências dos intelectuais de esquerda, ocorreu, segundo a cientista política Evelina Dagnino (2000:71), algumas combinações heterodoxas feitas pelos mesmos: de Foucault a Castoriadis e Agnes Heller, de Claude Lefort a Norberto Bobbio, Tocqueville e Hannah Arendt. A renovação das esquerdas, ao final dos regimes ditatoriais na América Latina, resultou também na abertura para o ecletismo anti-autoritário que certamente incluiu Paz, o que tornou difícil distinguir influências particulares.

De todo modo, já nesse final conturbado da Guerra Fria, com o evidente desgaste dos regimes comunistas e do Estado provedor, a corrente política que ganhou força no Ocidente foi a que propôs a renovação da reflexão liberal caracterizada por uma desmoralização do marxismo, expressa por intelectuais como o sociólogo Raymond Aron, que, nesse caso, ajudou a reforçar as antigas reflexões dos “amigos da liberdade” (KRAUZE: 1992), como o próprio Paz, em prol de um conhecimento crítico e da paixão pela pluralidade. A ascensão dessa vertente política liberal, nesse período, propiciou também o resgate de Tocqueville com sua análise jurídica e histórica da democracia moderna. É verificável, assim, que Paz, quando ganhou o prêmio Tocqueville, em 1989, ganhou também por Aron, em 1979, e por Karl Popper em 1984, esteve completamente vinculado ao poder político hegemônico na época, que fez da valorização da democracia e do liberalismo o centro da reflexão política associado no México ao pensamento de direita.

Para o historiador Avital Bloch (2008:74), o poeta foi um dos protagonistas mexicanos que imprimiu na sua própria revista, *Vuelta*, uma percepção burguesa da sociedade mexicana e contribuiu no país com a formação de um “neoconservadorismo”, ao reproduzir no México críticas semelhantes feitas por Tocqueville acerca do jacobinismo na Revolução Francesa e de Aron sobre a sociedade contemporânea, bem como sustentar o fim do Estado provedor mexicano e a necessidade de reformas de cunho liberal. Até mesmo a sua independência como intelectual foi questionada ao ser associada aos compromissos travados com empresas privadas como o sistema de telecomunicações Televisa, considerada uma das forças mais expressivas de direi-

ta, e se beneficiar pessoalmente da ampla visibilidade e reconhecimento conquistado nesse meio, através de seus conhecidos programas televisivos. A jornalista Beatriz Espejo (1990:43) assinalou, ainda, no jornal *El Financiero* quando Paz ganhou o Nobel de Literatura em 1990, que: “El premio a Paz muestra la gran fuerza que tiene la derecha en este momento, y en ese sentido la historia lo favoreció. Con todo, México merecía tener por fin un Premio Nobel que había esperado largos años, desde las épocas de Alfonso Reyes”.

É importante mencionar que Paz não se via como pensador conservador, aliás, dizia que poderia nomeá-lo de qualquer coisa, menos conversador (DAY & MUÑOZ, 1995), uma vez que associava conservador a nacionalista, tradicionalista, católico e antidemocrático. Desse modo, poderíamos dizer que ele continuou sendo de esquerda, uma vez que realizou a crítica aos intelectuais mexicanos hegemônicos e ligados ao poder político? Ou ele seria de esquerda por ter realizado uma leitura crítica aos regimes autoritários latino-americanos e defendido a pluralidade, expressa na vertente libertária do liberalismo? Talvez, fosse, então, o poeta melhor enquadrado na direita, como definiu muitos de esquerda, por defender em alguma medida a abertura do mercado e denunciado a ineficiência do Estado?

A resposta a estas indagações está no meio social mexicano que configurou uma gramática própria, ao final do século XX, na compreensão dada às questões políticas. Observe, por exemplo, que na polêmica que travou com o escritor de esquerda Monsivaís nos anos de 1990, Paz (1990:375) afirmava que ser de esquerda é ser independente e ser de direita era se esconder em grupos, e concluía: “En México, los herederos de ese espíritu militar pseudo-religioso no han sido los conservadores sino los intelectuales que se llaman “de izquierda”: piensan en grupo, hablan para su grupo y maldicen en grupo. [...] Lo que cuenta no son las denominaciones sino las actitudes.” A aproximação de Paz com as ideias liberais, difundido por ele mesmo em vários textos fundamentalmente a partir dos anos de 1980, era colada a noção de que as definições entre direita e esquerda eram bem fluídas, o que para Monsivaís era uma avaliação descabida que o impedia de observar os avanços das esquerdas mexicanas.

Pese a las dificultades para usar los términos, siempre habrá izquierda y derecha porque no son posturas fijas sino reacciones y posiciones y razonamientos ante los hechos. Tiene razón Jorge Semprún al decir que Stalin es el mayor exponente de la derecha mundial, y no tengo duda de que la política moralista del régimen cubano ha sido profundamente derechista. Por eso, ¿cuál es el caso de culpabilizar a la izquierda actual de todos los pecados de sus antecesores, y de no situar en perspectiva un panorama de responsabilidades muy diversificadas? (MONSIVAIS, 1991:109)

Os debates sobre os significados de esquerda e direita, ao final da Guerra Fria, eram tensos, até porque os pressupostos acerca da compreensão da ordem social foram significativamente sendo reavaliados em meios a discussões acaloradas. Para a esquerda, a distinção permanecia válida, mas para o centro e a direita a distinção já tinha se tornado obsoleta, pois o mundo havia iniciado uma nova etapa: a hegemonia do capitalismo neoliberal. Paz teria diante desse cenário se tornado um pensador de direita ou das direitas mexicanas? Segundo o convertido neoliberal Vargas Llosa, não, pois as relações contraditórias que Paz ainda estabelecia com o Estado mexicano, ou melhor, com o Partido Revolucionário Institucional (PRI) davam evidências da sua postura crítica e, ao mesmo tempo, conivente. Apoiar presidentes neoliberais do Partido Revolucionário Institucional, como Salinas Gortari, aceitar assumir cargos públicos importantes e deixar de reconhecer que muitos dos governos desse partido foram ditatoriais são indícios, segundo o escritor peruano, de que sua aversão ao Estado e ao partido foi bastante limitada. Como afirmou:

Muchas veces me pregunté en estos años por qué el intelectual latinoamericano que con mayor lucidez había autopsiado el fenómeno de la dictadura (en *El Ogro Filantrópico*, 1979) y la variante mexicana del autoritarismo, podía hacer gala en este caso de tanta ingenuidad. Una respuesta posible es la siguiente: Paz sostenía semejante tesis, menos por la fe en la aptitud

del PRI para metamorfosearse en un partido genuinamente democrático, que por su desconfianza pugnaz hacia las fuerzas políticas alternativas, el PAN (Partido de Acción Nacional) o el PRD (Partido Revolucionario Democrático). Nunca creyó que estas formaciones estuvieran en condiciones de llevar a cabo la transformación política de México. El PAN le parecía un partido provinciano, de estirpe católica, demasiado conservador. Y el PRD un amasijo de ex priistas y ex comunistas, sin credenciales democráticas, que, probablemente, de llegar al poder, reestablecerían la tradición autoritaria y clientelista que pretendían combatir (VARGAS LLOSA, 2006: 292).

A explicação de Vargas Llosa para as posições políticas de Paz simpáticas ao governo neoliberal estava relacionada à falta de credibilidade que os outros partidos representavam para o poeta, entre os anos de 1980 e 1990, e não porque tinha se tornado um pensador de direita. De todo modo, compreende-se que Paz não foi de direita de forma prévia, mas se transforma em sujeito desse campo para as esquerdas mexicanas na medida em que seus discursos e práticas se encaixam no México com a gramática do campo de direita.

É possível considerar enfim que a sua postura política “dissidente” e não convencional no meio intelectual mexicano, durante a Guerra Fria, em que predominavam o nacionalismo e as ideias à esquerda, deu-lhe uma compreensão ambígua no que concerne à sua postura política, pois foi visto como conservador e de direita pelas esquerdas mexicanas e de centro pelas direitas, a despeito de ver-se como um “revolucionário”, uma espécie de libertário que buscou lutar a favor da pluralidade, da democracia e da autonomia individual.

Bibliografía

AGUILAR CAMIN, Héctor. . “El Apocalipsis de Octavio Paz”. Revista *Nexos*: México, 01/10/1978. Disponível em

<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=265696>

Acesso:

20/10/2011.

BLOCH, Avital H. “Vuelta y cómo surgió el neoconservadurismo en México”, *Universidad Autónoma de Baja California*, México, 2008, jul/dez vol. IV, núm. 8, pp. 74-100.

CARR, Barry. *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. México: Ediciones Era, 2000, p.283.

CÓRDOVA, Arnaldo. *Octavio Paz y la izquierda*. Disponible en: http://www.iis.unam.mx/biblioteca/pdf/arnaldo_cord09.pdf Acceso: 20/08/2012.

DAY, Anthony & Muñoz, Sergio. Entrevista con Octavio Paz. México: *La Jornada*, 1995. Disponible en: <http://www.cs.uwaterloo.ca/~alopez-o/politics/opaz.html> Acceso: 20/07/2013.

DAGNINO, Evelina (org.). “Cultura, Ciudadanía e Democracia. A transformação dos discursos e práticas na esquerda latino-americana”. In: *Cultura e política nos movimentos sociais latino-americanos*. Belo Horizonte: UFMG, 2000, p.71.

ESPEJO, Beatriz. Paz: “Nobel de Literatura de 1990 - La fuerza de la derecha”. *El Financiero*, México, 12/10/1990, p.43.

KRAUZE, Enrique. “José Guilherme Merquior: el esgrimista liberal”. *Revista Letras Libres*, México, núm. 182, 1992. Disponible en: <http://letraslibres.com/pdf/3376.pdf> Acceso: 20/05/2013.

MONSIVÁIS, Carlos. *Adonde yo soy tú somos nosotros – Octavio Paz: crónica de vida y obra*. México: RayaelAgua, 2000, p. 90.

---. “Una réplica pospuesta (y aumentada)”. México: *La Jornada* – 30-VIII-90. In: PAZ, Octavio (coord.) *La experiencia de la libertad*. (7 Tomos) México: Editora Obsidiana (Televisa), 1991, p.109.

PAZ, Octavio. “Intelligentsia II – Conversación con Eugenio Umerenkov”. 1995. In: GRENIER, Yvon. (org.). *Octavio Paz: Sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral – Biblioteca Breve, 2001, p.337.

---. “Ante un presente incierto – (México, 11 de dezembro de 1988)”. In: GRENIER, Yvon. (org.). *Octavio Paz: Sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral – Biblioteca Breve, 2001, p.218.

---. “El laberinto de la soledad”. In: GRENIER, Yvon (org.). *Octavio Paz: Sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral – Biblioteca Breve, 2001, p.314.

---. “El escritor y el poder”. In: GRENIER, Yvon (org.). *Octavio Paz: Sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral – Biblioteca Breve, 2001, p.321.

---. “Conversaciones con Braúlio Peralta (1981-1996)”. In: GRENIER, Yvon (org.). *Octavio Paz: sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral – Biblioteca Breve, 2001, p. 344.

---. “América Latina y la democracia (Tiempo Nublado, Seix Barral 1983)”. In: GRENIER, Yvon (org.). *Octavio Paz: Sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral – Biblioteca Breve, 2001, p. 387.

---. “Izquierda y derecha sesenta años después”. Revista *Vuelta*, México, 168, 1990. RODRIGUEZ LEDESMA, Xavier. *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*. México: Plaza y Valdés, 1996.

VARGAS LLOSA, Mario. *Diccionario del amante de América Latina*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2006.

¿Cómo citar este artículo?

DORELLA, Priscila, “Octavio Paz: um intelectual à direita?”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 113-124. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

Sección 3

LA DICTADURA ARGENTINA Y LAS DERECHAS

UN
GS



EL TENIENTE CORONEL ZANATELLI Y TANDIL DURANTE LA DICTADURA: ¿EL ORIGEN DE LA DERECHA LOCAL DE LA DÉCADA DE 1990?

Juan Martín Larsen

Introducción: El contexto nacional

El Proceso de Reorganización Nacional (PRN), inaugurado con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, ha sido objeto de numerosos trabajos de historia argentina reciente. Así, la interrupción del orden constitucional llevada a cabo por los Comandantes de las tres Fuerzas Armadas podría verse inserta históricamente en un ciclo de golpes que el Ejército llevó a cabo a lo largo del siglo XX: 1930, 1943, 1955, 1962 y 1966 (Vázquez, 1983). No obstante, la última dictadura cívico-militar tiene características particulares: en primer lugar, la búsqueda de la eliminación física y total del enemigo a partir de una fuerte represión que implicó muertes, desapariciones, exilios y detenciones; y, a su vez, la aplicación decidida de un proyecto económico neoliberal (impuesto a la fuerza a partir de las políticas represivas). Esa voluntad de “aniquilar” completamente al adversario y los métodos sistemáticos y clandestinos usados para combatir la “subversión” constituyen un salto cualitativo en lo que a accionar estatal se refiere (Crenzel 2007). El surgimiento de la figura del “desaparecido” puede entenderse como la manifestación de los límites a los que es capaz de llegar un estado autoritario con tal de sostenerse y disciplinar al conjunto social. La figura del desaparecido tiene implicancias sociales nocivas: afecta al entorno cercano de la víctima, infunde miedo e incertidumbre y constituye un obstáculo para aclarar la situación del crimen. El hecho de que las organizaciones guerrilleras se encontraran aniquiladas operativamente al momento del Golpe, hace que debamos entender la represión ejercida desde el estado como una medida padecida por sectores mucho

más amplios de la población, no necesariamente vinculados a la lucha armada; y, por ende, obliga también a revisar los argumentos dados por los perpetradores de la represión.

Por otra parte, no se trató de una cúpula militar homogénea, sin conflictos en su propio seno. Su análisis ya ha sido abordado a escala nacional, y excede la pretensión de este texto, cuyo objeto radica en una visión del PRN a escala local. No obstante, no puede dejar de mencionarse, ya que son estas tensiones las que evidencian la heterogeneidad de intereses que entran en juego durante el PRN. El PRN (considerado como conjunto), como es sabido, logra mantenerse en el poder desde el golpe dado en marzo de 1976 hasta la recuperación democrática en 1983.

Desde otra postura, fundamentalmente política, se ha intentado explicar este fenómeno a partir de la “teoría de los dos demonios”. Se ha relativizado el accionar de la represión estatal al contrastarlo con la violencia llevada a cabo por parte de organizaciones guerrilleras, tal como plantea el prólogo de Ernesto Sábato al *Nunca Más*. Barrio Terol (2005) define esta postura como una “explicación simplista”, arguyendo que es una construcción de la que se vale el discurso democrático posterior para justificar la “pasividad” de la sociedad. No obstante, dada su implicancia en el presente y los avances obtenidos en las investigaciones previas, el tema está siendo estudiado desde diversos e innovadores enfoques tanto teóricos como empíricos. Como sostiene Gabriela Águila (2008), “la emergencia de nuevas miradas y ejes problemáticos, la multiplicación de investigaciones y publicaciones, así como de los ámbitos de debate y producción, configuran una sólida tendencia en la renovación en este campo de estudios”.

No intentaremos aquí aportar una visión novedosa acerca de la dictadura a nivel nacional o justificar una existente, ya que excede el objeto de este artículo, sino que más bien se tratará de analizar lo ocurrido en Tandil, una ciudad intermedia del interior bonaerense. Entendemos que el enfoque local permite una mejor aproximación al fenómeno nacional y hace evidentes tanto las generalidades como las particularidades de cada lugar –posibilidades y necesidades que los representantes de la

Junta tenían en esos espacios más acotados, la participación de la sociedad civil, el rol de la prensa-.

La dictadura en Tandil

En las elecciones de 1973 el FREJULI obtuvo el triunfo en Tandil. La intención fue asumida por Jorge Lester, dirigente peronista de larga trayectoria en la política local, reconocido por su honestidad e incorruptibilidad. Se había formado como dirigente gremial de Obras Sanitarias, y luego su actividad pública se amplió por su paso por la Sociedad Italiana (dirección compartida con Américo Reynoso, proveniente del radicalismo local). Sumado a esto, Lester se hallaba ligado al mundo de la cultura: había sido fundador de El Teatrillo (donde se realizaban funciones de teatro independiente) y era director teatral. Lester inspiraba respeto hasta en quienes lo derrocaron; varios años después, y en un contexto político muy distinto, Zanatelli -siendo ya intendente electo en los años '90- asiste a su entierro.

Lester fue depuesto el 24 de marzo de 1976. Ese día, la municipalidad amaneció rodeada de tanques y el Teniente Coronel Julio José Zanatelli se hizo cargo *de facto* del poder comunal al ser designado Interventor Municipal. La primera ordenanza emanada del flamante interventor es la siguiente:

“Art 1) Disuélvese el Consejo Deliberante de la Municipalidad

Art2) Los bienes e instalaciones del mismo quedarán bajo custodia del señor secretario del mencionado organismo, quien será responsable de los mismos hasta la recepción bajo inventario por la persona que se designe”

(Diario Nueva Era, 25/3/1976)

Tandil, quedó enmarcada estratégicamente en el territorio que el PRN denominó “subzona 12” (y dentro de ésta, en el área 121), a cargo del Comandante de la Brigada de Caballería Blindada I, con asiento en esa ciudad. A los pocos días del golpe Zanatelli se institucionaliza como Intendente -cargo en el que duró hasta el 2 de julio de 1976- para ser luego relevado por el civil Adolfo Fernández Trincherero, geren-

te del Banco Comercial y figura representativa del empresariado local, en un acto muy sobrio. *Nueva Era* -periódico vespertino, de tendencia radical y de amplia llegada por entonces- comentó:

“Desprovista de aplausos y oratorias tuvo lugar esta mañana a la hora 11 en el despacho principal del Palacio, la anunciada y breve ceremonia –ocupó solo cuatro minutos- de asunción del nuevo intendente municipal del partido de Tandil, señor Adolfo Fernández, en reemplazo del mandatario militar que asumió el 24 de marzo último, teniente coronel Julio José Zanatelli” (*Nueva Era*, 2/7/1976, p. 4).

Fernández Trinchero encarna el mundo financiero local, es una figura que –a pesar de su falta de carisma o talento político- viene a tranquilizar a los sectores de poder. Su arribo como intendente no marca modificaciones en el cuadro de colaboradores inmediatos, dado que la mayoría de los funcionarios siguieron en sus cargos y Zanatelli continuó como Interventor. Fernández Trinchero permaneció en el cargo oficialmente hasta su renuncia el 2 de abril de 1979, momento en el que la ciudad espera con incertidumbre la designación de su reemplazo. Por lo reflejado desde el *Nueva Era*, puede verse que a Fernández Trinchero se le echa en cara su falta de “carisma”; esta observación sirve para hacer notar que el PRN necesitaba de hombres fuertes, “militantes” por una causa noble. En una nota de 1979, titulada “El futuro intendente”, llamaba a:

“encontrar en Tandil la persona potable a los distintos sectores, con la energía y el ímpetu necesario como para reactivar la muy quedada política municipal. Para ello no sólo hace falta un hombre vital sino con una virtud que lamentablemente no brilla por su abundancia: el *carisma*” (*Nueva Era*, 30/3/1979)

El designado a ocupar el cargo (de manera interina) fue Carlos Apolinario Sosa, entonces Secretario de Gobierno. El flamante funcionario solo permanecerá por 16 días, para ser luego reemplazado definitivamente por el teniente coronel Zanatelli, el 18 de abril de 1979. La segunda llegada de Zanatelli es recibida con alegría tanto por

las fuerzas castrenses como por la Cámara de Industria y Comercio. Basta citar un párrafo de su discurso de asunción para entender esto:

“El asalto del poder, mediante el empleo del terror, ensayado por la delincuencia subversiva, y la posterior amenaza contra nuestra soberanía, han marcado etapas bien diferenciadas de este proceso, donde las prioridades eran superar esos peligros que amenazaban a la Nación misma” (Nueva Era, 18/4/1979, p. 4)

Julio José Zanatelli posee lo necesario para permanecer en el cargo durante todo lo que resta del PRN, por lo que el fin de su mandato coincidió con la caída de la dictadura. Una interesante combinación de confianza del poder local, capacidad de ejecución (reflejo de esto son las grandes obras de iluminación llevadas a cabo durante su mandato) y de imponer orden dotaron a su figura de lo que podríamos denominar un capital político propio. Todo esto, sumado a su vinculación con el empresario local y sus políticas tendientes a imponer el programa de “eficiencia económica”, a pesar del coste para los trabajadores, hicieron de su figura un emblema de la política local para los sectores conservadores o afines al PRN.

El impacto local del golpe: prensa y política

El rol de los medios de comunicación en la concreción del poder político durante la última dictadura militar es innegablemente importante. Y, dentro de estos, la prensa escrita juega el papel principal. Como dice Borrelli citando a Borrat,

“se interpreta al diario como un actor político que debe ser analizado teniendo en cuenta su capacidad de influir en la toma de decisiones colectivas y que su configuración institucional se realiza en torno al poder político y al poder económico” (Borrelli, 2011)

El diario *Nueva Era* fue fundado en 1919 y mantuvo desde su origen una línea política afín al radicalismo local. No obstante, desde el golpe de estado de 1966 su cúpula dirigente manifiesta mayor afinidad con los sectores militares, y especialmen-

te bajo la guía de su nuevo director Aníbal Filippini (vice-comodoro de la Fuerza Aérea, retirado en 1973, momento en que se hizo cargo de la dirección de Nueva Era). El vespertino Nueva Era titula así la noticia que refiere al golpe en su dimensión local: “NUESTRA CIUDAD MANTUVO SU ASPECTO HABITUAL”. El copete era “No Hubo Hechos Gremiales que Motivaran la Alteración del Orden” (Nueva Era, 24/03/1976, p. 4). Así, noticias sobre la “tranquilidad” y el “cordialidad” (e incluso “diálogo” o “civismo”) con la que se llevó a cabo la toma del poder por parte de los militares se suceden en este medio gráfico.

Se enfatiza en transmitir al lector la sensación de que la ciudad no vio alterado su ritmo, repitiéndose constantemente las palabra “normalidad” y sinónimos que hacen referencia a lo habitual, lo cotidiano, lo natural. El interventor es descripto como un sujeto común, enfatizando en su rasgo humano:

“El desde hoy nuevo responsable de la conducción municipal teniente coronel Julio José Zanatelli Méndez, se venía desempeñando en nuestro medio como segundo jefe del Comando, proveniente de la Capital Federal donde entre otros cargos, cubrió el de jefe de la custodia del Hospital Militar. Es oriundo de la ciudad de Rauch, tiene 37 años de edad, es casado y padre de tres hijos. Presúmese, aunque sobre el particular nada han señalado fuentes bien informadas, que su permanencia será provisoria, hasta tanto se nombre al comisionado efectivo” (Nueva Era, 24/03/76)

El impacto del golpe genera diversas opiniones en las figuras políticas locales, mezcla de resignación, especulación y esperanza. Se transcriben las de las figuras de más peso (las cursivas y negritas son añadidas):

“**Jorge Lester (Frejuli, intendente depuesto)**: “Quiero decirle a la ciudad de Tandil, que le estoy muy agradecido por el apoyo que me brindaron las entidades, las autoridades y pueblo en general. También le agradezco a la prensa, incluso por sus críticas las que no solo deben ser para elogiar. Les reitero mi saludo a todos los que me apoyaron. Me voy con la con-

ciencia tranquila y pensando en haber cumplido dentro de todo y *con los medios que tuve a mi alcance*”

Carlos Alberto Mercader (presidente UCR): [Luego de lamentar la necesidad de la intervención militar, dice] “a pesar de todo hay que reconocer que *no había gobierno*. Un país sin gobierno es un despropósito, de forma tal que ante la *anormal* situación que se presentó esperamos que en esta oportunidad quienes estén en el gobierno acierten con el rumbo y que tengan como primordial meta la unidad del pueblo argentino, factor principalísimo y punto de partida de cualquier gobierno que quiera tener éxito.”

Mario Muñoz (Presidente del Partido Popular Cristiano): “Las cosas ya andaban mal. Ahora volvemos a fojas cero, *pero no creo que esta sea la solución*. Seguimos creyendo que esta llegará a través del *diálogo democrático*”

Juan F. Giacconi (ex concejal de la UCR): “El hecho en sí no es una cuestión querida por el radicalismo, pero ya acontecido esto aspiramos a que prevalezca la unidad del pueblo para superar la grave crisis”

Junqueira (Unión Conservadora): No emite opinión, alegando que no conoce a fondo los hechos.

Francisco Esnaola (Secretario General de SMATA): “Esperemos que se puedan *solucionar* los problemas de la *clase trabajadora* y que el nuevo gobierno que asuma trate de *normalizar* el abastecimiento y el control estricto de los precios.”

Miguel Chiarullo (Ex secretario general de la UOM): Renunció el 23 de marzo, se abstiene de dar opinión. Dice que todo se desarrolló normalmente, sin presencia policial o militar.

Juan Federico (a cargo de la secretaría general de la CGT): “Todo transcurre *normalmente* en Tandil”. Se abstiene de dar opinión. “Estamos con el movimiento obrero; las puertas de la CGT están abiertas.”

Como puede apreciarse, el golpe de estado no conlleva demasiada sorpresa en la escena política local, en sintonía con lo sucedido a nivel nacional. Puede observarse, a partir de las diferentes declaraciones, el aval (tácito y justificado en el “desgobierno” y la “anormal situación” anterior) de la UCR, que prioriza la “unidad del pueblo argentino”. También los sectores del sindicalismo y vinculados la derecha peronista no oponen mayor resistencia al golpe. Miguel Chiarullo, ex secretario de la UOM (había renunciado el 23 de marzo), sostiene que todo se desarrolló “normalmente”. La única oposición clara se da en el Partido Popular Cristiano, aparte de la resignación del intendente depuesto.

El hecho de que no aparezcan opiniones de ninguno de los gremios existentes, hace que las voces que se escuchen sean las de sectores pertenecientes a lo que podríamos vincular a cierto “entramado” de derecha. No es casual que sean estas voces las que sean transcriptas en el vespertino *Nueva Era*, que recibe con alivio el golpe encarnado en la ciudad por Zanatelli. El vespertino venía anunciando desde meses atrás, al igual que otros diarios a nivel nacional, la inminente irrupción de las Fuerzas Armadas en el gobierno (se puede apreciar cómo en el vespertino, durante todo el mes de febrero de 1976, se sucedieron una serie de títulos legitimantes del futuro accionar de las Fuerzas Armadas).

La “realidad concreta”

A la “realidad mediática” que enfatiza en el supuesto orden que implica el accionar de las fuerzas armadas, se contraponen lo que por sentido común llamaremos “realidad concreta”. Es ya sabido que en la ciudad de Tandil funcionaron Centros Clandestinos de Detención (CCD), de los cuales se han logrado identificar los siguientes (algunos a partir de testimonios, por lo cual no puede saberse su ubicación exacta): Comisaría Primera, Comisaría Segunda, Instituto Superior de Educación Rural, La Huerta, Quinta de Méndez, Destacamento Policial de Villa Italia, La Blanqueada y Laguna “El Rebenque” (Bassi, 2011). En este caso vale la pena preguntarse qué implica que existan, al menos, ocho CCD en una ciudad que en 1976 cuenta con alrededor de 70000 habitantes. Respondiendo a este interrogante e incluso complementándolo, vale decir que la ciudad de las sierras tiene el triste historial de, al menos, 10 ciudadanos detenidos desaparecidos en tierra propia. Al igual que a nivel nacional, la mayoría de las desapariciones se dan mayoritariamente en víctimas jóvenes (Bassi, 2011). Al ser una ciudad de interior, intermedia y con una clase media relativamente reconocida a nivel local, el impacto de las desapariciones de ciudadanos tandilenses en otras ciudades fue también de gran magnitud. Se estima que, al menos, 28 tandilenses desaparecieron en otras ciudades (Bassi, 2011).

Hay también, al igual que a nivel nacional, casos de detenidos que recuperaron su libertad. El objetivo de tal accionar, como se indicó anteriormente, es el generar miedo y división en el “enemigo”, que en ciertas ocasiones hasta puede llegar a desconfiar del compañero liberado. Con lo brevemente expuesto, se entiende que en Tandil el PRN se hizo visible y se materializó. Represión, tortura, desapariciones, búsqueda de “eficiencia económica” en perjuicio de trabajadores, complicidad de la sociedad civil y de los medios de comunicación, vuelven comparable su situación a la que está sucediendo en las más altas esferas del poder nacional. No obstante, la dimensión local del proceso histórico vuelve visible lo particular del caso: Tandil tuvo como intendente *de facto* a un civil: el empresario Adolfo Fernández Trincherro, durante un mandato de tres años.

A modo de conclusión

Podría decirse, a partir de las fuentes consultadas y la reflexión sobre las mismas, que la ciudad de Tandil no fue para nada ajena a la situación política nacional durante el PRN. Perteneciente al área 121, Tandil contó con desaparecidos y CCD en su propio territorio. El consenso social dado al golpe es un factor clave que esta ponencia se halla lejos de abordar; no obstante, constituye la materia de una necesaria reflexión para entender la posterior historia local. Zanatelli, el interventor militar durante el PRN, es electo sucesivamente tres veces y gobierna el municipio entre 1991 y su muerte en 2001. Lo curioso —y que podría ser material para otro trabajo— es que el personaje pesa por sobre el partido: Zanatelli es electo tres veces siendo candidato por fuerzas distintas en cada ocasión: en 1991, por la Alianza Republicana-UCeDé; en 1995, por el partido local Apertura Independiente (del que se aleja ni bien es electo para afiliarse al PJ); y en 1999, por Acción por la República (partido orientado por Domingo Cavallo).

Con lo tratado en este trabajo, puede inferirse la importancia de la prensa gráfica de consumo masivo en la construcción de la opinión pública, que enfatiza constantemente en el carácter “normal” y “pacífico” de los hechos políticos que están teniendo lugar a lo largo del proceso. No obstante, no debe concluirse erróneamente que existe una simple relación de causalidad entre el medio y el lector, en la que el diario todopoderoso impone su opinión sobre el receptor pasivo.

Nueva Era es un vespertino orientado hacia el gran público, en una época en la que los medios de comunicación audiovisuales están en desventaja frente a los gráficos. Al ser de consumo masivo, lo que él refleja es en algún punto compartido por quien lo consume, por ende, gran parte de la sociedad que no se opuso activamente al PRN. En el tratamiento que da a los hechos represivos de nivel nacional usa los términos “extremista”, “subversivo” y otros sinónimos para referirse a las víctimas (que siempre son anónimas). El discurso, acorde a lo emanado del poder, se ajusta a disciplinar, romper lazos solidarios y generar miedo en quien lo lee.

El enfoque local vuelve visibles otros factores, que tal vez queden fuera del tamiz de las grandes síntesis de historia nacional o regional: el pensamiento de la dere-

cha nacional se hace presente, aunque adquiriendo cierta autonomía. Zanatelli se mantiene en el cargo de interventor durante los 7 años de dictadura, a pesar de que a nivel nacional se hicieron evidentes las contradicciones entre las distintas facciones militares; y, por otro lado, es un empresario el que asume la responsabilidad del PRN entre 1976 y 1979.

Por último, se deja planteado el siguiente interrogante, sugerido ya desde el título del artículo: ¿hasta qué punto las tres posteriores victorias de Zanatelli, en plena democracia, son el resultado del poder que logró construir gobernando *de facto* durante todo el PRN? Serán necesarios numerosos trabajos que aborden el período de la década de 1990 para esbozar respuestas preliminares a dicha pregunta.

Bibliografía

- Águila, Gabriela, “La dictadura militar argentina: Interpretaciones, problemas, debates”, en *Revista Digital de la Escuela de Historia, UNR*, año 1, n° 1, Rosario, 2008.
- Barrio Terol, José Manuel, “Insurgencia y represión. Acerca de la teoría de los dos demonios” en *Historia Actual Online*, N° 8, 2005, págs. 91-104
- Bassi, Stella, *Piedra que late*, Mar del Plata, Ediciones Suárez, 2011.
- Borrelli, Marcelo, “Voces y silencios: La prensa argentina durante la Dictadura Militar (1976-1983)”, en *Perspectivas de la comunicación*, Vol. 4, N°1, pp. 24-41, Universidad de la Frontera, Temuco, Chile, 2011.
- y Jorge Saborido, “La prensa del ‘Proceso’: El diario Convicción durante la dictadura militar argentina (1976-1983)”, en *Estudios sobre el mensaje periodístico*, N° 14, 2008, págs. 49-78
- Crenzel, Emilio, “Dictadura y desapariciones en Argentina: memoria, conocimiento y reconocimiento”, en *Intersticios: Revista sociológica de pensamiento crítico*, Vol. 1, N° 2, 2007, págs. 159-178
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente *La dictadura militar (1976- 1983). Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003
- Vázquez, Enrique, *PRN: La última*, Buenos Aires, Eudeba, 1983.

Fuentes

Diario *Nueva Era*

Municipalidad de Tandil, *Dos años de administración comunal (2-VII-76/2-VII/78)*, C.A.M, 1978

¿Cómo citar este artículo?

LARSEN, Juan Martín, “El teniente coronel Zanatelli y Tandil durante la dictadura: ¿el origen de la derecha local de la década de 1990?”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 126-137. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

UNGS



EL RECLUTAMIENTO DE FUNCIONARIOS EN GENERAL SARMIENTO DURANTE LA ÚLTIMA DICTADURA: ¿DERECHAS Y ALGO MÁS?

Maximiliano Catoira

Introducción

Durante los meses posteriores al golpe, Jorge Rafael Videla declaraba a los gobernadores que se debía transitar una relación con los sectores de la comunidad y sus representantes locales de forma continua. Esta mención nos introduce en la problemática de la formación de consenso hacia los sectores civiles y la agenda de preocupaciones del *Proceso* elaborada en esa dirección. Si bien gran parte de la literatura que comenzó a indagar las formas de legitimación social de la última dictadura, hasta la primera mitad de la década del dos mil, entendía que el régimen supo aprovechar a su favor distintos acontecimientos para generar consenso en la sociedad, como el Mundial de Fútbol en 1978 (Corradi, 1985; Romero, 1994; Malamud Goti, 2000), el intento de reconquista de las islas Malvinas (Corradi, 1985; Quiroga, 2004; Sirlin, 2006), el enfrentamiento por el canal de Beagle y la casi guerra con Chile (Romero, 1994; Sirlin, 2006) -a través de consigas e intentando despertar emociones nacionalistas-, hay interpretaciones que observan una mirada de desconfianza en la sociedad por parte del gobierno militar (Novaro y Palermo, 2003).

En los últimos años, la historiografía argentina ha comenzado a analizar las políticas localmente situadas y la práctica de funcionarios en escalas de análisis más restringidas. Éstos son los casos de los discursos y las expresiones de consenso en Rosario (Águila, 2008), la política de descentralización municipal, la incorporación de civiles en las intendencias y la crisis económica en la provincia de Buenos Aires (Rodríguez, 2009), las políticas destinadas a las instituciones vecinales como también

la intervención de muchos de ellas en el partido de Morón (Lvovich, 2010) y la relación entre dictadura y estados provinciales (Canelo, 2013).

Este artículo dialoga con estos aportes y se propone examinar la relación entre gobierno militar y sociedad en el municipio de General Sarmiento, ex partido ubicado en el noroeste del conurbano bonaerense y en el que se halla la guarnición militar Campo de Mayo, durante la última dictadura. Se espera contribuir a un campo poco atendido en la historiografía como lo es la problemática de la generación de consenso y la búsqueda de legitimidad de la dictadura a través de los estados municipales y las políticas públicas desplegadas.

En este trabajo, presentaremos los avances de una investigación en curso; por lo cual, advertimos que se trata de reflexiones iniciales. En primer lugar, se abordará el estudio de la administración municipal en términos prácticos, destacando aquellos procedimientos que el nuevo gobierno autoritario tomó de canales burocráticos consolidados. En segundo lugar, se examinará el proceso de reclutamiento de funcionarios y trabajadores municipales atendiendo a los ejes de selección como a los sectores que interpelan. Por último, se analizarán algunas medidas que se dirigieron a conformar una imagen de sociedad en detrimento de otras ejerciéndose, incluso, un control enérgico para lograrlo.

Subyace a lo largo de este trabajo que un abanico de políticas producidas por las autoridades interventoras del ex partido de General Sarmiento se dirigieron e interpellaron a la comunidad local de manera singular respecto a gestiones previas, orientando a construir una imagen en la que la legitimidad supere a la falta de legalidad institucional. Con ello, no queremos decir que todas las prácticas se dirigieron exclusivamente hacia la búsqueda del consenso social ya que muchas medidas muestran continuidades respecto a períodos anteriores, y otras eran decisiones de índole coercitivas. De esta manera, entendemos que la última dictadura le concedió a la generación de consenso un lugar más destacado de lo que tradicionalmente se le ha reconocido.

Regularidad burocrática e institucional: cambios y continuidades

El 21 de septiembre de 1976 se ponían en ejecución una serie normativas que involucraban distintos aspectos públicos. Por un lado, la primera ordenanza que podemos apreciar dispone que se debiera solucionar el inconveniente de los grafitis en casas y edificios de los vecinos. En caso de no cumplir con la normativa se corría el riesgo de ser apercibido con penas que incluían la prisión. Así, sucedió que las autoridades manifestaron que “dentro del plazo de 15 días, los propietarios frentistas del Partido de General Sarmiento deberán eliminar todo tipo de inscripción o leyenda existente en sus edificios particulares”¹. Las razones ofrecidas giran en torno a que tales medios formaban parte del “accionar subversivo” tanto con fines tanto propagandísticos como de “acción psicológica” sobre el resto de la comunidad. Por otro lado, el mismo día se aprobaba una actualización de la escala tarifaria con el que se registrarían las empresas de transporte de colectivo de pasajeros². Ambos usos de las reglamentaciones forman parte de un aparato de acciones que son propias de las administraciones municipales (y que también podrían ser extensivos a esferas de poder más amplias). Por supuesto, que en el contexto que abordamos las autoridades ejercen su función de facto. Sin embargo, se sirven de tales herramientas de regulación propias de los regímenes burocráticos.

En líneas generales las ordenanzas y decretos municipales tenían (y tienen en la actualidad) distintas funciones. Partiendo desde su origen, ambas son elaboradas por poderes del Estado formalmente independientes: mientras que los decretos son confeccionados por los propios Intendentes, las ordenanzas son competencias de los Concejales. Sin embargo, estas facultades se desenvuelven mediante tales estructuras bajo gobiernos democráticos. En el caso de las gestiones establecidas en dictadura ambas tareas son concentradas en la figura del ejecutivo. Es necesario atender que a partir del golpe de Estado el Intendente del municipio comenzó a tener las facultades ejecutivas y legislativas. Clausurados los canales deliberativos-constitucionales en todos sus niveles, el Honorable Concejo Deliberante (en adelante HCD) dejó vacante

¹ Municipalidad de General Sarmiento [en adelante: MGS], Ordenanza n° 327, 21/09/1976, Libro: 1976, 307-350.

² MGS, Ordenanza n° 329, 21/09/1976, Libro: 1976, 307-350.

sus funciones inmediatamente y estas fueron reemplazadas por el ejecutivo municipal.

A su vez, otra de las diferencias apunta a las normas que establecen. Así, en las Ordenanzas se pueden encontrar cuestiones tales como la producción del código de faltas, reglamentaciones fiscales, creación de espacios dependientes del municipio que cumplan con tareas complementarias (delegaciones, juzgados de faltas), incrementos de remuneraciones al personal municipal, autorizaciones para la realización de eventos, aceptación de donaciones, autorizaciones de construcciones, entre las más relevantes. Mientras que en los Decretos se concentran actividades que van desde las habilitaciones y cese de actividades comerciales (comercios, taxis, transportes escolares), autorización de infracciones, aceptación de renunciaciones de personal municipal, cese de personal, reintegraciones tributarias, designaciones de personal, concesiones y suspensiones de licencias y decisiones sobre presupuestos.

Así, entendemos que el esquema que presenta Fraenkel (1941 citado en Tapia Valdés: 1980) sobre el “Estado dual”, pensado para la experiencia nazi, podría pensarse –con los recaudos necesarios- a los regímenes autoritarios del Cono Sur (Tapia Valdés, 1980). Se presentaba, de esta manera, un “Estado Prerrogativo” que actuaba en forma absoluta, y un “Estado Normativo” amparado en las decisiones legales y administrativas de aparatos preexistentes. Un ejemplo de este empleo es el que Vázquez (1985) logró identificar en el Poder Judicial en el caso argentino, y al que nosotros proponemos trasladarlo a otro conjunto de instituciones, en particular a las prácticas desarrolladas en las estructuras municipales que nos preocupan. Esta doble vía de poder permite entender que la dictadura instaurada debe ser comprendida bajo tales lógicas, en el que la regularidad burocrática nos indica que las instituciones debían seguir operando y funcionando (Lvovich, 2010).

Consideramos que durante el mismo régimen se discutieron y produjeron una serie de políticas que nos indican mecanismos de dominación, que parecen sugerirnos un paisaje más complejo que el que considera únicamente como quiebre a la etapa iniciada en marzo de 1976, y que las políticas criminales son los únicos ejes ordenadores de la cuestión. Si bien tampoco negamos el forzoso reemplazo de las autoridades y la anulación de instancias deliberativas, no podemos dejar de señalar otra cara del

mismo contexto, en el que las instancias burocráticas se mantuvieron y constituyeron cierta regularidad y continuidad de cuestiones más formales. En palabras de Schindel (2009):

[...] a diferencia de las guerras tradicionales, que dejan un saldo de ciudades destruidas y arrasadas, la represión política no deja heridas inmediatamente visibles en el paisaje urbano. Los crímenes del terrorismo de Estado o la represión clandestina, por su misma condición ilegal, tuvieron lugar en forma secreta en antros ocultos o tras los muros infranqueables de los cuarteles militares. Al mismo tiempo, las huellas del terror y el miedo suelen introyectarse en la población e investir de su connotación a objetos y edificios de uso corriente en la ciudad (Schindel, 2009: 67)

De esta manera, cualquier aproximación sobre la cotidianeidad en tiempos de la última dictadura parece ofrecernos un panorama bastante complejo y heterogéneo, en el que conviven elementos que irrumpen en el día a día con espacios en los que la historia parece transcurrir más lenta y no se advierten grandes rupturas. Por supuesto que tales hipótesis dependen de los sectores sociales a los cuales se indague, como así también a los espacios geográficos, el momento específico de estudio, entre otras escalas de análisis. Pero por el momento consideramos que ambas formas conviven. Por un lado, el quiebre de la cotidianeidad y la imposición de medidas coercitivas en un contexto de represión, además del Estado de Sitio decretado; y por otro, la regularidad del día a día y una periodicidad que debe comprenderse también desde el largo plazo.

Por otro lado, respecto a la generación de consenso éste ha sido una de las problemáticas abordadas por los historiadores del franquismo, el fascismo italiano y el nazismo alemán. Retomaremos aquí el trabajo de Calvo Vicente (1995) y su estudio sobre el *consenso* durante el régimen autoritario de Franco en España, en el que se conceptualiza al consenso como el apoyo dado por los ciudadanos a un sistema político traducidos en la obediencia y la adhesión. Por otro lado, la formación de *consenso efectivo* no sería un fenómeno espontáneo, sino más bien inducido a través de una se-

rie de mecanismos institucionales que el poder usa para producir la adhesión de los ciudadanos (Calvo Vicente, 1995). Nos parece que tales procesos y operaciones producidos para extender comportamientos de adhesión al poder son posibles de ser rastreados a través de una serie de políticas municipales para el caso de General Sarmiento.

Consideramos, de esta forma, que para comprender la irrupción y el sostenimiento en el poder de cualquier régimen no alcanza con el análisis del terror como único eje ordenador. Creemos que es necesario explorar otras caras de la misma dictadura entre las que consideramos destacar la búsqueda de legitimidad y consenso social. En nuestro caso, indagamos este proceso atendiendo en algunas continuidades y rupturas burocráticas como en el reclutamiento de funcionarios y agentes locales. Observaremos que durante la última dictadura para la conformación burocrática local se tuvieron en cuenta las competencias técnicas necesarias para el funcionamiento administrativo del Estado municipal, y hasta incluso hizo falta la incorporación de civiles cuando fuera necesario. Pero primero, es necesario mencionar las distintas gestiones al interior del período 1976-1983 en General Sarmiento en particular. El gobierno derrocado en 1976 estaba liderado por el Intendente José Lombardo, perteneciente a la UCR, quien había resultado ganador en las elecciones de marzo de 1973 -el FREJULI no presentó candidatos municipales, y se constituyó en el partido opositor-. Luego del golpe de Estado, se destituyó del cargo a Lombardo y quedó como ejecutivo municipal el teniente coronel Héctor Horacio Hoffmann, quien permaneció en el poder sólo algunas semanas (hasta fines de abril de 1976). Dio paso al coronel (en retiro efectivo, RE) Luís Antonio Ortelli (hasta noviembre de 1979), luego a Orlando Mussano y finalmente el radical Lombardo nuevamente (desde mayo de 1981 hasta diciembre de 1983)³.

Funcionarios y agentes municipales: reclutamiento y reestructuración

³ *Síntesis de oro de la historia del Partido de General Sarmiento en el año de su centenario. 1889-1989*, Síntesis, San Miguel, 1989.

Retomando las declaraciones del entonces Presidente de la Nación Videla, se acordaba el compromiso por parte de las autoridades provinciales para:

[...] imprimir a su gestión, en concordancia con el gobierno nacional, un estilo adverso a todo aislacionismo [...]. La comunicación y el diálogo con todos los sectores de la comunidad deberán ser fluidos y permanentes. El hecho de que no exista ninguna apertura del tipo político partidista no es circunstancia inhibitoria para lograr la colaboración y el consejo de los argentinos de buena voluntad⁴.

Meses después, se hacía referencia a la importancia de los distintos niveles de gobierno provincial y municipal, en la III Reunión del Ejecutivo Nacional con los gobernadores, y se afirmaba que “en el ámbito municipal, en el que la relación entre la autoridad y el ciudadano es más directa, resulta necesario concentrar una mayor atención en las comunidades locales, a fin de propender a su participación en la realización de tareas ejecutivas” (*La Nación*, 16/4/1977. Citado en Canelo, 2013:7). Consideramos, de esta manera, que la dictadura le ha otorgado a la generación de consenso un lugar más destacado del que se le atribuye. Los mecanismos institucionales desplegados para perseguir la adhesión de los ciudadanos los encontramos, en este caso, examinando las normativas municipales emitidas desde el poder local.

Entre las primeras medidas dirigidas, el nuevo gobierno disolvió en forma inmediata al HCD⁵, como mencionamos unas líneas más arriba. En consecuencia, cesaron en sus funciones los concejales y agentes municipales que ejercieron sus actividades durante el último período democrático, con excepción de aquellos que pertenecían al personal estable del palacio municipal. Sin embargo, rápidamente se reintegró en parte tanto al personal de maestranza, administrativo y técnico-administrativo como a los concejales encargados de algunas de estas funciones antes de su asunción en el órgano legislativo municipal, respetando la ordenanza municipal n° 201/74 (artículo n° 3) que disponía la reserva del cargo público para quienes hayan sido de-

⁴ *La Nación*, 1/7/1976. Citado en Canelo (2013:7).

⁵ *Acta para el Proceso de Reorganización Nacional*.

signados como concejales⁶. Dichos trabajadores permanecieron en el Palacio Municipal o fueron reubicados en otras dependencias del departamento ejecutivo⁷. En un balance realizado por el Intendente Ortelli, en los primeros meses de gestión reconoce que la cantidad de agentes ha disminuido cerca del 10% respecta al 24 de marzo de 1976⁸, entre cese de personal, contrataciones y reubicaciones.

Entre otras disposiciones, también se decretaron con rapidez la mantención en custodia de los bienes que pudieran encontrarse en las oficinas del HCD, a través de la Contaduría General que las inventariaría. Además, las autoridades salientes debieron rendir las cuentas correspondientes, según la Ley de Contabilidad.⁹ Entre los datos que nos parecen importantes de resaltar se encuentra la reubicación del Secretario Privado Francisco Pablo Benenio al cargo de “Director de la Finalidad 3 Administrativo”, porque:

[...] ha dado muestras de eficiencia y lealtad en su anterior desempeño en su carácter de Secretario Coordinador de las Delegaciones Municipales; que está probada su elevada contracción al servicio con un gran beneficio para la comunidad del Partido de General Sarmiento¹⁰.

De manera similar, se consideró pertinente para ocupar la recientemente creada Auditoría General Administrativa el trabajo del contador Julio Ricardo Alloni, quien:

[...] ha desempeñado con eficiencia el cargo de Secretario de Economía y Hacienda, [y se lo designa debido a] sus conocimientos de los problemas municipales y su alto espíritu de colaboración patriótica, puesta a manifiesto a posteriori de la asunción del gobierno comunal por esta autoridad militar [...]¹¹.

⁶ MGS, Decreto n° 1, 25/03/1976. Libro: 1976, 1-200.

⁷ MGS, Decreto n° 7, 29/03/1976. Libro: 1976, 1-200.

⁸ *Síntesis*, 22/06/1976. Para el 7 de junio se encontraban en condición de agentes municipales 1613 personas. Hasta la intervención municipal se encontraban empleadas 1761 personas. Es decir, según Ortelli, hubo una disminución de 148 agentes.

⁹ MGS, Decreto n° 5, 26/03/1976. Libro: 1976, 1-200.

¹⁰ MGS, Decreto n° 8, 29/03/1976. Libro: 1976, 1-200.

¹¹ MGS, Decreto n° 40, 05/04/1976. Libro: 1976, 1-200.

Por otra parte, se requirió la actuación de una *Junta de Selección, Calificación y Disciplina*, que dispuso la promoción a un centenar de agentes a cargos de mayor jerarquía¹². Luego, se creó y convocó regularmente una *Junta de Ascensos y Promociones* para realizar los correspondientes reordenamientos de los cargos públicos y llamados a “concursos abiertos”, en los cuales se solicitan para las vacantes correspondientes la posesión de un título (certificado), el conocimiento y la experiencia para cada caso¹³. Encontramos, de esta forma, que las posibilidades de ascensos en los cargos públicos y de selección para tareas calificadas están explicitadas por una lógica en el que el eje es la eficiencia y las competencias laborales (Lvovich, 2010; Rodríguez, 2010). De esta manera, sin negar la inocencia de algunos sectores de la población, se tiene en cuenta también la “[...] participación necesaria pero subordinada, obsecuente incluso, en funciones menores dentro del aparato estatal en las Fuerzas Armadas y de seguridad y en instituciones públicas diversas” (Vezzetti, 2002: 48).

El reclutamiento de funcionarios y agentes municipales no fue el único eje de reestructuración del gobierno. También, hubo reordenamiento de oficinas, departamentos, direcciones y secretarías, apelando a “razones de funcionabilidad” necesarias y ensayadas debido a “los objetivos básicos formulados por la Junta Militar con referencia a la racionalización de la función pública”¹⁴.

Ejemplos de ello son la creación de la nombrada Auditoría General Administrativa. Pero también la puesta en práctica de una serie de modificaciones que intentaban lograr la “mayor coordinación de sectores administrativos”, pero que vistas en perspectiva parecen indicarnos tensiones al interior de las cúpulas militares. Un ejemplo de ello es que el 26 de abril de 1976 se modificó el decreto n° 1055/66 estableciendo la directa dependencia de la Dirección de Relaciones Públicas de la Municipa-

¹² En general se trataba de cambios de una categoría a su inmediata superior. Por ejemplo, el pasaje de “Jefe de Patrimonio” a “Jefe de Departamento”, “Oficial 2°” a “Oficial 1°”, “Auxiliar 1°” a “Oficial 3°”. Cerca de 300 agentes fueron promovidos en abril de 1976. MGS, Decretos n° 618-622/76.

¹³ MGS, Decretos n° 2377/76, 2340/76, 3591/76, 4376/76, 563/77, 5139/77.

¹⁴ MGS, Decretos 881/76, 885/76, 887/76, 1004/76, 1083/76, 41765/76, 4730/76.

lidad de General Sarmiento a la autoridad del Intendente¹⁵. Pero en menos de tres semanas, se fusionaron dicha Dirección, por un lado, y la Dirección de Cultura, por otro, conformando la Dirección de Cultura e Información Pública¹⁶. A esto se le sumaron otras fusiones de departamento como las Inspecciones de Obras Particulares, Bromatología, Inspección General y Cercos y Veredas, dependiendo directamente de la Secretaría de Gobierno¹⁷, cambios en las jurisdicciones de oficinas y sectores, la creación de nuevas secretarías, como la Secretaría de Planeamiento y Desarrollo¹⁸.

Creemos que detrás de estas propuestas se encuentran razones que atendieron principalmente a cuestiones de gasto público (consumo y ahorro de los fondos) más que al mejor funcionamiento expresado. Dicho análisis debe comprenderse en diálogo con otras manifestaciones declaradas en las que se intentó desestimar aquellas prácticas que no traigan aparejada su rentabilidad. Por ejemplo, no iniciar juicios a aquellos expedientes que contienen multas inferiores a \$1000 ya que se incurriría en gastos que superan la cifra a cobrar¹⁹.

De esta manera, creemos que el reclutamiento técnico-administrativo llevado a cabo durante el *Proceso* en Municipio de General Sarmiento respondió no sólo a las lógicas de amistad y redes de sociabilidad, teniendo en cuenta que cada nueva gestión no sólo significaba el cambio del ejecutivo sino además de funcionarios de primera línea encargados de las Secretarías de Gobierno, de Economía y Hacienda, de Obras y Servicios, de Bienestar Social, de Relaciones Públicas, y Coordinador de las Delegaciones Municipales. Además, la convocatoria de agentes que ocupan las segundas y terceras líneas respondía, en parte, a las capacidades operativas ligadas a la eficiencia y ciertas aptitudes en el ejercicio burocrático.

Coerción y moralidad en el discurso y acción del Gobierno

¹⁵ MGS, Decreto n° 550, 26/04/1976. Libro: 1976, 402-601

¹⁶ MGS, Decreto n° 857, 13/05/1976. Libro: 1976, 802-1001.

¹⁷ MGS, Decreto n° 4730, 10/12/1976. Libro: 1976, 4713-4835.

¹⁸ MGS, Decreto n° 855, 13/05/1976. Libro: 1976, 402-601

¹⁹ MGS, Decreto n° 884, 20/05/1976. Libro: 1976, 802-1001.

Recién tomadas las riendas del Estado Nacional la Junta de Gobierno difundió una serie de propósitos entre los que se encuentran:

Restituir los valores esenciales que sirven de fundamento a la conducción integral del Estado, enfatizando el sentido de moralidad, idoneidad y eficiencias, imprescindible para reconstruir el contenido y la imagen de la Nación, erradicar la subversión y promover el desarrollo económico de la vida nacional basado en el equilibrio y participación responsable de los distintos sectores a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia²⁰

También se manifestaron determinados objetivos básicos, como la vigencia de los valores de la “moral cristiana”, “la tradición nacional”, “la dignidad de ser argentino”, la seguridad nacional, la erradicación de la “subversión” y las causas que favorecen su existencia, así como el pleno orden jurídico y social. Tales lógicas son posibles de ser rastreadas en determinadas políticas canalizadas desde el gobierno municipal en cuestión.

En primer lugar, encontramos algunas pautas que podrían abanderarse a partir de argumentos moralistas. Uno de estos casos es el de la prohibición de la habilitación de los “hoteles de alojamiento” cercanos a establecimientos educativos, hospitales, instituciones deportivas, culturales, sociales y religiosas. Allí, el decreto firmado por el ejecutivo municipal y los secretarios correspondientes, fue redactado utilizándose un lenguaje en el que se denota una preocupación por este tipo de emprendimientos ya que además de las restricciones en cuanto a la ubicación y salubridad establecidos se anunció que tal marco regulador se realizaría en nombre del “decoro” y el respeto necesario para la comunidad. Por ejemplo, la misma palabra “hotel” no puede emplearse en los carteles y publicidades de todo el Partido²¹.

Así también, se prohibió el uso de las máquinas recreativas y electrónicas que funcionaban mediante el empleo de fichas debido a la “excesiva concurrencia de escolares dentro y fuera del horario escolar [con el objetivo de] preservar la educación

²⁰ *Acta para el Proceso de Reorganización Nacional.*

²¹ MGS, Decreto n° 617, 26/04/1976, Libro: 1976, 602-802.

de los adolescentes, y asistencia a clases”.²² Una batería de similares medidas fueron observadas en Rosario, en lo que Águila denomina como “una campaña moralizadora” (2008: 265), que prestó atención a los lugares nocturnos como a aquellos espacios de entretenimiento (incluidos los casinos pero también los juegos electrónicos infantiles).

Por otra parte, queremos destacar un conjunto de referencias que se hacen hacia la figura del Gral. San Martín. De acuerdo a lo explorado entendemos que este personaje encarnó en el gobierno local la representación y exhibición de una imagen merecedora de ser admirada. De este modo, no encontramos referencias de semejante importancia ni homenajes detalladamente organizados para otros personajes de la historia argentina como se dio para el caso del considerado “libertador de la patria”. Por su parte, Filc (1997) entiende que José de San Martín encarnó en el discurso de las F.F.A.A. las cualidades del buen gobernante, en tanto poseedor de coraje, honestidad y humildad dignos de ser alcanzados por los ciudadanos. Y esto mismo lo podemos reconocer en el municipio cuando se señala que “[...] se hace necesario un llamamiento al pueblo de nuestro Partido, para que se nutra del ejemplo de las figuras, que como el General San Martín, son derrotero fecundo hacia la Patria”²³.

A pesar de que la conmemoración del prócer ya se podía rastrear en el Partido, es de destacar que durante la última dictadura continuaron y se profundizaron las consideraciones. De esta manera, en cada aniversario del fallecimiento del general San Martín, se coordinaban actos en su honor.

VISTO la importancia que debe dársele al 17 de agosto [...] y considerando:

Que es deber de esta comuna rendir el homenaje que merece la esclarecida personalidad del Prócer;

Que es menester mantener viva en el pueblo su preclara figura;

Que para tal fin esta Comuna, con la Asociación Sanmartiniana de General Sarmiento [...] ha dispuesto a conmemorar tal acontecimiento los días 14, 15 y 17 de Agosto próximos. [El Intendente decreta] auspíciase

²² MGS, Decreto n° 858, 25/03/1977, Libro: 1977, 801-1000.

²³ MGS, Decreto n° 3230, 29/08/1977, Libro: 1977, 3201-3400.

el Acto Académico con la proyección de la película filmada en España titulada “Por los senderos de la libertad” a realizarse el 14 de agosto a las 18 en el Palacio Municipal [...] ²⁴.

Así, durante agosto de 1976 se llevaron a cabo múltiples homenajes entre las jornadas mencionadas, destacándose el acto central realizado en la Plaza General San Martín de Bella Vista, como también otros llevados a cabo en el Atrio de la Iglesia Parroquial de José C. Paz y en la Plaza Bouchard de Grand Bourg, asumiendo la Dirección de Cultura e Información Pública como organizadora de los eventos y debiendo “[arbitrar] los medios necesarios para dar a los actos el realce que requieren”. ²⁵ Además, el gobierno también adhirió a homenajes fuera del distrito. Este fue el caso de la organización llevada a cabo por la Comisión Permanente de Homenaje al General San Martín de Don Torcuato en la plaza que lleva su nombre. Así, se enviaron ofrendas florales y funcionarios como representantes del municipio ²⁶. Incluso, para el bicentenario de su nacimiento -el 25 de febrero de 1978- se invitó a la comunidad a embanderar los frentes de sus casas como a los comerciantes a iluminar las vidrieras de sus tiendas, y se repartieron escarapelas a los peatones, por mencionar algunos de los incentivos llevados a cabo.

De esta manera, además de los tradicionales actos por el 17 de agosto, se programó con meses de anticipación para el año del bicentenario de nacimiento una serie de eventos, entre los que se destacan: un “Acto Patriótico” durante el mes de mayo, con la presencia de los miembros de establecimientos educativos (autoridades, docentes y estudiantes) de distintos niveles (primario, secundario y universitario); un ciclo de conferencias en el que participarían el Embajador de Perú, un miembro de la Embajada de Chile, un representante del Ejército Argentino y un integrante del Instituto Nacional Sanmartiniano; un concurso de Monografías para alumnos de escuelas primarias y otro para aquellos que estudiaban en el nivel secundario ²⁷.

²⁴ MGS, Decreto n° 2384, 02/08/1976, Libro: 1976, 2204-2403.

²⁵ MGS, Decreto n° 2384, 02/08/1976, Libro: 1976, 2204-2403.

²⁶ MGS, Decreto n° 2969, 12/08/1976, Libro: 1976, 2705-3104.

²⁷ MGS, Decreto n° 5588, 23/11/1977, Libro: 1977, 5406-5606.

Por otro lado, encontramos una serie de acciones relacionadas con determinadas actuaciones que funcionaron como parte del deber ser. Es el caso, por ejemplo, de un agente municipal que encontró en el mismo Palacio Municipal la suma de \$10.000 e inmediatamente depositó en la Dirección de Personal para que sea devuelto a su propietario²⁸. El decreto hace referencia a las felicitaciones y agradecimientos ofrecidos por el Intendente, archivándose incluso en su legajo personal tal antecedente.

En la misma línea, pero desde un ejemplo opuesto, localizamos la sanción a tres Directores de área de gobierno (de Gabinete, Asuntos Sociales y Obras) por no asistir a la conmemoración por el bicentenario de nacimiento de Mariano Moreno en Bella Vista²⁹. Con ello, no desconocemos los casos de coacción más explícitos extendidos desde los marcos normativos (y en complemento aquellas decisiones tomadas clandestinamente), en lo que creemos fue búsqueda de determinados comportamientos. Por ejemplo:

VISTO la necesidad de unificar criterios sobre la identificación de las personas en la documentación que emiten las diversas reparticiones públicas; y

CONSIDERANDO:

QUE en jurisdicciones nacionales y provinciales se exige que las fotografías insertas en la documentación aparezcan los interesados sin excesos capilares que dificulten la identificación; [el Intendente decreta] en toda documentación que expida esta Municipalidad en la que se exija fotografía del interesado, la misma deberá ser sin barba y con el pelo cortado o peinado de tal manera que deje libre la frente y no oculte el perfil de la cara ni las orejas.³⁰

Si bien no podemos afirmar si efectivamente todo este conjunto heterogéneo de mediaciones tenían la pretensión de generar efectivamente consenso, ya que desconocemos algunos los alcances de su comunicación (sobre todo en los que los involucrados son los mismos empleados del Municipio), sin embargo sí nos parece que este tipo

²⁸ MGS, Decreto n° 1815, 25/04/1977, Libro: 1977, 1801-2000.

²⁹ MGS, Decreto n° 1388, 09/11/1978, Libro: 1978, 1206-1406.

³⁰ MGS, Decreto n° 1964, 02/07/1976, Libro: 1976, 1802-2002.

de intervenciones nos dan pistas para aproximarnos al tipo de ideales y comportamientos que se esperaba localizar, apelar y establecer en la población local.

A modo de cierre: balance y agenda de investigación

En este trabajo se observó, a partir del caso de General Sarmiento, parte del funcionamiento de la última dictadura en los entramados locales, atendiendo a las rutinas burocráticas y las prácticas de funcionarios. Hemos puesto el foco en el interés de las autoridades por la generación de consenso social, frente a una legitimidad no fundada constitucionalmente pero que intentó funcionar a través de mecanismos estatales que sí se practicaban en regímenes políticos democráticos.

Uno de esos ejemplos, los encontramos en el reclutamiento de funcionarios, entre los que destacamos no sólo la selección de aquellos que demostraran competencias laborales acordes con el puesto a ocupar sino que además se confió la incorporación de civiles en las segundas y terceras líneas del entramado estatal. Creemos, que dichas conductas nos introducen en la búsqueda de consenso social, en un contexto marcado por la intervención militar en las distintas esferas del poder público. Por otra parte, las iniciativas respecto a la formación de consenso observado estrictamente en las fuentes estatales parecieran indicarnos que a pesar de la crisis fiscal atravesada en los municipios, desde el gobierno local se continúan impulsando políticas a la comunidad (sean a individuos particulares o nucleados en organizaciones). Si bien el destino de los recursos fue problematizado por las propias autoridades municipales, estos no perdieron de vista la relación que debían entablar con la sociedad local.

Finalmente, mencionamos que se estableció desde el aparato estatal una empresa encargada de construir las imágenes y valores morales que el régimen perseguía. Desde las campañas que fomentaban algunas prácticas sociales y desacreditaban otras, pasando por la oficialización del modelo sanmartiniano como exponente del honor, era pasible de ser penalizado aquello que no respetara este orden. De esta manera, las intervenciones políticas intentaron formar un tipo de legitimidad amparada en este tipo de ideales de corte conservador.

Se sabe que el Estado aprovechó los canales constituidos y construyó los suyos para realizar una multiplicidad de objetivos. No sólo el despliegue de la represión, sino también la búsqueda de consenso social. Respecto al primero de los sentidos no fue una empresa revolucionaria ya que no se pretendía derrumbar y edificar desde cero la organización social. Ahora bien, creemos que es necesario profundizar los estudios que iluminen otras caras del mismo Estado. Consideramos que se deben atender a las problemáticas que toman como único eje el plano represivo, sin cuestionar las consecuencias desencadenadas a partir de sus prácticas, sino que habría que indagar las múltiples facetas que ha cumplido la última dictadura, que conciba al terror y la coerción pero también los intentos que cualquier régimen construye para la conformación de aceptación y consenso.

Así, entendemos que la relación entre dictadura y sociedad está lejos de ser comprendida sólo desde el plano de la coerción y la represión impuesta. Por tal motivo, hemos intentado complejizar el abordaje y la comprensión del período de la última dictadura en Argentina, entendiendo que el horror sólo es una de las caras por las cuales se ejerció el poder; mientras tanto, se convivía en escenarios en el que las continuidades también forman parte de la cotidianeidad de las sociedades (y no exclusivamente las rupturas). Y en este sentido, los estudios de casos locales nos permiten pensar en esa dirección, en el que las particularidades complejizan el panorama nacional. El presente análisis pretendió, a partir del caso de General Sarmiento, exponer una mirada de la dictadura que tenga en cuenta que algunas de las prácticas burocráticas nos permiten acercarnos a la problemática de la búsqueda de consenso social.

Bibliografía

Águila, Gabriela (2008). *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*. Buenos Aires: Prometeo.

Calvo Vicente, Cándida (1995). “El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista”. En Revista *Spagna Contemporánea*, N° 7.

Canelo, Paula (2013). “El gobierno del ‘Proceso’ en el nivel provincial. Reclutamiento, rol y carreras políticas de los interventores y gobernadores de la última dictadura militar argentina (1976-1983)”. *Actas de las X Jornadas de sociología de la UBA*, Buenos Aires, 1 al 6 de Julio.

Corradi, Juan (1985). “La cultura del miedo en la sociedad civil: reflexiones y propuestas”. En Cheresky, Isidoro y Chonchol, Jacques (comps.), *Crisis y transformaciones de los regímenes autoritarios*. Buenos Aires: EUDEBA.

Filc, Judith (1997). *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Lvovich, Daniel (2010). “Burócratas, amigos, ideólogos y vecinalistas: el reclutamiento de funcionarios municipales de Morón durante la Dictadura Militar”. En Ernesto Bohoslavsky y Germán Soprano (eds.), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (de 1880 a la actualidad)*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.

Malamud Goti, Jaime (2000). *Terror y justicia en la Argentina. Responsabilidad y democracia después de los juicios al terrorismo de Estado*. Buenos Aires: De la Flor.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003). *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.

Quiroga, Hugo (2004). *El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983*, Rosario: Fundación Ross.

Rodríguez, Laura Graciela (2009). “Descentralización municipal, intendentes y “fuerzas vivas” durante el “Proceso” (1976- 1983)”. *Cuestiones de Sociología* (5-6).

URL: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4065/pr.4065.pdf

---. (2010). “Gobierno municipal, descentralización educativa y funcionarios en la provincia de Buenos Aires durante la dictadura militar”. En Ernesto Bohoslavsky y Germán Soprano (eds.), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (de 1880 a la actualidad)*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.

Romero, Luis Alberto (1994). *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Schindel, Estela (2009). “Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano”. *Política y Cultura*, N. 31. México: Universidad Autónoma Metropolitana -

Xochimilco.

URL:

<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=26711982005>

Sirlin, Ezequiel (2006). “La última dictadura: genocidio, des-industrialización relativa y llamamientos belicistas (1976–1983)”, en AAVV, *Pasados presentes. Política, economía y conflicto social en la historia argentina contemporánea*. Buenos Aires: Dialectikk.

Tapia Valdés, Jorge (1980). *El terrorismo de Estado. La Doctrina de la seguridad Nacional en el Cono Sur*. México: Nueva Sociedad-Editorial Nueva Imagen.

Vázquez, Enrique (1985). *PRN La última, Origen, apogeo y caída de la dictadura militar*. Buenos Aires: EUDEBA.

Vezzetti, Hugo (2002). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fuentes

Libros de Decretos. Municipalidad de General Sarmiento.

Libros de Ordenanzas. Municipalidad de General Sarmiento.

Diario *Síntesis*, San Miguel.

Síntesis de oro de la historia del Partido de General Sarmiento en el año de su centenario. 1889-1989, San Miguel, *Síntesis*, 1989.

Acta para el Proceso de Reorganización Nacional. Buenos Aires, 1976.

Diario *La Nación*, Buenos Aires

¿Cómo citar este artículo?

CATOIRA, Maximiliano, “El reclutamiento de funcionarios en General Sarmiento durante la última dictadura: ¿derechas y algo más?”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 138-155. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

DICTADURA, INDÍGENAS Y ENROLAMIENTO EN FORMOSA (1970-1983): ¿UNA DERECHIZACIÓN CIVILIZADORA?

Analía Torina

Introducción

Este trabajo es un acercamiento al análisis sobre los indígenas¹ y el Servicio Militar Obligatorio (SMO) visto como una forma más de derechización. Pretendemos aproximarnos a una temática que está poco investigada, no solamente entre los estudios sobre las derechas en el cono sur, sino también dentro de la historiografía de la historia reciente, con el objetivo de poner a disposición de los lectores una cuestión polémica, a los fines de despertar interés y reforzar los estudios al respecto. Tomaremos como referencia los testimonios de ex conscriptos aborígenes de la provincia Formosa, situada al noreste de la República Argentina, para analizar algunas características del SMO en esa ciudad en relación a una comunidad indígena que se encuentra muy cercana al casco urbano capitalino. En el taller en que se realizó esta propuesta habíamos tomado el período 1976- 1983, pero el trabajo de campo posterior nos obliga a partir desde 1970 y acotar a 1976 para poder pensar con más claridad sobre el significado del SMO para los ex conscriptos, antes del último gobierno militar. Nuestros entrevistados fueron enrolados durante fines de la década de 1960 e inicios de la siguiente.

La intención es dar inicio a una serie de interrogantes que permitirán fortalecer un ámbito de investigación poco explorado y sacar a la luz un nuevo problema para el estudio de la Historia Reciente. Al explorar la temática como *proceso de derechización*, pensamos en las características ideológicas propias que definen a la categoría Derecha como tal, para entender su relación con los indígenas en el último cuarto del

¹ Utilizaremos las palabras indígenas, aborígenes, indio en forma indistinta ya que no es el objetivo entrar en las disputas sobre la utilización de los términos.

siglo XX: autoritarismo, anti-izquierdismo, defensa de los privilegios, disciplinamiento del amplio sector subalterno (Bohoslavsky, 2011) y, dentro de éste, la población indígena. Presentaremos dos ejes claves. El primero, que refiere a la institución militar y los indígenas, pretende dar un mapeo de los objetivos generales de la conscripción y cómo se ve al aborigen desde esos objetivos. El segundo eje intenta poner en acción la metodología empleada, la fuente oral, y la posible teorización que se puede tener en cuenta para estudios de este tipo. Si bien esos ejes pretenden dar una estructura para la lectura del trabajo, no es la intención establecer conclusiones acabadas sino invitar a pensar otros posibles recorridos metodológicos que complementen y enriquezcan el análisis.

La institución militar y los indígenas

Desde sus inicios en el siglo XX, el SMO tuvo que atravesar por dos problemas, que fueron a la vez cuestiones complementarias. Por un lado la dificultad para reclutar hombres dispuestos a ir a la guerra por la defensa de los territorios del Estado-nación. Por el otro, a partir de la consolidación del estado moderno, de homogeneizar a la población toda, especialmente a los extranjeros e indios (Lenton, 2001; 2005; Maier, 2010; Mases, 2010; Marcilese, 2011; Sarasola, 2011). La alta heterogeneidad lingüística y cultural que se observaba en esos dos sectores poblacionales, despertó la inquietud de la elites dominantes auto-considerados “notables, cultos y educadores” (Echeverría, 2011), que bregaban por la unidad cultural, los valores cristianos y la erradicación de las ideas extranjeras que contaminaban y amenazaban a la nación. Como respuesta a esta inquietud, paulatinamente, fueron apareciendo instituciones que, a la vez que se presentaban como modernas, tenían la función de homogeneizar a la masa poblacional, mediante el pago de impuestos, la unificación de lengua, la educación pública y del disciplinamiento de la población masculina (Silla, 2005).

Dicho disciplinamiento quedó en tutela del Ejército Argentino que, de la mano del General Pablo Ricchieri, durante la segunda presidencia de Roca, impulsó el Servicio Militar Obligatorio. El mismo entró en vigencia por Ley 4.031. El proyecto era,

a partir de esta ley, modernizar el ejército. Se crearon especialidades, se inauguraron institutos de enseñanza, y campos de instrucción. Ricchieri elaboró una moderna reglamentación con escalafones, legajos y tribunales de calificaciones, etc. Impuso el SMO para todos los hombres argentinos mayores. Hizo del ejército un poderoso instrumento de moralidad pública, puesto que la moral como valor buscado (ver el trabajo de Maximiliano Catoira incluido en estas actas) era uno de los baluartes elitistas. Junto con la modernización del ejército, el objetivo subyacente en la instrucción de los ciudadanos para la defensa de la patria era, a su vez el de “educar al inculto, al ignorante, al perverso” tal como lo dijera Manuel Carles, fundador de la Liga Patriótica Argentina, en 1915 cuando dió una conferencia en el Colegio Militar (Garaño, 2012). Según Funes (2006), la inclusión, exclusión, centralización y homogeneización, han sido las formas a las que apeló en nacionalismo occidental para crear a la nación moderna.

“La verdadera aplicación del SMO apuntó al criollo (al cabecita negra), al indio y al hijo del inmigrante. Se trataba de enderezar ideas o de inyectar nacionalismos a supuestos apátridas o hijos de exiliados europeos algo anarquistas (...)” (Revista Siete Días 1984, en Garaño, 2012). De esta manera, a lo largo de 100 años, se sometió al SMO no solo a los extranjeros y a sus hijos, sino también a los indígenas. También se naturalizó la docilización y el disciplinamiento a través de prácticas violentas y de instrucciones físicas extremas como forma natural en el accionar del SM. La institución se otorgó el derecho de ser la única que podía fortalecer la masculinidad de los jóvenes, la “moral masculina guerrera”, y de educar a los civiles en el orden y el respeto.

A partir de lo considerado por Oscar Pavetti en este taller como “derechización”, entendido el mismo como encause de un determinado proceso, de una determinada cosa, nos permitimos hacer un miramiento sobre el proyecto de derechizar a los sectores subalternos hacia una “disciplina ordenadora” (Echeverría, 2011), hacia los valores moralizantes y las “buenas costumbres”. En esta lógica, entendemos que históricamente los indígenas han sido encauzados hacia la homogeneización cultural

y el cauce para este proceso fue construido por una *trilogía institucional*, la iglesia, el ejército y la escuela.

Conscripción y dictadura

El sentido que adquiere el “honor”, la “defensa de la patria”, “cumplir con la ley”, “hacerse hombre”², entre otros, es muy fuerte entre los indígenas a los que tuvimos la posibilidad de entrevistar. Hay dos cuestiones fundamentales al respecto, que podríamos considerar en estas líneas. Una tiene que ver con la adopción de los valores incorporados por estas personas, y que son fusionadas en el desenvolvimiento de su vida cotidiana, y que a su vez, son valores que fijan parámetros comparativos en relación al *otro no conscripto*. Y la otra cuestión tiene que ver con qué entienden estos mismos sujetos como dictadura. Si bien estos argumentos se presentan como incipientes, nos permiten tener en cuenta que la cosmovisión indígena, al fusionarse con la modernidad, va creando acciones y pensamientos novedosos que no deben ser desestimados. Los ex conscriptos entrevistados rondan los 50 años de edad.

Dentro de las actividades organizadas por el SMO, era común el exceso en los usos de la violencia, pues ésta organizaba la vida en los cuarteles. “A partir de historizar su origen y funcionamiento, mostraban que habían ‘nacionalizado’ a los grupos subalternos a través de una serie de prácticas disciplinantes y de la inculcación de una moral masculina bélica” (Garaño, 2012). Tal violencia era ejercida no solamente al interior de los cuarteles, sino también durante los entrenamientos de supervivencia, esto es, en lugares inhóspitos o zonas difíciles para la supervivencia, actividades para las que no estaban preparados la gran mayoría de jóvenes conscriptos. Aunque los que sí marcaban la diferencia durante esos entrenamientos eran los soldados indígenas, que mostraban gran agilidad para moverse en el monte, pues “sabían andar”. Tenían resistencia para soportar el hambre más tiempo que el resto. Conocían los lugares por donde transitaban los animales y por eso eran los especialistas designados para proveer la cena. En fin, tenían una serie de cualidades de los que sus colegas

² Términos empleados por los testimoniantes indígenas exconscriptos.

blancos carecían. Pero en contraposición a esas aptitudes, estaba la dificultad más significativa con la que casi todos los varones indígenas tropezaban, el poco o nulo conocimiento del castellano. Esto traía a colación el resto de complicaciones para la adaptación a la vida castrense, como el de obedecer las órdenes de los superiores de forma inmediata, sufrir burlas y humillaciones o establecer comunicación con sus colegas. Los aborígenes estaban obligados a obedecer, respetar y aprender el idioma para no ser castigado por negligentes o desobedientes. Así aprendieron las lógicas de funcionamiento, los valores y las prácticas que organizaban ese sistema coercitivo y naturalizaron, una vez más la violencia que, como diría Catela (2010), son violencias de “memorias largas”, memorias locales- del interior del país- que conviven con la violencia de largo plazo y no está limitada a periodos democráticos o dictatoriales.

“Yo estaba acostumbrado a trabajar pesado, por eso no me cansaba como mis compañeros. Para mí el entrenamiento era un deporte (...). Además te enseñan. Sufrís de hambre, es duro pero mi papá y mi hermano ya me hablaban y me decían como era estar en la colimba³” (Ex conscripto 2)

Otra de las dificultades fue la instrucción en las armas. La cercanía con las armas de fuego les causó impacto. El hecho de prepararse para una posible guerra para defender a la patria como ciudadanos argentinos, generó en ellos una concepción de ciudadano diferente de aquel indígena que no realizó el SMO. Consideran a esta parte del entrenamiento como una experiencia única porque ser portadores de armas y recibir instrucciones sobre cómo atacar al enemigo era uno de los puntos de inflexión que los distanciaba del ciudadano civil. Además acceder a las armas y ver que a todos los soldados colegas los trataban de igual manera que a ellos, es decir, con la misma violencia, recibían las mismas órdenes y los mismos castigos, los hacía sentir en igualdad de condiciones.

“Todos éramos tratados por igual, ahí no había discriminación para nosotros porque a todos nos trataban igual. Ahí no había trato especial. Yo

³ El SMO fue popularmente conocido como “colimba”: posiblemente es un acrónimo en alusión a tres actividades frecuentes de los conscriptos: correr, limpiar, barrer.

veía a esos “ricachos” que lloraban porque extrañaban a su mamá, a su papá. Pero yo no lloraba (...)

Yo aprendí a disparar con todo tipo de armas, fui francotirador. Siempre fui buen apuntador. Me gustaban los entrenamientos con arma” (Ex conscripto 3).

“Ahí nos dieron la posibilidad de tener las cosas como todos los soldados. No había diferencia de raza, color de piel, religión, éramos todos iguales (...). La regla es una, entonces para mí fue muy, es como raro no ser discriminado por los superiores (...).

Nunca me han dicho algo fuera de lugar, lo que si me dieron fue toda la posibilidad de estar incluido en la misma fila” (Félix Díaz, *Tierra Prometida*, N° 25)

Cuando se le preguntó a uno de los entrevistados dónde quedaba el respeto por la cultura indígena, dentro del SMO, contestó

“Ahí no lo incorporaba (la cultura) porque era a todos por igual. No te preguntaban de que cultura sos, nada. Hacés el SMO. Aprender la estrategia que tienen los militares, uno aprende todo eso. Aprendes a tirar (...) No hay diferencia de cultura porque el tema es prepararlo para armarse en la defensa de la patria. Entonces ahí no entraba la cultura. Era sí o sí. Tenés que aprender a manejar el arma para tirar y todo eso, cómo tenés que hacer el ataque, cómo tenés que llegar, cómo tenés que entrar, por si hay guerra. Por si hay un levantamiento. Entonces para eso te preparan (...). La cultura la dejaban de lado porque los preparaban para la guerra directamente. No entra la cultura” (Testimoniante 1)

El rescate de los valores morales que se les enseñó en el ejército como el respeto a las leyes, ser “buenos ciudadanos”, la obediencia, el trabajo para mantener a la familia e incluso, haber recibido educación escolar, es lo que prima cuando refieren al SMO. Estas características, que no debían faltar en los soldados, admiten que las tie-

nen incorporadas en sus vidas. La designación de quién es un “hombre de bien” y quien no lo es, es evaluada según esos parámetros aprehendidos en una institución que estableció tajantemente la condición de hombre como representante de la masculinidad a través de la fuerza y resistencia física y el “buen ciudadano” como aquel que vela por las leyes y el orden y por la defensa de la patria. Aquí nos preguntamos si existen paradojas entre esos valores impuestos por el SM y aprehendidos por estos ex conscriptos, que a su vez, son lo que podríamos llamar *valores- vara* o *valores-parámetro*, en el sentido de que llegan a tener una consideración importante para medir e identificar al “ciudadano correcto”. Es una concepción que puede generar bastante polémica, pero no se trata de establecer prejuicios hacia los que no realizaron el SMO, sino que son percepciones sobre el medio donde viven porque la experiencia de ex conscriptos ha dejado huellas imborrables, sobre las que han tenido que seguir construyendo sus vidas.

La posibilidad haber completado los estudios primarios durante el SMO, también es apreciada positivamente porque “gracias” a la obligatoriedad de culminar los estudios primarios, hoy saben leer y escribir.

“Ahí me preguntaron si yo sabía leer, si sabía escribir, entonces en ese mismo ejército me dieron la posibilidad de leer y escribir. Me preguntaron qué grado tenía yo y yo decía que era segundo grado. Yo creo que fue como una ventaja de ir a retomar nuevamente las clases de la primaria. Y eso me ha servido mucho, porque me ponía más atento, concentrado de que era importante leer y escribir” (Félix Díaz, *Tierra Prometida* N° 25)

“Aprendí la educación, lo que es el respeto. Aprendí a leer y avancé pronto porque me gustaba. Yo tenía voluntad. Después de eso (del SMO), salí y estudié electricidad a la noche, tres meses y ya tuve matrícula. Porque un jefe me dijo (...) ‘Tenés que tener un sueldo para tener todos los meses la plata’. Y así hice” (Testimoniante 2)

En realidad, la educación, la enseñanza del castellano y la concepción del trabajo actuaba como otro de los componentes que forman el cauce hacia la derechización civilizadora, con el objetivo de lograr una población cultural uniforme, que no dejara secuelas de atraso y que fuera una demostración del funcionamiento de las políticas sociales desarrollistas del periodo. Si bien la educación formal es importante en la vida de estos narradores, dentro del programa del SMO no había espacio para contemplar las necesidades lingüísticas y culturales de los indígenas.

En relación con la dictadura, sabemos que la violencia política y social, caracterizó a los gobiernos de facto de los últimos cincuenta años, aproximadamente, pero se acentuó con el Proyecto de Reorganización Nacional de la última dictadura militar (Franco, 2012; Aguila, 2008; Jelín *et al.*, 2001). Si bien, durante el periodo que se abarca en estas líneas, aún la violencia represiva no alcanzaba su auge en la sociedad, al interior de los cuarteles se iban formando a los soldados que defenderían a la nación de los revolucionarios que ponían en peligro la estabilidad nacional mediante el fenómeno de la guerrilla y la militancia (Franco, 2012). En este sentido, la instrucción militar sirvió tanto para un posible ataque de guerra externa, como para los enfrentamientos con civiles y el respaldo- obligatorio- en los golpes de Estado. Esta lógica corrió para todos los conscriptos que realizaron el SMO durante 1970- 1976, es decir, no es una particularidad netamente indígena. Sí, queremos hacer notar algunas percepciones sobre lo que significó para el soldado aborígen, formar parte de las Fuerzas Armadas para evitar el ‘descontrol en la sociedad’.

“No imaginábamos que los militares querían hacer algo por los pueblos indígenas (...)

Lo que a mí me gustaba era el trato con los indígenas, especialmente, pero el trato con la sociedad era terrible. Y eso no compartía, por eso me retrocedí y dije “No, no quiero”. Porque si llego a ser parte del ejército me van a obligar a algo que no me gusta entonces mejor no meterme. Si te dicen ‘Dispará’, disparás. Pero por suerte nunca disparé un tiro” (Félix Díaz, *Tierra Prometida* N° 25)

“Yo venía al barrio cuando salía de franco (del ejército) y era todo tranquilo, acá habían policías que recorrían a veces, pero estaba todo tranquilo. Si te portas bien no hay por qué tener miedo” (Testimoniante 3)

Notamos que lo que está incorporado en estas memorias es la percepción sobre los límites de la violencia. Sabían que cualquier alteración de la normalidad y del orden establecido debería tener sus consecuencias y ellos tendrían que estar prestos a cumplir con la orden. Ahora bien, lo que complejiza mucho más el análisis sobre estas cuestiones es la ambivalencia que manifiestan sobre lo que representan las categorías dictadura, derecha o la izquierda. Ellos no se detienen a enmarcar los periodos de la historia en una determinada secuencia de hechos, y aquí aludimos nuevamente a Catela (2010), en el sentido de que estas personas no se anclan en dictaduras o violencias ejercidas por las F.F.A.A, sino que lo que entra en juego en sus memorias es la “clasificación en torno a los límites entre el trato humano y no humano”. Al no tener incorporadas las categorías relacionadas con la violación a los derechos humanos, sus memorias son “más laxas, menos políticamente correctas”, entonces la construcción del periodo que hacen estos sujetos, se matiza con la manera particular que tienen de ver el mundo y de cómo se ven en él. No consideran que ellos hayan sido ejecutores de la violencia estatal (tampoco decimos que lo hayan sido), porque nunca habían disparado un tiro, pero sí sienten cierto orgullo al identificarse como ex conscriptos que cumplieron con la ley y con la patria.

Consideraciones finales

Pensar sobre un proceso de derechización civilizadora, aunque no conocido específicamente por estas palabras, es una práctica comúnmente observada por los estudiosos preocupados por las cuestiones y problemas indígenas. Aunque en su mayoría son antropólogos los que dominan ese campo de estudios, queremos, desde la historia reciente, comenzar a reducir la deuda pendiente existente en la historiografía de la historia sobre el devenir de los pueblos indígenas de los últimos cuarenta o cin-

cuenta años. El desafío que se presenta en este andar es lograr el mayor cuidado para no estigmatizar, ni intentar encontrar en los testimonios “la verdad” de lo ocurrido. Recién inicia el camino a valorizar, desde la historia como disciplina, al testimonian-te indígena y a su testimonio.

Bibliografía

Bohoslavsky, Ernesto (2011) “El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines.

Cardín, Lorena (2013), “En diálogo con el líder qom Félix Díaz”, en Revista *Tierra Prometida* N° 25.

Da Silva Catela, Ludmila (2010), “Pasados en conflicto. De Memorias dominantes, subterráneas y denegadas”, en Ernesto Bohoslavsky *et al.* (comps.) *Problemas de historia reciente del Cono Sur*, Vol. 1, Universidad Nacional de General Sarmiento y Prometeo Libros, Buenos Aires.

Echeverría, Olga (2011). “¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines.

Funes, Patricia (2006), *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Prometeo Libros, Buenos Aires.

Garaño, Santiago (2012), “El F.O.S.M.O. Frente Opositor al Servicio Militar Obligatorio. El debate sobre la conscripción y el activismo en derechos humanos en la post-dictadura argentina”. URL:

<http://derogaciondelsmo.blogspot.com.ar/2012/08/historia-del-fosmo.html>

Jelín, Elizabeth y Kauffman, Susana (2001), “Los niveles de la memoria: reconstruc-ciones del pasado dictatorial argentino”, en *Entrepasados* N° 20/21, Buenos Aires.

Lenton, Diana (2001) *Los indígenas y el Congreso de la nación argentina: 1880- 1976*. Ciudad Virtual de Antropología y Arqueología.

---. (2005) “Aboriginalidad, memoria y lucha: el Malón de la Paz y la génesis de la organización de militancia en Argentina”, ponencia presentada en el *IV Congreso Internacional de Etnohistoria*. Universidad de Buenos Aires. Disponible en <http://www.filo.unt.edu.ar>

Maier, Bárbara (2010), “Los límites de la democratización del bienestar. El Malón de la Paz y la Masacre de Rincón Bomba”, ponencia presentada en el Segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-1976). Buenos Aires. Disponible en <http://redesperonismo.com.ar/archivos/CD2/Maier.pdf>

Marcilese, José (2011) “El Estado Nacional ante los reclamos de las comunidades indígenas”. CEPHIA: Andes, Antropología e Historia N° 22.

Martínez Sarasola, Carlos (2013). “Nuestros paisanos los indios”, Del nuevo Extremo, Buenos Aires.

Mases, Enrique (2010), *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el (1878- 1930)*, Prometeo Libros, Buenos Aires.

Silla, Rolando (2005), ““Ahora todo va a cambiar” El servicio militar obligatorio como pasaje a la adultez masculina”, *Mosaico. Trabajos en antropología social y arqueología*. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Americano, Buenos Aires.

¿Cómo citar este artículo?

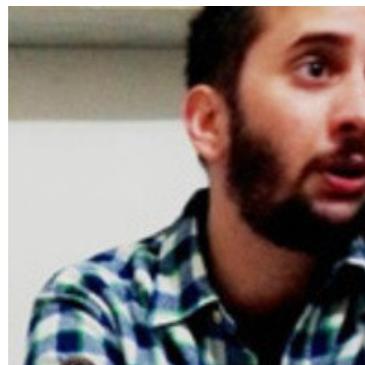
TORINA, Analía, “Dictadura, indígenas y enrolamiento en Formosa (1970-1983): ¿una derechización civilizadora?”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del quinto taller de discusión*, Los Polvorines, 2014, pp. 156-166. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

SOBRE LOS AUTORES

Odilon Caldeira Neto

Master en Historia por la Universidade Estadual de Maringá. Autor de *Sob o Signo do Sigma: Integralismo, Neointegralismo e o Antissemitismo* (2014). Investigador asociado al grupo "Direitas, História e Memória" (CNPq). Doctorando en Historia de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul, con una estadía en el Instituto de Ciências Sociais de la Universidad de Lisboa. Allí es becario de la Fundación Calouste Gulbenkian, y realiza una investigación comparativa entre las recientes derechas brasileña y portuguesa.

Correo electrónico: odiloncaldeiraneto@gmail.com



Martín Castro

Egresado de la UNMDP y Doctor en Historia por la Universidad de Oxford. Actualmente es investigador del CONICET y del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" y profesor de la UNTREF. Ha sido profesor visitante en la Universidad Torcuato Di Tella y la Universidad Nacional de Mar del Plata. En 2011 se desempeñó como investigador visitante en el Latin American Centre (Universidad de Oxford). Es miembro del Comité editor de *historyandreligion.com*. Es autor de *El ocaso de la república oligárquica: Poder, política y reforma electoral 1898-1912* (2012) y co-autor de *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina* (2010). Correo electrónico: martincastromdp@yahoo.com.ar

Maximiliano Catoira

Profesor en Historia por la Universidad Nacional de General Sarmiento. Allí cursó la Maestría en Historia Contemporánea e investiga como becario sobre las políticas públicas y el reclutamiento de funcionarios municipales en el ex partido de General Sarmiento durante la última dictadura militar argentina. Además se desempeña como docente de nivel secundario.

Correo electrónico: maxicatoira@yahoo.com.ar



Priscila Dorella

Nació en Belo Horizonte y obtuvo su doctorado en historia por la Universidade Federal de Minas Gerais. Es autora de *Octavio Paz: estratégias de reconhecimento, polemicas políticas e debates midiáticos no México* (2013). Tiene experiencia en el área de historia de las Américas, con énfasis en historia intelectual latinoamericana y de los medios. Actualmente es profesora de historia de América de la Universidade Federal de Viçosa. Correo electrónico: priscila.dorella@ufv.br



Josefina Irurzun

Profesora en Historia, estudiante avanzada de la Licenciatura en Historia (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires) y doctoranda en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente se desempeña como Becaria Interna Doctoral del CONICET y docente en la Universidad FASTA. Se dedica a investigar prácticas culturales, políticas y artísticas que configuran significados, representaciones e idearios nacionalistas.

Correo electrónico: joseirurzun@hotmail.com

Mario Jiménez

Licenciado en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México donde es profesor de Historiografía de México IV (siglo XX). Maestro en historia moderna y contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, centro donde actualmente realiza estudios de doctorado. Se interesa en la historia política y social de México y Argentina, especialmente en las élites políticas y empresariales así como los grupos anticomunistas católicos. Correo electrónico: mvsj.unam@gmail.com





Juan Martín Larsen

Profesor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Investigador en formación del IEHS-IGEHCS, actualmente es becario CIN (Becas estímulo a las vocaciones científicas) y está redactando su tesis sobre la dictadura en Tandil. Como alumno del Doctorado en Historia del de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires ha dado comienzo a su investigación titulada “Populismos latinoamericanos en perspectiva comparada. Los casos de México y Argentina”. Correo electrónico: juanmartinlarsen@gmail.com

Oscar Pavetti

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Tucumán (1994) y Master en Historia Latinoamericana por la Universidad Internacional de Andalucía (2001). Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Tucumán. Participante de cursos de grado y posgrado y de publicaciones con fines docentes. Tiene publicaciones sobre la temática azucarera, sindical y política del periodo 1943/1976.

Correo electrónico: oapavetti@yahoo.com



Analía Torina

Profesora en Historia por la Universidad Nacional de Formosa. Becaria Doctoral del CONICET y alumna del Posgrado en Ciencias Sociales del IDES y la Universidad Nacional de General Sarmiento. Sus intereses de investigación se concentran en las relaciones entre el Estado y las comunidades originarias durante la última dictadura militar en Argentina.

Correo electrónico: anatorina@gmail.com